

# CURSOS Y CONFERENCIA

BICENTENARIO DE LA ENCICLOPEDIA FRANCESA  
DESPLGADO

## SUMARIO

FRANCISCO ROMERO: Antecedentes e incitaciones para la "Enciclopedia". El espíritu enciclopédico a partir del Renacimiento. - JOSE A. ORIA: Preliminares intelectuales de la Revolución Francesa: la "Enciclopedia" - JOSE BABINI: El "Discurso preliminar" de la "Enciclopedia". - ROBERTO F. GIUSTI: Diderot. - LUIS REISSIG: Valor educativo y social de la "Enciclopedia". Del "Discurso preliminar.

VIDA DEL COLEGIO. - INFORMACIONES

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIOR

VOLUMEN XXXIX

Nos. 232 - 233 - 234

AÑO XX

JULIO - AGOS

SETIEMBRE 1

# Obras Especialmente Recomendadas:

AMPARADAS BAJO EL INCONFUNDIBLE SELLO  
DEL MAS ALTO PRESTIGIO EDITORIAL:



SCHACHT PROF. DR. JALMAR. — MAS DINERO - MAS CAPITAL - MAS TRABAJO - 1 tomo. Traducción directa del alemán por Erich A. C. Wetzler (Abogado - Dr. en Ciencias Económicas).

PRADOS ARRARTE DR. JESÚS. — LA INFLACION Y OTROS PROBLEMAS MONETARIOS - 1 tomo.

VITO PROF. DR. FRANCESCO. — ECONOMIA POLITICA - Principios y Fundamentos - El Precio y la Distribución - La Moneda - El Crédito y Los Sistemas Monetarios Actuales - 1 tomo. Traducción directa del italiano.

WAGEMANN PROF. DR. ERNEST. — LA POBLACION EN EL DESTINO DE LOS PUEBLOS - 1 tomo. Traducción directa del alemán.

SANDERS THOMAS HENRY. — CONTABILIDAD INDUSTRIAL (La Contabilidad de costos como Factor de Control) - 2 tomos. Traducción directa del inglés.

CHOLVIS DR. FRANCISCO. — BALANCES FALSOS - 1 tomo.

CORBISIER GALLO GABRIEL E. — CONTABILIDAD INDUSTRIAL DE COSTOS - MECANIZADA - 2 tomos.

## OBRAS EN IMPRESION (de próxima aparición):

WAGEMANN ERNEST. — LA CRISIS MILENARIA DE NUESTRA EPOCA - 1 tomo. Traducción directa del alemán.

CAPIELLO PROF. VICENTE. — TECNICA SUPERIOR DE LA CONTABILIDAD ECONOMICO-ADMINISTRATIVA - SISTEMA AMERICANO (Antecedentes Históricos. Desarrollo Práctico) - 2 tomos.

CHOLVIS DR. FRANCISCO. — LA INFLACION Y LOS BALANCES (Incidencia de la Inflación en los Diversos Rubros del Balance) 1 tomo.

D'IPPOLITO PROF. TEODORO. — LOS COSTOS DE PRODUCCION EN LAS EMPRESAS INDUSTRIALES - 2 tomos. Traducción directa del italiano.

# SELECCION CONTABLE

S. A. EDITORIAL Y DE ENSEÑANZA  
CANGALLO 564 - U. T. 34-8431

C939  
AÑO XX **CURSOS** JULIO - AGOSTO  
Volumen XXXIX **Y** SETIEMBRE 1951  
Nos. 232-233-234 **CONFERENCIAS** Buenos Aires

Antecedentes e incitaciones para la  
"Enciclopedia". El espíritu enciclopédico  
a partir del Renacimiento

por FRANCISCO ROMERO

Los antecedentes de la *Enciclopedia* han de buscarse por dos lados. Lo primero que se ve en ella es un conjunto de conocimientos dispuesto según el orden más adecuado para su manejo circunstancial, esto es, el orden alfabético. Desde este punto de vista, sus antecedentes son los repertorios más o menos parecidos que la precedieron en distintos países de Europa. Pero la *Enciclopedia* —y al emplear en adelante este título sin especificarlo nos referiremos siempre a la inspirada por Diderot y D'Alembert— la *Enciclopedia* no es un mero repertorio de conocimientos, destinado a proporcionar cómoda y pasivamente la información deseada sobre un determinado asunto, como las obras enciclopédicas anteriores, sino algo más o, mejor dicho, mucho más. Alienta en ella un propósito entre filosófico y social: el de hacer un gran inventario del saber moderno, de los resultados de la filosofía y la ciencia, de los conocimientos técnicos, característicos del mundo moderno, en vista de organizar una gran visión racional y científica de la realidad, tal como había ido dibujándola el pensamiento nuevo desde los albores del Renacimiento, con fines de instrucción y de aplicación, con un designio teórico y práctico al mismo tiempo.

Todo este saber puro y aplicativo, si bien por la conveniencia del manejo se disponía en el orden apropiado para su uso, el orden alfabético, no por eso renunciaba a ser más que una serie de artículos puestos en línea según la sucesión alfabética. El *Discurso preliminar* y la clasificación de las ciencias, que encabezan la obra, no sólo enuncian aquellos de sus propósitos que podían publicarse sin inconveniente, sino que atienden a corregir la dispersión y arbitrariedad alfabética, introduciendo un orden superior, o más bien dos criterios de orden, de sistematización: el criterio histórico de la aparición y génesis del saber, y el criterio sistemático de una clasificación natural de los conocimientos. El que manejaba la obra podía, pues, utilizarla cómodamente, hallando lo que buscaba en cada caso, pero también disponía de una pauta previa que encasillaba cada parcela del saber en el proceso histórico y psicológico de la obtención y constitución de los conocimientos, y sobre todo de un cuadro sistemático riguroso que permitía la reordenación ideal de todos los materiales en un gran sistema, para componer el cuadro completo de la realidad, establecido jerárquicamente y de acuerdo a un plan, con lo que el diccionario pasaba a ser un gran sistema del saber. En estos propósitos la *Enciclopedia* contaba con dos grandes precursores, Bacon y Leibniz, quienes, como veremos, no habían imaginado únicamente empresas de abstracta teoría, sino que habían pensado en los fines prácticos, en las grandes ventajas que del saber se derivarían para la vida cotidiana, en el alcance social de los conocimientos y de una técnica fundada sabiamente en ellos. Pero hay otro contenido más en la *Enciclopedia*, y quiero referirme sucintamente a él aquí, porque queda fuera de mi tema y no aparecerá más en esta exposición. La *Enciclopedia* es, en buena parte, el siglo XVIII, y el siglo XVIII es, en lo capital, la Ilustración, el anhelo militante de imponer las luces y de reformar la humanidad por ellas, la fe en un proceso hacia la verdad y el bien que debe y puede ser apresurado. Desde este especial punto de vista, la *Enciclopedia* es un gran fermento revolucionario, uno de los impulsos que desembocan en la Revolución Francesa, y por lo tanto, uno de los episodios

memorables en la grande y continua revolución que es, en su dimensión positiva, afirmativa, la vida del hombre colectivo desde que trabajosamente dejó atrás las nieblas de la animalidad.

Como mera ordenación alfabética de los conocimientos, como diccionario explicado y razonado —diccionario de cosas y no de palabras— el intento no era nuevo.

Si intentáramos reseñar los escritos enciclopédicos desde sus orígenes, tendríamos que comenzar por tiempos muy lejanos y entrar en distinciones que la ocasión presente no aconseja. El conocido historiador francés Langlois dice en uno de sus trabajos: “Los más antiguos libros de vulgarización que estuvieron en uso durante la Edad Media remontan a los últimos tiempos de la Antigüedad, en los cuales se trabajó activamente en encerrar, en compendios más o menos manejables, la sustancia de las bibliotecas. Y así es como fué depositándose como una primera capa de resúmenes o recopilaciones que, por decirlo así, no han cesado de estar en servicio durante una larga serie de siglos... Baste recordar los nombres célebres de Solin, de Marciano Capella, de Boecio; del *De lapidibus* y del *Physiologus* de Damigeron; de Isidoro de Sevilla y de Rábano Mauro. Todos los géneros se hallan ya representados en esta bibliografía primitiva, desde la gran enciclopedia en forma de diccionario hasta las colecciones de fábulas populares”.

Todo el material recogido en estas compilaciones medievales provenía de la Antigüedad. El vasto movimiento de indagación científica y de renovación filosófica promovido por el Renacimiento suscita una curiosidad que se aplican a satisfacer otros repertorios, en los que paulatinamente se va infiltrando el espíritu moderno. La palabra “enciclopedia” aparece en el título de un libro de Ringelbergius, publicado en Basilea, en 1541, y de nuevo en otro de Martinius, aparecido en Herborn, en 1606. También en Herborn, en 1620, se publicó la enciclopedia de Alsted, exposición de los conocimientos humanos a la que el autor procuraba ya dar cierta dispo-

sición científica, libro muy reputado en su tiempo y que alcanzó una segunda edición. En 1673 salió en Lyon una obra del mismo tipo, escrita por Luis Moreri, con el título de *Gran diccionario histórico*; por estar redactada en francés y por la comodidad del manejo, logró un inmediato éxito y contribuyó a popularizar este género de obras. Poco después, en 1677, se publicó en Basilea el *Lexicon universale*, de Hoffmann. Bayle publica su famoso *Diccionario histórico y crítico* en 1695-97; es la única de las obras citadas en esta enumeración sobre la cual hemos de decir a continuación algunas palabras. El religioso italiano Vincenzo Coronelli planeó una amplia *Biblioteca Universal*, en cuarenta y cinco volúmenes, que empezó a salir en 1701 y se detuvo en el volumen séptimo, por el fallecimiento del autor; lo ambicioso del proyecto es buen indicio del favor que hallaban en el público las empresas de este orden. Más extenso aún era el plan, que llegó a realizarse y aun se prolongó con un suplemento, del *Gran léxico universal completo*, editado por el librero alemán Zedler, a partir del año 1732. Más bien que enciclopedias propiamente dichas, fueron diccionarios con tendencia enciclopédica las obras del abate Furetière (1690) y de Harris (1704). Último en fecha de esta serie de antecedentes es la *Enciclopedia* del inglés Chambers, de 1728, que tiene bastante que ver con los orígenes inmediatos de la *Enciclopedia* francesa; en efecto, el primer proyecto, al parecer, consistía en revisar la obra de Chambers y dar una reelaboración francesa en doce volúmenes. Debe recordarse que en la época de la iniciación de la *Enciclopedia* —de la que fué colaborador— Voltaire emprende por su cuenta la redacción de escritos de tipo enciclopédico, mezcla siempre interesante de erudición, de desenfado y de polémica eficaz. La idea del *Diccionario filosófico* se le ocurre a Voltaire en 1751 o 1752, en Potsdam, y lo concibió como una obra en la que participarían diversas personas de las que había reunido a su alrededor Federico el Grande, y en la que aun el mismo rey debía colaborar.

Un puesto especial ocupa entre los antecedentes de la *Enciclopedia* la obra de Bayle y es merecedora de particular

recuerdo. Fiel expresión la empresa de Diderot y D'Alembert del espíritu del siglo XVIII, es natural que se considere como una especie de anticipación suya la obra de quien es, al lado de otros pocos hombres del siglo XVII, uno de los principales precursores de la Ilustración, uno de los que le abren el camino. Creo que nadie ha visto con mayor profundidad que Cassirer la significación de Bayle, el lugar que ocupa en la historia de las ideas, y he de aprovechar aquí algunas de sus indicaciones. Antes quiero repetir a este propósito lo que he dicho otras veces, que la estricta historia de la filosofía desorienta en muchas ocasiones en lo tocante a lo que podría denominarse la marcha real o social o histórica del pensamiento. La llamada historia de la filosofía se atiene a las cumbres del pensamiento, a la serie de las grandes construcciones ideológicas. Estas grandes creaciones tienen su sentido dentro de la línea que ellas mismas componen, y también, de reflejo, en la común vida histórica; pero en esta vida histórica, en la trama de los hechos concretos que van constituyendo la vida de los pueblos, influyen más de cerca y con mayor eficacia muchas ideas que no tienen cabida en las sistematizaciones filosóficas, aunque por las raíces suelen relacionarse estrechamente con ellas. Para completar la historia de los hechos con la dimensión intelectual y emocional, para descubrir la componente ideológica de los sucesos e integrar la historia con los resortes del pensamiento que continuamente intervienen en ella, no es suficiente de ninguna manera agregarle la historia de la filosofía y buscar la conexión entre los hechos concretos y las fórmulas de los grandes pensadores, sino que hay que reconstituir la historia cabal de las ideas, el proceso total del pensamiento humano. La historia de las ideas es una rama del saber histórico que no ha sido muy cultivada, que ha aparecido tardíamente, pero que cuenta ya con una serie de estudios importantísimos, a los que debemos aclaraciones considerables y con frecuencia sorprendentes sobre la marcha de los acontecimientos que componen la trama histórica.

Bayle casi no pertenece a la historia de la filosofía, pero es personaje eminente en el cuadro de la historia de las

ideas. La filosofía y la ciencia modernas habían ido elaborando una interpretación nueva del mundo físico, habían discutido racionalmente desde muchos ángulos los problemas más generales, las cuestiones supremas y últimas. En lo referente a lo político-jurídico, los filósofos y los tratadistas del derecho natural habían ido echando las bases del Estado moderno. Faltaba, para completar la visión moderna del mundo, una cosa sumamente importante: la limpieza del horizonte histórico, un examen crítico de la realidad humana que la desbrozara de errores y prejuicios inveterados, que la purgara de las incontables fábulas que todavía pasaban por inconcusas verdades. La Ilustración, para traer eficazmente a los primeros planos las conquistas del espíritu moderno, necesitaba que antes se hubiera despejado el terreno de los residuos de lo viejo; para edificar convenía que el suelo estuviera desembarazado de malezas y escombros, y las afirmaciones de lo moderno y fresco requerían las negaciones previas de lo arcaico y marchito. A Bayle le tocó ante todo, en los últimos años del siglo XVII, esta tarea preparatoria para la faena que emprendería el siglo XVIII. Su *Diccionario histórico y crítico* se publica, como se dijo, en 1695-97, y tuvo doce ediciones, hasta principios del siglo XIX; se tradujo parcialmente al alemán, y su influencia fué enorme. Entre sus restantes trabajos se destaca, por haber sido otro instrumento de agitación espiritual en la época, la revista que redactó desde 1684 a 1687, con el título de *Nouvelles de la Republique des Lettres*, que tuvo también un éxito sorprendente. Bayle era cartesiano en filosofía, pero sus predilecciones no iban a los conceptos y las teorías: era hombre de hechos, el más apasionado por los hechos que jamás hubo. Su punto de partida en lo histórico es, como el de Descartes en lo filosófico, una duda universal, que no atiende a lograr seguridades metafísicas sino a discernir la concreta verdad del dato efectivo. Su vocación lo impulsaba a explorar el mundo de los hechos y a perseguir en él la verdad. Pero los hechos habían llegado a su época mediante una tradición confusa, envueltos en imaginaciones pueriles. De aquí que su empeño revistiera ante todo un cariz severamente crítico.

y por lo común resueltamente negador; el restablecimiento de la verdad requería en primer término la poda de una frondosa vegetación parásita que de ordinario ocultaba o desfiguraba el núcleo de verdad en cada personalidad o suceso del pasado. En una carta suya se lee lo siguiente: "Alrededor del mes de noviembre de 1690 concebí el designio de componer un *Diccionario crítico* que contuviera la recopilación de los errores cometidos tanto por los que han hecho diccionarios como por otros autores, y que, bajo cada nombre de persona y de ciudad, indicara las faltas en que se ha incurrido respecto a ese hombre o esa ciudad". Con esto queda definida la intención principal de la obra. Bayle no se preocupa mucho de distinguir entre lo grande y lo menudo, entre el asunto de gran trascendencia histórica y el que tiene apenas una significación anecdótica; hasta parecería que el asunto mismo le interesa relativamente menos que desmontar la máquina de engaños e ilusiones construída sobre él; se ha dicho que, aunque parezca paradójal, su genialidad consiste, más que en el descubrimiento de la verdad, en el descubrimiento de la falsedad. La historia se había concebido hasta él con criterio providencialista, con lo que se supeditaban los hechos a una interpretación previa que tenía que desvirtuarlos; él reivindica el hecho puro, se propone su restitución, su definición exacta en cada caso. Inagotable en su curiosidad, dueño de una erudición portentosa, aplicó su implacable análisis a una verdadera montaña de materia histórica. En su obra legó un tesoro de información y un ejemplo de crítica; desde este punto de vista, anota Cassirer, "se conquistó, en el terreno de la historia, méritos acaso no menores a los de Galileo en el conocimiento de la naturaleza".

Con Bayle nos hallamos a las puertas de la *Enciclopedia*; aunque de índole diferente, su obra es un antecedente considerable. Representa uno de los momentos culminantes en la demolición sabia de muchas de las construcciones del pasado que se oponían a las edificaciones venideras. La imposición militante del espíritu nuevo, que la *Enciclopedia* emprende, llegó a ser facilitada por la ciclópea labor de este hombre que estableció la *fe de erratas* de una gran porción del saber

tradicional y que enseñó a sus contemporáneos y sucesores cómo se discierne y comprueba en el terreno de los hechos, la verdad desnuda.

La segunda raíz de la *Enciclopedia* ha de buscarse por otro lado. Como colosal depósito del saber moderno, se enlaza con las grandes tentativas que realiza este pensamiento para organizarse y sistematizarse, y también para ponerse al inmediato servicio del hombre, de la comunidad. La mayor parte de los creadores de la filosofía y de la ciencia en la Edad Moderna habían trabajado en su recinto propio, atendiendo sobre todo al desarrollo de sus ideas o de sus investigaciones. Dos hombres hacen excepción, y se preocupan también de la recapitulación de los conocimientos, de su progreso plural y planeado, de su posible utilización en gran escala. En ambos, mentes enciclopédicas y con notable sentido de la eficacia práctica del saber, se dan con toda claridad dos motivos que aparecen en la empresa de Diderot y D'Alembert, la recopilación completa y el propósito social. Lo que faltaba en ambos, como era natural, era la intención polémica o política, que convierte a la *Enciclopedia* en expresión fidelísima del siglo XVIII, en el mayor monumento del espíritu de la Ilustración. Estos dos hombres fueron Bacon y Leibniz.

El pensamiento filosófico tiene, entre otras notas que le son propias, la de proponerse llegar a la profundidad última y buscar las postreras razones del ser, y la de abarcar la totalidad de lo cognoscible; esto es, se halla obligado por su propia índole a un examen de las cosas en hondura y en extensión. Cuando se atiende sobre todo a lo primero, se concibe la filosofía como ciencia de los principios; cuando se advierte en especial lo segundo, la filosofía se convierte en una gran sistematización del saber, en una empresa enciclopédica, como fueron los sistemas de Comte y de Spencer, para poner un par de ejemplos. Estas dos notas, la exigencia de profundidad última —búsqueda de los principios— y la de extensión total —organización de todos los conocimientos—, por una parte difieren, pero también en cierto modo coinci-

den y se asocian; porque los principios últimos, por sí mismos, son motivos organizadores de los que puede deducirse una sistematización, aunque de hecho no se lleve a cabo, y porque, viceversa, toda gran organización de la realidad o de los conocimientos sobre ella supone principios que la inspiren. De cualquier modo, y sea la que fuere la relación entre estas dos exigencias filosóficas fundamentales, predomina una u otra según los casos, y hay, correlativamente, filósofos que atienden preferentemente a los principios, y filósofos preocupados más bien por la multiplicidad de la realidad y del saber.

La segunda exigencia, la de abarcar la realidad en todos sus aspectos, es claramente una exigencia enciclopédica. Toda concepción filosófica madura viene a prefigurar o configurar una explicación total de lo real, una visión enciclopédica de la cual nada importante quede fuera; esto es, de la que no queden fuera sino instancias secundarias que puedan ser referidas sin dificultad a otros asuntos de mayor importancia registrados en ella.

El pensamiento griego, en su madurez, alcanza el nivel enciclopédico en la filosofía de Aristóteles. Para que este cariz enciclopédico fuera realmente alcanzado era indispensable que al enfoque filosófico se agregara el sentido científico, la capacidad de reconocer concretamente las cosas, de recoger y examinar los hechos, de completar la intención especulativa con la empírica. Esto ocurre en la Antigüedad con Aristóteles, por su universalidad, por haber unido a la genialidad filosófica la científica. Los que después lo proclamaron el filósofo único y definitivo, el filósofo por antonomasia, en nombre del cual debía jurar toda posterior filosofía, no cayeron en la cuenta de que eran infieles al espíritu aristotélico, que era en parte capital un espíritu de búsqueda, de averiguación empírica, de compulsión y crítica de los hechos. Lo que puede denominarse la enciclopedia medieval, trazada sobre la herencia de Aristóteles, contradecía sus enseñanzas en lo tocante a la realidad natural, porque no prosiguió su tarea de ponerse en claro sobre los hechos mediante un examen científico, que hubiera conducido a

proseguir su obra, a corregirla, a reemplazar muchas de sus tesis por otras halladas por la vía que él siguió, la de acumular e interpretar hechos. Sabido es que Aristóteles no se limitó a comprobar hechos naturales por la observación y la experiencia, sino que aplicó el mismo método científico a otros dominios, por ejemplo, al de la realidad política y social, en su doctrina política general y en sus laboriosos estudios sobre las constituciones de los Estados. Una prosecución del impulso aristotélico hubiera dado lugar a una cosa totalmente contraria de lo que fué el aristotelismo de la Edad Media.

La obra de Santo Tomás puede en cierto sentido ser considerada la enciclopedia medieval. Al producirse en el Renacimiento la gran renovación que inaugura la época moderna, surgen dos requerimientos: el de descubrir métodos nuevos que reemplacen a los agotados métodos medievales, y el de organizar una nueva enciclopedia, un nuevo conjunto sistemático de conocimientos, según el espíritu de la época. No ha de costar mucho comprender la identidad de raíz de ambas exigencias. Todo método va de antemano condicionado por cierta idea de los objetos a que ha de aplicarse, y eran las suposiciones nuevas sobre la realidad las que imponían la adopción de métodos no utilizados antes. Y estos métodos llevaban en sí, como su principio animador, una oscura impresión de los resultados a que se llegaría mediante ellos. El método medieval, del que la enciclopedia medieval dependía, había sido la especulación lógica, con la creencia como punto de partida y sin que los resultados de la especulación pudieran contradecir las tesis del dogma. Tras muchas rebuscas, el nuevo método se formaliza como una indagación racional autónoma, unas veces con predominio de la experiencia y otras con el de la pura razón, pero siempre con una gran predilección por la matemática. Y sobre estas bases habría de irse constituyendo la nueva enciclopedia.

Uno de los más meritorios artífices de la nueva metodología es al mismo tiempo el primer diseñador y el gran anunciador de la nueva enciclopedia. El canciller inglés Francis Bacon, cuya vida, rica en trabajos y abundante en

contingencias, corre de 1561 a 1626, fué un acre impugnador de los métodos medievales, y sistematizó, en el *Novum Organum*, las reglas del método empírico. Aquí no nos interesa por lo que constituye su mayor empeño filosófico, su concienzuda y minuciosa elaboración de una lógica de la experiencia inductiva, sino como antecedente de las posteriores tentativas enciclopédicas.

Bacon, desde su mirador, entre los finales del siglo XVI y los comienzos del XVII, que es como si dijéramos entre Giordano Bruno y Descartes, contempla en entusiasta anticipación el futuro desarrollo del pensamiento moderno, celebra por adelantado sus conquistas y mide las ventajas de todo orden que de ellas extraerá la humanidad. El imperio sobre la naturaleza, que la Edad Media había buscado por el sojuzgamiento de los poderes ocultos, por las alucinaciones de la magia, por todos aquellos ritos y fórmulas que vinieron a cobrar un renovado prestigio durante los siglos XV y XVI, ese imperio sobre las fuerzas naturales cree él que se logrará mediante la ciencia, mediante el saber alcanzado por rigurosos métodos de observación y experimento. A muchos deslumbró entonces el ancho panorama de conocimientos posibles que se abría ante el hombre, pero nadie tuvo como él la conciencia de lo que el conocimiento científico significaría para la vida. La ecuación "saber igual a poder" ocupa el centro de su pensamiento; dice textualmente: "tanto podemos cuanto sabemos". Al lado de su tratado del método, de su conjunto de reglas para perseguir y aislar el hecho, para comparar los fenómenos y extraer de esa comparación crítica las leyes que han de escalonarse en principios de sucesiva generalidad, desenvuelve otra faena en la que intervenía tanto como su cabeza su corazón: la del propulsor e incitador, la del profeta de la nueva ciencia, que veía, a la distancia, los logros de la gran empresa que se iniciaba, como quien columbra la tierra prometida que no ha de pisar. No se contentó, pues, con proporcionar los recursos metódicos para la investigación. Invitó apasionadamente a que se investigara, con una confianza ilimitada en la capacidad del hombre y en los bienes que se obtendrían por el cono-

cimiento. A lo lejos veía todas las potencias naturales puestas por primera vez al servicio del hombre. Con su novela inconclusa *La Nueva Atlántida*, agregó a las utopías políticas del Renacimiento una utopía científica, la pintura de un Estado en el cual los hombres disfrutaban de todos los beneficios de la técnica fundada en el saber cierto. Hombre del Renacimiento por muchos costados, es un entusiasta, un fervoroso. Pero su fervor no es como el de un Bruno, como el de tantos otros a quienes deslumbraban los conocimientos que se sucedían en una rápida sucesión de descubrimientos y componían una nueva imagen de la realidad. Había en él esto, sin duda, pero había también la visión de un mundo donde se celebrase, por el saber, el triunfo del hombre. La preocupación por el sentido social del saber, por su utilidad en una amplia acepción que comprende lo espiritual y lo material y práctico, aparece en la Edad Moderna, por primera vez, en Bacon, y se repetirá luego en Leibniz, adelantándose así ambos a lo que será uno de los caracteres más destacados de la *Enciclopedia*.

En el tiempo en que le tocó vivir a Bacon, la ciencia y la filosofía modernas, naciesen y en habitual conflicto con la tradición medieval que se mantenía en las Universidades, eran practicadas por lo común por personalidades aisladas. Bacon, que mira hacia el porvenir, anhela que esta situación se corrija. "Encuentro extraño —escribe— que entre tantas grandes fundaciones de colegios en Europa dedicados a las profesiones, no se haya destinado ninguno a las artes y a las ciencias, en su sentido más amplio". Y a continuación explica que las aplicaciones útiles y las prácticas profesionales sacarán el máximo provecho de los estudios teóricos sistemáticamente llevados adelante. Para poner un ejemplo capaz de mover a las autoridades que podían auxiliar eficazmente su propósito, agregaba: "De aquí proviene que, cuando los gobernantes buscan hombres aptos para servirlos en las tareas del Estado, difícilmente los encuentran, por cuanto no existe una libre enseñanza universitaria en donde, los que tengan disposición para ello, puedan entregarse al estudio de la historia, las lenguas modernas, los libros, discursos

políticos y otros estudios que los capaciten para el servicio del Estado". Nótese que al requerir un tipo de institutos científicos no existentes entonces, tiende Bacon tanto a la impulsión y fomento del saber como a su organización, a la conexión entre los estudiosos, aspecto que pudiéramos llamar personal o humano de la agrupación enciclopédica de los conocimientos, en una época en que el saber inquisitivo y fresco era la tarea de individualidades dispersas.

Un asunto muy debatido posteriormente en la filosofía, el de la clasificación, según principios, de los conocimientos humanos, arranca de Bacon, como es sabido. Su clasificación de las ciencias y las técnicas se tuvo en cuenta en la *Enciclopedia*, y si D'Alembert la retocó, admitió lo principal de ella, con lo cual queda dicho que, desde Bacon hasta el siglo XVIII, nadie propuso otra que pareciera más satisfactoria. Es cierto que, tras él, Hobbes, en el *Leviathan*, incluyó otra clasificación que, en algunos respectos, supera a la de Bacon; pero tuvo una resonancia tan escasa que podemos calificarla de nula, y la distribución baconiana siguió siendo el modelo por excelencia. Esta clasificación de Bacon, que se suele examinar y discutir apareándola a las muchas que produjo luego el siglo XIX, tiene una significación que le pertenece en exclusividad. Las clasificaciones de las ciencias del siglo XIX —y sólo el siglo XIX volvió a interesarse profundamente por ese problema— eran los ensayos de ordenación sistemática de los conocimientos adquiridos. En posesión de un inmenso depósito de conocimientos, era natural y aun obligatorio que el siglo pasado se propusiera empeñosamente su ordenación sistemática, creyese imprescindible trazar el cuadro completo en el cual cada saber ocupara el sitio que por su naturaleza le correspondiese. El caso es muy distinto en Bacon. Lo que él traza no es el panorama del saber poseído, sino del saber deseado; lo que se propone no es distribuir racionalmente los conocimientos existentes, como se hacía en el siglo XIX, sino diseñar el orbe del saber tal como en su sazón podía ser imaginado, como un programa de acción científica, como una incitación a llenar el vacío que se abría bajo cada rubro. Lo que proponía era como el mapa

de la ciencia venidera, y lo consignaba, como un mensaje, al porvenir. Su mirada iba hacia los hombres que tras él completarían la visión moderna del universo físico y humano, y cuando, tras muchos años de trabajos y sacrificios, esa visión moderna está ya lograda, cuando por primera vez se intenta su recapitulación en los volúmenes de la *Enciclopedia*, D'Alembert no podía hacer cosa mejor y más justificada que lo que hizo: dirigir su mirada a quien, mucho tiempo antes, trazó por adelantado el esquema de los conocimientos modernos. A aquella mirada de Bacon, cuyo destinatario era el moderno espíritu científico, responde la mirada de D'Alembert vuelta hacia el gran antepasado, cuyo ensueño había cuajado en una grandiosa realidad.

No voy a referirme a la clasificación de Bacon, sobrado conocida. Me he de limitar a aquello que la distingue y pone aparte de todos los demás ensayos de este género, a su carácter incitativo y programático, a lo que en ella es impulso y admonición para que se constituya el repertorio completo del saber renovado. "Trataré —dice— de hacer una general y fiel inspección de los estudios, con una investigación de cuáles son las partes que se hallan vírgenes, desaprovechadas y no mejoradas ni aplicadas por la industria del hombre; con el propósito de que tal plan, comprendido y retenido en la memoria, pueda, a un tiempo, dar luz a cualquier autoridad pública, y también servir a excitar empeños voluntarios, para lo cual mi propósito en este momento es sólo anotar deficiencias y omisiones..." En más de una ocasión se refiere al sentido colectivo de las tareas científicas y a la necesidad del apoyo estatal; indicaciones de notable alcance, cuando, como ya se dijo, la ciencia era la obra individual y esforzada de personalidades dispersas. Así escribe: "...pienso que hay cosas que son imposibles de hacer por una cierta persona, aunque pueden no serlo por todas; que las hay que pueden ser hechas por muchos, aunque puedan no serlo por cualquiera; las hay que pueden hacerse en el transcurso de los tiempos, aunque pueden no caber en el lapso de la vida de un hombre, y hay, finalmente, las que pueden ser realizadas por obra pública, pero no mediante el solo

esfuerzo privado". Si se piensa en cuánto duró la situación que aspiraba a remediar Bacon, se podrán apreciar con justeza las generosas anticipaciones del filósofo.

Obra de notorio tono enciclopédico, el tratado *Del adelanto y progreso de la ciencia* no es, no podía ser todavía sino el esbozo de una enciclopedia propiamente dicha; pero es el gran cuadro, la ordenada serie de casilleros que compone el plan, abundantemente fundado y explicado, de la futura enciclopedia moderna, según la concebía Bacon; nadie había hecho antes nada semejante, ni tampoco se hizo después, en el sentido de trazar un panorama completo y razonado del saber, hasta la empresa de Diderot y D'Alembert.

De otro carácter, aunque con grandes coincidencias en las intenciones, fueron los empeños del gran filósofo alemán Leibniz, que vivió de 1646 a 1716. La actividad de Bacon se desarrolló en los finales del siglo XVI y los principios del XVII; la de Leibniz se extiende aproximadamente cien años después, en la segunda mitad del siglo XVII y los comienzos del XVIII. Para la composición de la nueva visión del mundo, este intervalo de un siglo entre ambos es sumamente considerable, porque en él se dieron grandes pasos en la ciencia y la filosofía. Bacon era un anunciador, casi un profeta; expresaba anhelos, señalaba faenas, se regocijaba por adelantado con lo que debía traer el porvenir. Leibniz tenía ante sí muchas conquistas firmes, abarcaba una ingente masa de flamantes conocimientos y de inéditos puntos de vista que había atesorado el tiempo transcurrido, y no se refería ante todo a los conocimientos futuros, como Bacon, cuando miraba a lo lejos, sino que observaba lo que se había hecho, lo que se hacía a su alrededor y lo que de inmediato podía y debía hacerse. De aquí que sus conatos organizadores no se concretaran en un vasto programa teórico, como ocurre en Bacon, sino que constituyeran una serie de intentos efectivos, encaminados, de manera diversa, a operar sobre una realidad presente: a fomentar el saber, a completarlo, a organizarlo, a disponerlo en modo que se tradujera en un eficaz instrumento de utilidad social.

Con Descartes y Spinoza, completa Leibniz la gloriosa

trilogía del racionalismo moderno. Entre los rasgos que lo distinguen de sus dos grandes compañeros, conviene señalar y destacar el que tiene que ver con nuestro asunto. Descartes era un puro teórico, recluso en los problemas del pensamiento abstracto. Spinoza propuso, por la vía de la metafísica, un "camino de salvación". La cotidiana terrenalidad, la práctica de la vida de los hombres, ocupó escasamente a ambos pensadores. Leibniz, excelso en la genialidad metafísica y en la capacidad científica, también se preocupó de la vida corriente, y tuvo muy en cuenta las ventajas que esta vida puede obtener del conocimiento. "Nunca —dice un historiador— había consagrado antes nadie tan clara y al par tan calurosamente su existencia entera a la ilustración de los hombres y al trabajo por lograr el advenimiento del mayor bien universal". Es tan ignorado u olvidado este aspecto de su compleja personalidad, que conviene insistir sobre él.

Encasillado Leibniz en la historia de la filosofía y de la matemática, no se suele hacer cumplida justicia a los otros costados de su rica y diversa actividad. Nadie más universal que él, nadie más capaz de más varios intereses, así en el campo del saber como en el de la acción. Fué una especie de viviente enciclopedia. Filósofo sobre todo, pero también teólogo, jurista, historiador, matemático, físico, diplomático y forjador de planes políticos, intensamente preocupado del acuerdo entre las naciones y de la reconciliación de las iglesias, se le podría aplicar la frase del poeta latino, porque nada humano le fué extraño, y aun habría que agregar que todo lo humano, lo natural y lo divino lo quiso reconducir a una armoniosa unidad. Fué el suyo un espíritu de armonía y de concordia; proyectado sobre la infinita diversidad de las cosas, tendió a la equilibrada unificación de los conocimientos y de los intereses, movido por su doble vocación filosófica y social.

De muchas maneras se preocupa Leibniz de organizar el saber. Asombra la cantidad de trabajo, de ingenio y de energía que consumió en este propósito. Uno de los recursos principales para la facilidad, el orden y la continuidad

en el esfuerzo científico tenía que ser la asociación de los hombres consagrados a la tarea intelectual. En las Universidades persistía y se atrincheraba la tradición intelectual aristotélico-escolástica, que laboriosamente iba siendo reemplazada en la Edad Moderna. Las Academias, creaciones de nuevo cuño, se convirtieron en los hogares del nuevo saber. Leibniz se preocupa de estos institutos, con un sentido más amplio y dinámico de lo acostumbrado en su época, y proyectando la incorporación a ellas de ciertos métodos y procedimientos de su invención. Dilthey, que ha estudiado a fondo este asunto, escribe: "La meta de Leibniz no había sido en primer término determinados resultados, ni siquiera concepciones metafísicas como tales, sino que buscaba instrumentos que encerrasen ilimitadas posibilidades de fecundidad. Un instrumento tal debía ser su lenguaje simbólico-filosófico, luego su cálculo diferencial, más adelante sus principios del conocimiento universal... También su idea de la Academia fué inspirada por este punto de vista; la Academia era para él uno de aquellos instrumentos, que una vez puesto en acción, prometía fomentar la cultura en todas las direcciones... El proyecto más antiguo se ocupa con una sociedad alemana de ciencias, radicada en Frankfurt... De motivo y ejemplo le sirven las Academias existentes en Inglaterra y Francia, que tenían el centro en el conocimiento matemático de la naturaleza, de acuerdo con el estado de las ciencias a la sazón. Pero Leibniz subraya con más fuerza la relación práctica de la ciencia con la industria y el comercio". Como vemos, desde joven, pues entonces lo era, la aplicación práctica del saber se hace presente en Leibniz, sin perjuicio de su notable propensión teórica. Pero a nuestro tema toca más de cerca otro motivo siempre operante en sus proyectos académicos: el de constituir una verdadera "central" científica, un organismo tanto creador como recolector y sistematizador, uno de cuyos fines había de ser, precisamente, preparar una gran enciclopedia del saber. Esta noción de una gran recopilación enciclopédica tiene la notable característica de que no se le presenta a Leibniz como una empresa aislada, sino como uno de los

miembros de un plan complejo, y puede decirse que completo, de lo tocante al saber humano, a su obtención, ordenación, sistematización y aprovechamiento. Todavía no se ha emprendido nada por el estilo, aunque tan grandes cosas hayan sido realizadas.

Tuvo Leibniz una participación decisiva en la fundación de la Academia de Berlín; aunque algunas de sus ideas entraran en la reglamentación del alto instituto, no le fué dado hacer de él la gran central científica que había imaginado. Los proyectos a que me he venido refiriendo no son sino una parte de lo que concibió o elaboró con el objeto de coordinar el trabajo intelectual. Por diversos costados atacó la cuestión de buscar métodos que tuvieran un alcance universal en la busca y fundamentación del saber, una especie de "matemática universal" que fué en él una obsesión, y que debía reemplazar a la lógica común. Creía que, mediante la descomposición y el análisis, todas las verdades se podrían reconducir a un corto número de ideas simples o elementales, con las que se constituiría el alfabeto de los pensamientos humanos; de estas ideas, por composición o combinación, se formarían las demás, las complejas, así como las frases y los períodos del lenguaje se forman por combinaciones de las veintitantas letras del alfabeto. La nueva lógica que de esta manera se constituiría no había de ser un puro formalismo, como la habitual, sino también un instrumento para obtener conocimientos nuevos. Con esta tentativa se encadena la de una lengua universal, concebida, no como mero recurso práctico para la comunicación, sino fundada en razones filosóficas, que fuera al mismo tiempo una ideografía o álgebra de las ideas y que obedeciera a una gramática rigurosamente lógica. Diferentes en sus detalles y en sus finalidades inmediatas, en todos estos proyectos late una misma intención final: la ordenación del saber y su disposición para aplicarlo al mayor bien de los hombres.

Todas estas ideas conflúan y se concentraban en la concepción de una gran enciclopedia. "Este proyecto —escribe Couturat— ha ocupado a Leibniz durante toda su vida; debía ser su gran obra filosófica y científica. Así la his-

toria de esta empresa, de sus orígenes, de sus transformaciones, de su fracaso final, se identifica con la historia del pensamiento y del espíritu del filósofo". Lo que primeramente planeó fué una enciclopedia del derecho; luego pasó a concebir una grande y completa enciclopedia de todo el saber y aun de toda la experiencia humana. Como preparación, al servicio de ese propósito, se le ocurrió crear una publicación, una gran revista científica que diera cuenta de los libros nuevos y de las investigaciones y descubrimientos, y en la cual, además, se publicaran las obras importantes inéditas, antiguas y modernas. De esta compilación previa saldría la gran enciclopedia sistemática, cuyas dificultades, por la dispersión de los materiales a reunir, comprendía bien Leibniz y procuraba superar. En cuanto a la enciclopedia misma, la imaginó primero no muy voluminosa, especie de tratado manual, pero luego creyó que debía ser muy amplia, redactada por una sociedad de sabios congregada *ad hoc*, con mucho material gráfico y con abundante transcripción de la documentación inédita o difícil de encontrar. Mucha importancia atribuía a la parte práctica o aplicada, porque, como he dicho, Leibniz tuvo siempre en vista la utilización social del saber y creía firmemente en las ventajas que el hombre habría de extraer de los conocimientos, así para su dignidad, su esclarecimiento y su dicha espiritual, como para su bienestar material.

Todos estos empeños de Leibniz no pasaron de realizaciones trucas, de esbozos, de sueños; si se quiere, de fracasos. Pero no olvidemos que el fracaso de lo noble y generoso es por lo común relativo. Todo éxito grande y duradero necesita de esos fracasos que allanan el camino, que preparan las conciencias para que, a la larga, se logre y cumpla lo que antes parecía un designio irreal y utópico, el ideal de un iluso, una fantasía dibujada en las nubes. Muchas veces, en las grandes obras de la cultura, el realizador feliz, el constructor venturoso, no es sino el heredero afortunado de unos cuantos fracasados ilustres. Para toda empresa de alta y noble intención, para cualquier empeño de gran envergadura, la primera exigencia, el requisito indis-

pensable, consiste en hallarse de antemano resuelto a arros-  
trar los fracasos, y no tanto por resignación ante lo presu-  
mible o lo inevitable, como por la convicción de que sólo  
al precio de repetidos fracasos se compran los éxitos grandes  
y auténticos, los que señalan un triunfo sobre el mal, la  
estupidez, la rutina o la ignorancia.

Tanto en Bacon como en Leibniz se da, como hemos  
visto, una notable preocupación por la organización de la  
enciclopedia del saber; ambos hacen sitio al saber práctico  
o aplicado, a las técnicas, al lado del saber puro o teórico,  
y en ambos también resplandece la esperanza de que el  
saber llegará a ser para los hombres liberación y dicha,  
ocasión para el perfeccionamiento espiritual y para el goce  
de la existencia. Todo esto, que alienta y se expande en  
la insigne realización de Diderot y D'Alembert, estaba ya  
en los proyectos de aquellos dos; pero no podía figurar en  
ellos, por razones históricas, lo que fué en la *Enciclopedia*  
fuerza revolucionaria, energía espiritual al servicio de los  
impulsos renovadores del siglo XVIII.

Esta clase y las subsiguientes se dieron en el  
Colegio durante agosto de 1950, en el curso  
colectivo con que fué recordado el bicentenario  
de la publicación del *Prospecto* de la *Enciclopedia*  
francesa.

# Preliminares intelectuales de la Revolución Francesa: La Enciclopedia

por JOSE A. ORIA

El título de este ensayo corresponde al deseo de evitar en el mismo expresiones equívocas o desproporcionadas. Considérase en él a la *Enciclopedia* como a uno de los preliminares o antecedentes de la revolución francesa de 1789, porque esto es lo que sin lugar alguno de duda puede afirmarse de la ardua y discutida empresa intelectual que fué, en el siglo XVIII, la publicación del famoso diccionario dirigido por D'Alembert y Diderot.

Se ha descartado, en cambio, deliberadamente del encabezamiento de estas consideraciones toda expresión que prejuzgase sobre la medida en que la *Enciclopedia* pudo influir en el estallido revolucionario y en los acontecimientos sucesivos.

La extensión de la obra y lo mucho que toda enciclopedia encierra necesariamente de caduco, hacen hoy de la publicada doscientos años atrás más un objeto de comentarios históricos que de lectura completa o de compulsas fructuosas. Esa compilación, como tantas otras, resulta actualmente más mencionada que conocida.

Recuerda Henri de Régnier que para pintarle Mallarmé la bulimia intelectual de Elémir Bourges, lector insaciable, le habría dicho: "En cuanto Bourges dispone de cinco minutos, relee la *Enciclopedia*".<sup>1</sup> Ni en cinco meses de atención asi-

1. RÉGNIER, HENRI DE, *De mon temps*, p. 86.

dua podría un lector voraz leer aceptablemente dicha compilación, y para estudiarla a fondo sería imprescindible consagrarle varios años. Uno de los estudiosos que más seriamente han cumplido, en los últimos tiempos, ese cometido afirma con razón que la mayoría de los críticos e historiadores hablan de la *Enciclopedia* sin conocerla.<sup>2</sup>

Menos aun puede extrañarnos la obscuridad que rodea a no pocos antecedentes y circunstancias de la publicación colectiva más célebre del siglo XVIII. Conviene recordar al respecto que la preparación y publicación de la obra llevó cerca de treinta años y que, como la guerra treintenaria del siglo anterior, la lucha por la *Enciclopedia* abarca varios períodos y contiene dramáticas alternativas.

No cabe duda de que la *Enciclopedia* respondía, en su carácter informativo y de balance cultural, a una verdadera necesidad y que aparecía en momento oportuno para satisfacerla.

Desde fines del siglo XVII, el *Diccionario crítico* (1697) de Pierre Bayle inicia en lengua francesa publicaciones de carácter enciclopédico y muestra el espíritu corrosivo que puede inspirarlas.

Y como esa oportunidad no era meramente local, y el éxito de una publicación incita a imitarla, a partir de la de Bayle se multiplican las "enciclopedias" o "diccionarios generales", primero en Alemania, luego en Inglaterra.

La más famosa de las enciclopedias inglesas, anteriores al siglo XIX, es probablemente la publicada en 1728 por Ephraim Chambers y titulada *Cyclopaedia or Universal Dictionary of the Arts and Sciences*.

Chambers no posee la personalidad sobresaliente de sus colegas franceses D'Alembert o Diderot; pero dista mucho de ser un personaje vulgar. Como tantos otros iniciadores, Chambers es un autodidacto. Cuáquero, por sus ideas religiosas, ha comenzado por ser artesano, entre cuyos oficios figuró el de armador o constructor de esferas geográficas. Esta tarea por la cual queda el globo terráqueo reducido a proporciones

2. HUBERT, RENÉ, *Les Sciences sociales dans l'Encyclopédie*, p. 14.

de material escolar y adorno de bufete, pudo contribuir a sugerirle la idea de hacer algo análogo con la inmensidad de los conocimientos humanos, consignados en obras nunca suficientes para contenerlos y que no cabían ya en las bibliotecas particulares.

Es igualmente posible que Chambers perteneciera a los cuadros todavía indecisos de la francmasonería, que comenzaba a difundirse en Inglaterra y Francia.

Lo indudable es que la francmasonería, que consideraba a Dios como arquitecto supremo del universo, daba importancia a los oficios, y que, en 1737, Ramsay propiciaba en Inglaterra una vasta obra de carácter enciclopédico, para la cual reclamaba el apoyo de todos los maestros y "hermanos" de Alemania, Inglaterra e Italia. Tres años después, el duque de Antin, primer gran maestro de la francmasonería francesa, hacía en París un discurso análogo.<sup>3</sup>

Alcanza la "Enciclopedia" de Chambers un éxito rotundo de librería, y sus dos volúmenes *in folio* representan el esfuerzo informativo más certero realizado en obras de su índole. A mediados del siglo, el diccionario de Chambers ha tenido seis ediciones y dado pingües ganancias a sus impresores.

Dos intelectuales trashumantes, John Mills y Godofredo Sellius, inglés el primero y alemán el segundo, buscan en Francia un editor próspero al cual proponer la adaptación de la afortunada enciclopedia de Chambers. Dan con el librero Le Breton, y no se equivocan al confiar en la sagacidad comercial del parisiense, pero sí al suponer que se dejará manejar por ellos. Nadie superaba a Le Breton en olfato editorial, pero tampoco nadie, ni Diderot mismo, lograba imponerle los propios puntos de vista, si estaban en pugna con los intereses o resquemores del librero.

Para Le Breton la "Enciclopedia" propuesta es, en primer término, un negocio.

Ni Mills, ni Sellius le parecen convenientes para llevar a cabo la empresa, aunque sin la intervención de ambos la famosa *Enciclopedia* de Francia no hubiera nacido o habría

3. LE GRAS, JOSEPH, *Diderot et l'Encyclopédie*, ed. 1928, ps. 28 ss.

esperado tiempo incalculable para presentarse en el mundo.

Muere el alemán, se desentiende Le Breton del inglés Mills, y obtiene un "privilegio" para editar la adaptación proyectada que le deja con libertad de elegir sus colaboradores.

Nada más fácil o nada más difícil que elegir los secuaces que llevarán a término una enciclopedia, según sea el criterio con que se haga la selección. Por supuesto que la dificultad sólo existe si de encontrar verdaderas competencias se trata; la facilidad, si meramente se procura hallar frangolladores que traduzcan o manipulen materiales ajenos.

Y aun podría decirse, sin paradoja, que no hay obra enciclopédica de vastas proporciones en que no estén representadas ambas especies de colaboradores.<sup>4</sup>

Actualmente, en los países cultos, una enciclopedia es largamente elaborada, antes de comenzar a imprimirse. Algunas casas editoriales especializadas poseen verdaderos institutos de información lexicográfica donde se reúne y depura técnicamente el material de las futuras ediciones.

En las librerías francesas de tiempos de Le Breton no existía nada que presentase ventajas equivalentes.

Requeríase, por lo tanto, alguien atraído por lo que la empresa enciclopédica encerraba a la vez de incitante y de aventurado; alguien, asimismo, a quien no arredrasen tareas oscuras, de esfuerzo ciclópeo y de escasa retribución. Un enciclopedista nato, en momentos en que nadie pensaba en cultivar ni estimar tal especie de talentos.

No basta la suerte para explicar la persistencia del éxito personal, y Le Breton logró acierto constante en sus empresas. Pero admitamos la fórmula y digamos que tuvo el editor la buena estrella de encontrar a Dionisio Diderot para la tarea que proyectaba. Y la expresión de "buena estrella" no supone, por cierto, que ella brillase siempre serena y radiante en las

4. Del *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, en que colaboró, escribe Menéndez y Pelayo: "...es trabajo bastante de pacotilla, como todas las enciclopedias españolas que yo he visto hasta ahora. Mucha parte debe estar traducida del francés y del alemán." *Epistolario de M. y Pelayo y Valera*, ed. 1946, p. 401.

relaciones entre el librero y el director técnico elegido para su empresa.

Bohemio por sus hábitos de hombre de café, pero capaz de conciliar esas preferencias desgarbadas con una curiosidad realmente enciclopédica y una capacidad de trabajo pasmosa, Diderot había ya traducido obras inglesas de carácter técnico y de divulgación histórica, tales como el *Diccionario de medicina* de Roberto James y la *Historia de Grecia* de Temple Stanyan.

Siempre escaso de recursos y desbordante en ideas, improvisador incorregible no menos que genial, Diderot carecía de prestancia y de prestigio. Años después, ya célebre en los medios literarios, un noble como D'Argenson sólo se referirá al capataz de la *Enciclopedia* como: "Ese Fulano... ¡Ah!, sí, ese tal Diderot."

En esas manos tan avezadas a las tareas anónimas y aventuradas, que en 1749 lo hacen poner preso en Vincennes, el proyecto de Enciclopedia sólo podía crecer en proporciones. En efecto: convence a Le Breton de que lo realmente oportuno sería, no adaptar la enciclopedia de Chambers, sino descartarla y hacer de la obra encarada un verdadero panorama de los conocimientos humanos, en numerosos volúmenes, a cargo de una imponente legión de colaboradores.

Con anterioridad a Diderot, un abate, Gua de Malves, había aconsejado a Le Breton idea semejante. El abate sirvió involuntariamente de fianza a las sugerencias del escritor bohemio y discurridor "libertino", como se llamaba desde fines del siglo XVII a los después conocidos con el apodo de "libres pensadores".

La prolongación de la obra aseguraba a Diderot, mientras se la editase, recursos modestos, pero regulares. El estipendio inicial de 1.500 libras anuales será luego justamente aumentado, a medida que la tarea y la responsabilidad editorial de Diderot crezcan en importancia. Pero esas mil quinientas libras son, desde el comienzo, más de lo que el incorregible desordenado había podido hasta entonces llevar a su casa.

Presta Diderot otro servicio de insospechadas proporcio-

nes a la empresa común: el de convencer al octogenario y regalista canciller D'Aguesseau que conceda el privilegio editorial, para que la *Enciclopedia* pueda publicarse. El veterano orador forense, tan ducho en desenmascarar los embozos de la chicana curialesca, cree de la futura compilación lo que el gran conversador de *El sobrino de Rameau* quiere decirle.

Y hé aquí cómo fueron personas de insospechable monarquismo y buena fe las que hicieron posible la publicación de esa *Enciclopedia*, siempre mencionada como máquina de guerra contra el antiguo orden de cosas.

Concebida la empresa como verdadero y amplio repertorio de los conocimientos humanos, quédale por cumplir a Diderot la ardua tarea de hallar los colaboradores capaces de poner en marcha las diversas secciones de obra semejante. Ya hemos recordado que el prestigio personal del escritor bohemio no bastaba para encabezarla.

Ese "fulano", ese factotum más conocido en los cafés que en las academias y en los centros científicos no inspiraría ni confianza ni respeto a los suscriptores de la publicación proyectada. Para lanzar a ésta y para imponerla requeríase alguien con mejores títulos y mayor crédito de los poseídos por Diderot.

Piénsase, por lo tanto, en D'Alembert, ya consagrado en los círculos cultos, asociado a la Academia de Ciencias y en vísperas de ingresar a la de Letras.

Acepta D'Alembert el papel directivo que se le confiere, y entra la *Enciclopedia* en el período de las realizaciones y de las dificultades.

En el siglo pasado, Pascal había dado la fórmula de toda labor análoga a la emprendida luego por Diderot: "Puesto que no es posible ser universal y saber todo lo que puede saberse sobre todas las cosas, es menester saber un poco de todo. Pues es mucho más hermoso saber algo de todo que el saber todo de algo; esta universalidad es más bella".<sup>5</sup>

A este ideal de "universalidad" concentrada, responde inicialmente la concepción de la *Enciclopedia*. Lo enuncia

5. PASCAL, *Pensées*, ed. Crès, 1924, p. 62.

claramente el *Prospecto* redactado por Diderot: "Esta obra podrá servir, alguna vez, de biblioteca en todos los géneros, excepto en el de su especialidad, a un sabio de profesión..." Programa de que se hace también eco D'Alembert, en el "Discurso preliminar": "Esta obra hará las veces de biblioteca para el hombre culto ("l'homme du monde"); y, en todos los géneros, excepto el suyo, para un sabio de profesión..."

La oportunidad de estas declaraciones quedó demostrada por el aflujo sorprendente de suscriptores.

A pesar de tratarse de una publicación costosa, cuyo precio la ponía fuera del alcance de las bolsas modestas, la suscripción llega a esparcirla por toda Francia. El profesor Strowski recuerda haber encontrado ejemplares hasta en una aldehuela del Forez, en la habitación de modestos propietarios campesinos.<sup>6</sup>

Con las perspectivas halagüeñas surgen las dificultades enconadas.

La empresa editorial de Le Breton vulnera derechos anteriores de otros titulares: los jesuítas, redactores del *Diario de Trévoux*, autorizados, asimismo, para la publicación de un "Diccionario", cuya primera edición había aparecido en 1704.

En aquella Francia de gremios regimentados, de corporaciones disciplinadas, de concesiones intransigentes y de privilegios exclusivos, los jesuítas entendían poseer legalmente el derecho que se concedía a Le Breton.

Basta con recordar los innumerables procesos motivados por estas situaciones, para comprender que no serían ciertamente los primitivos titulares de uno de esos derechos los que se dejarían despojar de él sin protestas.<sup>7</sup>

A estos motivos estrictamente jurídicos y humanos, podía añadirse en los jesuítas la desconfianza con que veían anunciar una "enciclopedia", con el espíritu preconizado por los francmasones y dirigida por alguien, como Diderot,

6. STROWSKI, *Histoire des Lettres*, dans *Histoire de la Nation Française*, vl. II, p. 407.

7. Solamente en París, las corporaciones gastaban en litigios por mantener sus privilegios, más de un millón al año. RAMBAUD, *Histoire de la civilisation française*, t. II, p. 522.

a quien sus tendencias antirreligiosas habían llevado a la prisión.

La intención sectaria de la obra es denunciada por el *Diario de Trévoux*, desde la publicación de los primeros volúmenes.

Sería, con todo, un error suponer en la *Enciclopedia* de los comienzos el ardor combativo y la eficacia disolvente que la caracterizaron años después. Lo mismo que las personas, las obras prolongadas a través del tiempo y de volúmenes sucesivos, suelen tornarse en muy distintas de lo que comenzaron por ser.

Le Breton era un especulador hábil, no un aventurero. D'Alembert era un hombre de prestigio internacional, miembro de la Academia de Ciencias, en vísperas de ingresar a la Academia Francesa; no era ciertamente un bohemio como Diderot ni un libre pensador tabernario. Si a D'Alembert le conviene no comprometer sus brillantes perspectivas académicas, para Le Breton es de un interés vital la continuidad de la *Enciclopedia* y que los suscriptores a la misma no puedan considerarse defraudados.

El nuevo diccionario debía ser revisado y censurado por eclesiásticos. Nadie podía asegurar de antemano la benevolencia de tales jueces.

Pensóse entonces, lógicamente, que los artículos que más convenía vigilar eran los referentes a la teología, a la religión y a los asuntos eclesiásticos. Y, para que los mismos inspirasen confianza, encargóse de ellos a diversos sacerdotes.

Una de las características de la *Enciclopedia*, y de las que mejor explican que nos ocupemos de ella a doscientos años de su publicación, es la de no haber sido una obra académica y mansamente literaria, sino la de constituir un momento expresivo del pasado humano, en el cual circunstancias políticas y caracteres individuales, ideas e intereses, grandes corrientes sociales y pequeñas pasiones humanas convergen y se entremezclan hasta producir uno de los remolinos intelectuales más impetuosos y más turbios de la historia.

La lejanía desde la cual consideramos hoy ese pasado nos permite advertir lo que hubo de cómico en malandanzas

que solamente dramáticas pudieron parecer a quienes las vivían.

Tal, por ejemplo, el incidente del abate de Prades, uno de los primeros colaboradores en la *Enciclopedia* francesa.

Hombre culto y sacerdote estimado, el abate de Prades, que ya figuraba entre los secuaces de D'Alembert y Diderot, debía pasar un examen doctoral en la Sorbona. Fiel a su origen medieval y a la voluntad de su fundador, la Sorbona era todavía y primordialmente una facultad de Teología. En ella y ante tribunal autorizado expuso brillantemente de Prades su tesis *La Jerusalem celestial*, el 18 de noviembre de 1751.

El abate fué felicitado por sus jueces, laureado, púsose el birrete doctoral y se fué a su casa despedido por un concierto de felicitaciones y de plácemes.

Si en aquel ambiente de triunfo olvidó el abate lo cerca que estaba, en la Roma clásica, el Capitolio de la roca Tarpeya, las circunstancias se encargaron muy pronto de recordárselo.

Adviértase que el sostenimiento de la tesis supuso en aquel caso, como en todos, la presentación previa de un texto escrito y el desarrollo, luego, oral de las conclusiones y fundamentos aducidos por el examinando.

Aún dormía el abate sobre sus laureles universitarios, cubierto con la flamante muceta doctoral, cuando lo despertó bruscamente de su sueño la más extraordinaria tormenta que haya provocado examen universitario en aquel siglo.

¿Por qué?

Corrían ya impresos los dos primeros volúmenes de la *Enciclopedia*. Figuraban en ellos colaboraciones del abate de Prades, entre otras, una sobre la certidumbre. Diderot, uno de los directores más activos de la recopilación, era amigo del abate, y había estado preso por la publicación, en 1749, de *La carta sobre los ciegos*, obra indudablemente impía.

¿Podía un amigo y colaborador de Diderot haber presentado en la Sorbona una tesis limpiamente ortodoxa? Además, "horresco referens", y los mismos que se horrorizaban al suponerlo lo afirmaban como si les constase a ciencia cierta: ¡Diderot había colaborado en la tesis aprobada por la Sor-

bona, Diderot, el ateo de *La carta sobre los ciegos!*

La tesis del abate de Prades fué denunciada; los mismos que la calificaron con altas recompensas declararon no haberla leído, "por estar escrita con letra muy pequeña",<sup>8</sup> y se convocó a una asamblea excepcional, a un claustro ampliado para juzgar en definitiva la zarandeada tesis del peligroso colaborador de la *Enciclopedia*.

Se le atribuye al juez Laubardemont el dicho de que le bastaría una línea cualquiera, la más indiferente, de un inculpado, para hallar en ese autógrafo con qué mandar a la horca al que lo hubiese escrito.

La tesis del abate de Prades tenía miles de líneas, y el 30 de diciembre del mismo año de 1751 la Sorbona, que un mes antes coronaba las pruebas rendidas, empleaba ahora la fórmula "horruit sacra Facultas", repudiaba las proposiciones contenidas en *La Jerusalem celestial*, anulaba los honores concedidos, suspendía en su función sacerdotal al abate de Prades y destituía de la cátedra al presidente del tribunal ante el cual rindió su examen el colaborador de Diderot.

Si el jurado del 18 de noviembre no había leído la monografía del abate de Prades, ¿cómo pudo interrogarlo? Y si la letra era muy pequeña, ¿tampoco el tribunal alcanzó a oír la voz del examinando en la parte oral de sus pruebas?

Todo esto sería muy divertido, si, por lo aquí escuetamente narrado, de Prades no hubiera debido ocultarse, primero, y luego, para evitar males peores, huir de Francia y vivir expatriado durante varios años.

Convengamos en que, dentro del juego normal de la vida universitaria, nada de esto debió ocurrir.

Pero lo que aflige en el sonadísimo asunto de Prades es la inflación pasional de un incidente por intereses banderizos y solapados; los procesos de "tendencia" siempre odiosos y el uso de las formas del derecho contra la realidad de la justicia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar  
Era a la *Enciclopedia* misma a la que apuntaban los tiros

8. DE PRADES, *Le Tombeau de la Sorbonne*, ed. Hollande, 1753, p. 20.

de los cuales resultaba el abate de Prades la primera víctima.

Contaba entonces la empresa con una nómina brillante de colaboradores; pero la contribución de algunos de ellos fué más nominal que efectiva.

Siempre se ve figurar a Montesquieu entre los participantes en la *Enciclopedia*. Sin embargo, el autor de *El espíritu de las leyes* rehusó toda colaboración realmente eficaz a la obra de Diderot. Se le habían solicitado dos artículos: uno sobre democracia y otro sobre despotismo. No aceptó escribirlos. No, ciertamente, porque Montesquieu careciese de audacia. Pero no le agradaba para esos trances la compañía de los "enciclopedistas". Montesquieu, cuya reputación de jurista era incomparable, sólo acepta colaborar en la *Enciclopedia* con un artículo sobre "el gusto", que ni siquiera está terminado al morir el autor en 1755.

También fué escasa y reticente la contribución de Buffon a la *Enciclopedia*.

La posición de Voltaire es activa; aunque, como de él podía esperarse, más contradictoria que decidida y franca.

Ha colaborado Voltaire en la empresa común, con artículos, reunidos en la edición de Kehl a su *Diccionario filosófico*; ha inspirado lo que tuvo la *Enciclopedia* de más atrevido; la ha defendido en público... Pero la ha censurado en su correspondencia privada<sup>9</sup> y no tomó nunca abiertamente la responsabilidad de dirigir la recopilación que indudablemente orientaba.

Rousseau, sí; Juan Jacobo comenzó por colaborar con esos mismos "enciclopedistas" con los que rompió luego tan ruidosamente, a propósito de un artículo aparecido en la obra de que él fué también redactor. La unidad de miras no ha sido característica sobresaliente del famoso diccionario.

Rousseau tuvo a su cargo, en los primeros volúmenes, los artículos sobre "música". El juicio del mismo Rousseau sobre su aporte a la *Enciclopedia* no puede ser más modesto:

9. Carta a d'Argental, 12 de marzo de 1758: "La *Enciclopedia* está construída, por partes iguales, de lodo y de mármol".

“hice mi parte, muy apresuradamente y muy mal, en los tres meses que me habían sido concedidos”.<sup>10</sup>

Abundaban los abates, entre los colaboradores de la *Enciclopedia*, y varios de ellos, de ortodoxia insospechada. Entre los más conocidos, puede recordarse a De la Chapelle, Langlet-Dufresny, Mallet, Pastré, Ivon, etc.

La publicación, en 1757, del séptimo volumen de la obra, señala un momento crítico en la vida de la misma.

Contenía el volumen el artículo sobre “Ginebra” de D’Alembert, en el cual incitaba a los magistrados de la ciudad protestante a ser más tolerantes con los espectáculos escénicos.

Rousseau, cada vez más alejado del espíritu predominante entre los “enciclopedistas”, aprovechó la ocasión para romper con sus ex compañeros, en una “carta” a D’Alembert, no menos elocuente que paradójal.

Al aparecer, en 1757, el volumen séptimo de la *Enciclopedia* debe ésta hacer frente a las mayores dificultades que se le habían presentado. Desde años atrás es violentamente atacada por Fréron y denunciada por los jesuitas de Lyon. Prohibida, una primer vez, en 1752, después del incidente del abate de Prades, la *Enciclopedia* ve condensarse las nubes de mal presagio sobre su imprenta.

Dos nuevos adversarios aparecen: Palissot y Moreau. Pero lo más temible para la empresa de Le Breton es un incidente imprevisto y de carácter más político que literario: Damiens, un excriado tornadizo hiere, a comienzos de 1757, a Luis XV.

A ese atentado de un anormal se le quiere atribuir una intención ideológica y partidaria. Los jesuitas lo imputan a la impiedad que les parece tener a la *Enciclopedia* como principal foco; los filósofos consideran a Damiens como a instrumento de los jesuitas, por haber servido en casas de aquéllos. Damiens, criado de muchos amos, había servido igualmente en casas de magistrados y de personas de la nobleza.

10. ROUSSEAU, *Les Confessions*, 2ª parte, final del libro VII.

En 1758, el año de la "carta" de Rousseau a D'Alembert, un amigo de los enciclopedistas, Helvecio, es severamente condenado por el Parlamento.

Al año siguiente, es anulado el privilegio concedido para la publicación de la *Enciclopedia*; se obliga a Le Breton a resarcir a los suscriptores por los volúmenes pendientes; y, el 3 de septiembre de ese mismo año de 1759, el Papa Clemente XIII condena la *Enciclopedia*.<sup>11</sup>

D'Alembert se retira de la dirección y Voltaire aconseja a Diderot que haga otro tanto, o que continúe la obra en el extranjero. Diderot demuestra ser el más identificado con la empresa, al contestar a Voltaire: "Abandonar la obra es volver espaldas al enemigo, y hacer lo que desean los bribones que nos persiguen. ¡Si supierais la alegría con que han recibido la 'deserción' de D'Alembert!... ¿Qué hacer? Lo que conviene a gente de valor: despreciar a nuestros enemigos, perseguirlos, y aprovechar, como lo hemos hecho, de la imbecilidad de nuestros censores".<sup>12</sup>

Y, a pesar de las ofertas que se le hacen desde el extranjero, Diderot continúa en París esperando mejores tiempos para su edición y preparando los volúmenes futuros.

Las circunstancias le dieron razón.

La publicación de la *Enciclopedia* no es ya una cuestión simplemente editorial. Se ha convertido en campo de batalla de influencias poderosas.

Fuera de los intereses materiales empeñados, militan en favor de la *Enciclopedia* cuantiosos auxiliares de singular importancia. Lo que Taine ha llamado "l'esprit classique",<sup>13</sup> esa audacia para deducir de todo principio las consecuencias que de él pueden desprenderse y aplicar a las ciencias sociales los principios de las físicas, apoya decididamente el espíritu racionalista y los propósitos generales de la empresa encabezada por Diderot. La lámina de Cochin, que abría

11. Solamente por error venial, pero no menos indudable, Hervier, Lamy, Voilquin, atribuyen la condena a Clemente VIII, que falleció siglo y medio antes de la condena de la *Enciclopedia*.

12. Carta de 19 de febrero de 1758.

13. TAINE, *L'Ancien Régime*, t. I, ps. 315 ss.

el primer volumen de la *Enciclopedia*, mostraba a la Razón y a la Metafísica, en lo alto de la composición, tratando de despojar a la Verdad de los velos que la envuelven.

El "espíritu clásico", definido por Taine, podía reconocerse en la lámina ostentada al comienzo de la *Enciclopedia*.

Además de esas influencias doctrinarias, existen las políticas y materiales.

D'Argenson, al que la obra está dedicada, se empeña eficazmente en resolver las dificultades opuestas a la continuación de la misma, e interesa en igual sentido a la más poderosa influencia del momento: la de Madame de Pompadour.

Un bello retrato al pastel de La Tour muestra a Madame de Pompadour, al lado de una mesa en que aparecen algunos volúmenes de esa misma *Enciclopedia* condenada por el Parlamento y por la Iglesia.

El significado de este retrato es más fácil de colegir que el del grabado alegórico de Cochin. Los jefes del partido devoto eran en la Corte el hijo y la esposa de Luis XV, decididos protectores de los jesuitas, y enemigos naturales de Madame de Pompadour. Esta era, por lógica consecuencia, aliada de los filósofos y adversaria de la compañía de Jesús.

La marquesa aplicaba el conocido principio en virtud del cual los enemigos de nuestros enemigos resultan nuestros amigos.

Esta lucha de alianzas familiares y religiosas explica las alternativas y vicisitudes sufridas por la subsistencia de la *Enciclopedia* a través de los veinte y tantos años que dura su publicación.

Fuera de esas influencias nacionales, existían otras de carácter internacional. Soberanos extranjeros, como Catalina II, Federico II, José II de Austria y el futuro Gustavo III de Suecia eran partidarios decididos de los enciclopedistas.

Una prolongada suspensión de la obra en Francia podía traer como consecuencia la continuación de la empresa en el extranjero, con la consiguiente repercusión para el prestigio intelectual de ambas naciones. En 1762, Catalina II propone formalmente a Diderot llevar a Rusia el centro

de elaboración de la *Enciclopedia*, comprometiéndose a financiar la terminación del diccionario suspendido.

Estas influencias internacionales no son las únicas en conflicto durante la batalla enciclopedista. Los tiempos en que el poder pudo mostrarse más enérgico y decidido frente a los filósofos son también los de la declinación del prestigio francés y de los reveses de la guerra de los Siete años.

El debilitamiento del poder real aumentaba la influencia de la clase media ilustrada, de ese "Estado llano" en vísperas de serlo todo, suscriptor y protector decidido de la *Enciclopedia*.

En resumen, a pocos años de la supresión del privilegio que debió matar a la empresa de Le Breton, ésta puede reanudarse con el embozo de un pie de imprenta ginebrino y a condición de repartirse en los suburbios parisienses.

En 1762 aparece el primer volumen de láminas y, en 1765, los tomos VIII y siguientes del texto; poco después, los once volúmenes finales de láminas.

La batalla ha sido ganada por los "enciclopedistas".

En la parte final de victoria no puede olvidarse a quienes la hicieron posible, sea cual fuere el valor moral asignado al triunfo.

Si Chambers ejerció el oficio de constructor de esferas geográficas, Diderot se constituyó, a través de toda su vida, la cabeza más enciclopédica de su tiempo. Se ha dicho de él que formaba un todo indisoluble con la obra a que consagró la mayor parte de su actividad intelectual: "Esos artículos sobre los diversos oficios, no son sino parte de los 1239 que Diderot dió a la *Enciclopedia*. Todos los temas que le sugieren, sean las circunstancias, sean sus gustos personales, desde la gramática hasta la teología, son tratados por él sin ignorancia ni menoscabo. Pero lo que más lo honra es que ese mismo hombre haya sido capaz de escribir, sobre los oficios, una serie de artículos que parecen de un especialista y otra sobre la filosofía antigua que los filósofos modernos consultan todavía hoy con provecho. Así, pues, había profundizado

el pretérito y, a través del presente, había adivinado el porvenir".<sup>14</sup>

El otro triunfador en esa lucha fué, sin duda, Voltaire. A pesar de sus reservas y censuras, no había cesado de exhortar a los enciclopedistas: "¡Agrupaos! ¡Formad el batallón sagrado!" En varias ocasiones, con su ingeniosidad dialéctica no menos hábil que capciosa, salió en defensa del diccionario.

El último de esos alegatos, publicado cuatro años antes de la muerte de Voltaire y cuando ya el triunfo de la *Enciclopedia* no podía dejar lugar a dudas, es una de las obras maestras polémicas del autor.

Hé aquí el escenario inventado por Voltaire, pero al que él supone evocado por uno de los criados de Luis XV, presente en una de las cenas casi íntimas en que se complacía el monarca, y que presidía la gracia de Madame de Pompadour:

"—Es curioso, dijo el duque de Nivernois, que nos divertamos diariamente en matar perdices en los parques de Versailles, otras veces en matar o hacernos matar en la frontera, y no sepamos de qué está hecha la pólvora que para matar empleamos.

"—¡Ay! nos pasa otro tanto, respondió Madame de Pompadour, con todas las cosas del mundo. ¿Acaso sé yo de qué está hecho el colorete que me aplico en las mejillas? Y se me pondría en graves dificultades si se me preguntara cómo se hacen las medias de seda con que me calzo.

"—Es lástima, dijo el duque de la Vallière, que Su Majestad nos haya confiscado nuestros diccionarios enciclopédicos, que nos han costado cien pistolas: en ellos podríamos encontrar la respuesta a nuestras preguntas.

"El Rey justificó su confiscación: se le había advertido de que los veinte y un volúmenes *in folio*, que estaban en el tocador de todas las damas, eran algo de lo más peligroso que había en el mundo para el reino de Francia... A fines de la cena, envió a buscarlos...

14. DELBOS VICTOR, *La Philosophie française*, ed. 1919, p. 205.

“Pudo verse en el artículo sobre la “pólvora” que el duque de La Vallière tenía razón; y pronto Madame de Pompadour supo la diferencia entre el antiguo colorete español, que usan las damas de Madrid para encender sus mejillas, y el rojo preferido por las damas de París...

“Los concurrentes se echaron sobre los volúmenes con el afán con que las hijas de Lycomedes se disputaron las joyas llevadas por Ulises; y cada uno de ellos encontraba inmediatamente lo que le interesaba saber... El rey encontró los derechos de su corona”. “Pero, en verdad, dijo, no comprendo por qué me han hablado tan mal de esta obra”.<sup>15</sup>

No transcribimos sino pequeña parte del habilísimo alegato compuesto por Voltaire, uno de los mejores que hayan salido de la pluma del formidable polemista.

Esa obra, que se encontraba “en el tocador de todas las damas”, tiene respuesta para todas las curiosidades, y nada encierra de peligroso. Los “derechos del rey” figuran en ella... El monarca termina por no comprender por qué le han hablado tan mal de una obra tan útil e inofensiva...

Lástima que esta vez, y no ha sido la única, haya olvidado Voltaire uno de los consejos más sensatos que daba él mismo en otras ocasiones: el de que las noticias requieren siempre “el sacramento de la confirmación”. El admirable historiador de Carlos XII debió buscar la ratificación de las versiones que publica y cuya autenticidad garantiza. No lo hizo ni le convenía hacerlo.

Madame de Pompadour murió en 1764... y casi todos los tomos de la *Enciclopedia* consultados en su presencia, según Voltaire, solamente se publicaron a partir de 1765.

Voltaire ha construido la escena con la misma sinceridad con que en uno de sus diálogos filosóficos hace decir a otro de los interlocutores “que los enciclopedistas no amenazaban a la religión... que nadie pensaba en atacar, cuyos

15. Diálogo por primera vez impreso a continuación de la tragedia *Don Pèdre*.

fundamentos son incommovibles, y que está bajo la protección de las leyes y del gobierno".<sup>16</sup>

La *Enciclopedia* ha sido juzgada desde el punto de vista religioso por la autoridad suprema de Clemente XIII.

El primero de los censores jesuítas de la *Enciclopedia*, el P. Berthier, declaraba su propósito de estimar la obra "sin parcialidad ni afectación".<sup>17</sup> Es lo menos que puede esperarse de quienes la comentamos a dos siglos de distancia.

Si algo contiene la obra famosa de meramente circunstancial, necesariamente caduco y deleznable, es la hostilidad solapada contra el catolicismo, en un todo ajena a los propósitos normales de cualquier diccionario de su índole.

Al redactar el artículo sobre "Enciclopedia", Diderot hace un examen de conciencia, y declara: "Examino sin parcialidad nuestra obra; advierto que no hay, quizás, ninguna clase de error que no hayamos cometido; y me veo forzado a reconocer que solamente dos tercios de la misma podrían entrar, no sin pena, en el contenido de una verdadera Enciclopedia..."

Pero, una vez hecha esta declaración oportuna, Diderot se pregunta: "¿cómo, a pesar de todos esos defectos, habéis podido obtener el éxito que ninguna publicación de estas proporciones ha logrado jamás? A lo cual respondo que nuestra *Enciclopedia* tiene sobre cualquier obra semejante... la ventaja de contener una infinidad de cosas nuevas, que se buscarían en vano en otra parte".

No es caprichoso el suponer que en esa tercera parte que ya no incluiría Diderot en una "verdadera *Enciclopedia*" figuran los ataques a la religión que sirven de peso muerto a la primera, a la editada por Le Breton, porque Diderot mismo nos dice lo siguiente: "Le ton de la satire est le plus mauvais pour un Dictionnaire, et l'ouvrage le plus impertinent et le plus ennuyeux qu'on peut concevoir, ce serait un Dictionnaire satirique. Il faut absolument bannir, d'un grand livre, ces à-propos légers, ces allusions fines, ces embellis-

16. *Dialogues philosophiques*, ed. Lemerre, t. I, p. 55.

17. *Journal de Trévoux*, marzo de 1752, p. 467.

sements délicats qui feraient la fortune d'une historiette: les traits qu'il faut expliquer deviennent fades, ou ne tardent pas à devenir inéligibles".

Pues esa parte de "sátira", de "alusión" que pronto se torna incomprensible y aburrida, cuando no odiosa, es la que en la *Enciclopedia* iba dirigida contra la religión.

Ha variado mucho el criterio con que se estima la eficacia corrosiva y demoleadora del famoso diccionario del siglo XVIII.

Todavía Pablo Deschanel afirmaba: "La Revolución está ya íntegra en la *Enciclopedia*".<sup>18</sup>

Es casi la reedición del famoso "couplet" del pilluelo que, a cien años de distancia, daba a Rousseau culpa de haber nacido en el arroyo; y a Voltaire, la de no tener padre ni madre conocidos.

Conviene no exagerar. Durante una cena, en la que se despellejaba con saña a una dama ausente, Talleyrand, enemigo de toda desmesura, intervino: "Señores, no conviene llegar a tales extremos: hay todavía vicios que esa pobre señora no practica."

Aun en el capítulo de los cargos, corresponde juzgar a la *Enciclopedia* "sin parcialidad ni afectación". Los modernos historiadores de izquierda de la Revolución francesa, como Mathiez o Jaurès, distan de coincidir con Deschanel en la parte asignada al celeberrimo diccionario como factor de 1789.

Daniel Mornet, el más exacto y documentado de los historiadores de "Les origines intellectuelles de la Révolution Française" afirma que nada hay en las tendencias políticas de la *Enciclopedia* que no estuviera ya en las obras de Bou-lainvilliers, Fénelon o Montesquieu.<sup>19</sup>

Correspondería justipreciar, también "sin parcialidad ni afectación", la verdadera influencia de la *Enciclopedia* en el ambiente católico de Francia, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

18. DESCHANEL, PAUL, *La Question sociale*, p. 331.

19. MORNET, *Les origines intellectuelles de la Révolution Française*, ps. 79 ss.

Por grande que haya sido la difusión del diccionario enciclopédico, no es fácil suponer que haya superado, ni igualado, quizá, la lograda por el *Diccionario histórico y crítico* de Bayle. De quinientas bibliotecas cuyo catálogo ha conseguido compulsar M. Mornet, 288 contenían la obra de Bayle, publicada en 1697. Dada la inspiración francamente escéptica que domina en la obra de Bayle, ¿no conviene, en estricta justicia, asignarle algo de la influencia que se atribuye a la compilación de Diderot?

Los escritos más peligrosos de Voltaire, Helvecio, Rousseau, Montesquieu no están ciertamente en la *Enciclopedia*.

El problema es hartó más complejo de lo que se supone.

La Asamblea del clero, en sus reuniones periódicas, se pronuncia constantemente contra la publicación de la *Enciclopedia*. Obtiene, en 1770, que la obra denunciada y condenada por el pontífice sea depositada en la Bastilla. Logra del rey, en 1772, la promesa de que su policía impedirá la impresión y difusión de obras perniciosas... Pero en la lista de suscriptores a la empresa de Le Breton, publicada por el historiador católico La Gorce, en una sola región, sobre cuarenta nombres de sostenedores de la *Enciclopedia*, veinticuatro, más de la mitad, son de sacerdotes.<sup>20</sup>

No pueden imputarse a la *Enciclopedia* los numerosos elementos de descomposición moral que contiene la sociedad francesa del siglo XVIII. Tenían ciertamente otro origen las fortunas escandalosas entonces reunidas por los explotadores de la miseria pública o por cortesanas encumbradas como las de Prie, la Pompadour, la Dubarry. El Padre Hyacinthe decía, un siglo después, que lo nuevo, en la edad moderna, no era la existencia de las cortesanas, sino la importancia que han adquirido. "El cinismo de las costumbres —afirmaba Napoleón— trae la pérdida del cuerpo político."<sup>21</sup> Y Dumas, hijo, a su vez: "Sean los tiempos de Lais, de Popea o de la Dubarry, una sociedad en que la cortesana reina corre inevi-

20. LA GORCE, *Histoire religieuse de la Révolution Française*, t. I, ps. 25 ss.

21. NAPOLEÓN, *Máximas y pensamientos*, ed. Bouret, p. 94.

tablemente a la ruina. Las instituciones se desquician y los hombres se envilecen.”<sup>22</sup> Por otra parte, y desde el punto de vista de la defensa religiosa, el historiador protestante Alberto Monod sostiene que la expulsión de los jesuitas, en 1764, y la disolución de la orden, en 1773, dejó a la Iglesia “grièvement blessée”.<sup>23</sup>

El capítulo de los merecimientos y de los males de la *Enciclopedia* no puede simplificarse sin incurrir en injusticia o en incomprensión igualmente manifiestas.

Tratemos de mostrarlo con un ejemplo concreto. El padre jesuita Van Tricht, uno de los mejores conferenciantes del siglo XIX, tiene una bella disertación sobre Andrés María Ampère, uno de los más grandes sabios católicos de la misma centuria.

Recordaremos algunos puntos de esa bella semblanza. Hijo de padre guillotinado por la Revolución, creció Ampère poco menos que abandonado a sí mismo. “Devoró resueltamente la biblioteca de su padre. Poseía en grado prodigioso esa facultad que Platón llama “potente diosa”, la memoria...

“Desde sus doce a sus dieciocho años leyó de cabo a rabo los veinte volúmenes de la *Enciclopedia*...

“¡Ay! Señores, la *Enciclopedia* enorme, indigesta, emponzoñada... Pues bien, medio siglo después, la *Enciclopedia* toda permanecía presente en su memoria”.<sup>24</sup>

En efecto, medio siglo después, Ampère repetía textualmente cualquier artículo de la *Enciclopedia*, sin desfallecimiento ni inexactitud de ninguna especie.

Puede, por lo tanto, afirmarse que nadie, absolutamente nadie ha sabido tan cabalmente la “emponzoñada” obra como el católico Ampère, lo cual no le impidió ser creyente. No pretendemos generalizar este caso excepcional de inmunidad, sino interpretarlo en lo que tiene de legítimo y esclarecedor.

¿Por qué un creyente y hombre de ciencia nada vulgar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

22. DUMAS, hijo, *Théâtre*, t. IV, p. 54.

23. MONOD, ALBERT, *De Pascal à Chateaubriand*, p. 73.

24. VAN TRICHT, *Obras amenas*, t. XII, ps. 11 ss.

recordaba tan fielmente los tomos *in folio* del diccionario famoso? No, ciertamente, por lo que tenían de insidioso y sectario, por esa tercera parte que el mismo Diderot consideraba inconveniente en una "verdadera *Enciclopedia*"; pero sí por esas "otras cosas", que como el mismo Diderot dice no se podían encontrar en otra parte y que tenían valor para una cultura general.

La *Enciclopedia* que no impidió que Ampère fuera católico, contribuyó indudablemente a que resultase un sabio.

No debe el de Ampère haber sido un caso aislado, y muchos de los sacerdotes que se suscribían a la *Enciclopedia* buscaban simplemente en ella una fuente informativa amplia, más abundante y mejor compuesta que las otras existentes en aquellos tiempos.

Un sacerdote aludido en la admirable disertación del doctor Giusti se ha encontrado en nuestro país, no hace muchos años, ante el problema de explicar y poner en marcha, con propósitos conmemorativos una vieja imprenta colonial. Ninguna tradición viva, ninguna obra moderna podía servirle para el caso. Recurrió a la vieja *Enciclopedia* "emponzoñada" y excomulgada del siglo XVIII, y en los artículos de la obra y en las láminas de los suplementos halló cómo hacer funcionar y comprender perfectamente la destartada máquina varias veces centenaria.

Éstas son las "cosas" que se jactaba de haber puesto Diderot en su *Enciclopedia*, y que decía, con razón, que no se encontraban en otra parte.

Hubo en Diderot un escritor licencioso de mal gusto, al que nadie piensa actualmente en rendir homenaje. Pero había también en él un "espíritu genial e inventor", cuya "importancia en la historia de las ideas estéticas es muy grande",<sup>25</sup> según Menéndez y Pelayo. No menor es la importancia del mismo Diderot en la historia de la lexicografía enciclopédica. Al decir esto descarto esa tercera parte de su *Enciclopedia* que Diderot mismo parece lamentar en el trozo

25. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. 1940, t. III, ps. 51 ss.

citado, y me refiero al lexicólogo y polígrafo de carácter puramente informativo y científico.

Ese espíritu realmente enciclopédico, en el sentido corriente de la expresión, estaba lleno de porvenir.

En su aspecto moderno y auténticamente científico, Diderot comprendía la obra prevista por Pascal, deseada por los contemporáneos y que, en sus aspectos legítimos, serviría de modelo en el porvenir.

Tal, por ejemplo, esa parte gráfica de los once volúmenes finales de láminas en que, por primera vez, en obra de esa índole aparecían representadas máquinas e instrumentos de los diversos oficios.

Para lograr que esa novedad estuviera dignamente representada, el bohemio Diderot, ese incorregible "Fa presto" de las letras, no escatimaba sacrificio personal ninguno. Iba a los talleres, se hacía mostrar las máquinas, las hacía desmontar en su presencia, para mejor comprender su mecanismo; las estudiaba detalle por detalle; las hacía dibujar pieza por pieza; y cuando las conocía cabalmente, escribía descripciones de las mismas que todavía hoy pasan por modelos de precisión técnica. Entre otras, es justamente célebre la presentación del telar para medias, que figura en el segundo tomo de las láminas.

En la historia de la cultura no cabe sino felicitarse de que esta parte noblemente ilustrativa de la *Enciclopedia*, en que por primera vez artes y oficios ocupaban lugar tan importante, haya sido llevada a cabo.

No es fácil saber con exactitud cuál ha sido la influencia moral o religiosa de una vasta obra colectiva y prolongada en decenios, como la de la *Enciclopedia*.

De admitirse, y sería mucho conceder, que los franceses de 1789 hicieron la Revolución porque habían leído la *Enciclopedia*, correspondería aceptar que la generación romántica y católica de los Chateaubriand, Lamartine y el joven Hugo fué creyente porque sus padres habían sido descreídos. La verdad del aforismo "a padre avaro, hijo pródigo", se cumple tanto o más que la del proverbio opuesto: "de tal palo, tal astilla".

Descartando una vez más estas cuestiones irresolubles y ajenas al tema de esta disertación, conviene tan sólo recordar el saldo de ilustración dejado por la *Enciclopedia* del siglo XVIII y lo que el esfuerzo puramente informativo y cultural de muchos de sus colaboradores tuvo de abnegado y de admirable.

## El "Discurso preliminar" de la Enciclopedia

por JOSE BABINI

La vida de D'Alembert transcurre entre la vejez gloriosa de Newton y la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Del primero tomó la concepción de la filosofía natural fundada sobre principios matemáticos; con las doctrinas del segundo habría quizás atemperado el dogmatismo algo superficial que planea en la gnoseología implícita en el "Discurso preliminar de los editores" que D'Alembert compuso para la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios, por un grupo de hombres de letras, ordenado y publicado por Diderot, de la Academia real de las ciencias y de las bellas letras de Prusia, y, en cuanto a la parte matemática, por D'Alembert, de la Academia real de las ciencias de París, de la de Prusia y de la Sociedad real de Londres* (tomo I, París, 1751).

El Discurso es la obra de un escritor científico que será más tarde miembro de la Academia francesa, y hasta su secretario perpetuo; en él las concepciones e ideas científicas, que hoy llamaríamos epistemológicas, de uno de los exponentes máximos del siglo de las luces se expresan vestidas o revestidas de "bellas letras".

Se ha acusado al Discurso de falta de método, quizá por la comparación casi obligada con su homónimo cartesiano de un siglo anterior, que unía al orden y método querido por su autor, el que otorgaba la marcha de la propia vida y de las propias ideas. Sin ser tan metódico y ordenado

como el escrito cartesiano, el Discurso de D'Alembert no carece sin embargo de método. Ya en sus primeras páginas se exponen el objeto y la división del mismo, que dependen, claro es, del carácter y finalidad de la obra a la cual ha de servir de preliminar. Según sus directores aquella obra debía ser tanto una enciclopedia como un diccionario. Como enciclopedia debía "exponer en lo posible el orden y encadenamiento de los conocimientos humanos", como diccionario debía contener los principios generales y los detalles esenciales de cada ciencia y de cada arte, fuera éste liberal o mecánico. De ahí que el plan general y la división del Discurso estén en cierto modo ya fijados: consistirá en "reflexiones filosóficas" que por una parte examinarán, como dice D'Alembert, "la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos", examen al cual su autor agregará un "árbol enciclopédico"; y por la otra mostrarán el origen y la naturaleza de los conocimientos adquiridos a través de un esbozo histórico o, nuevamente con palabras de D'Alembert, a través de la "historia filosófica de los progresos intelectuales desde el renacimiento de las letras". Si a esto se agrega el *Prospectus* de Diderot, aparecido el año anterior y que D'Alembert agrega, ligeramente modificado, al final de su Discurso, queda esbozado el plan fundamental del mismo.

En el propósito que anima a la primera parte del Discurso ya se advierte una de las notas características de las concepciones gnoseológicas de la época: la creencia en un encadenamiento de los conocimientos humanos, como reflejo de un orden natural ínsito en los mismos; ese orden que el clamoroso triunfo newtoniano había revelado en el mundo físico, tanto celeste como sublunar, y que Buffon se esforzaba en extender al mundo orgánico. En este encadenamiento el hacer priva sobre el ser, de ahí que la actividad racional que lo descubre acentúe más el proceso que el producto, y se la considere más como un poder de adquisición que de posesión; en una palabra, se diría que en este racionalismo el protagonista, más que la razón fija y estática, es el raciocinio, siempre dinámico y móvil.

Para descubrir el encadenamiento de los conocimientos,

de esos conocimientos que se asimilan a seres vivos con ascendencia y descendencia, D'Alembert dice que han de investigarse el origen y la generación de nuestras ideas, expresión que recuerda a Condillac, que ya en 1746 había publicado su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*; mientras que se piensa en Locke cuando D'Alembert divide todos nuestros conocimientos, como la luz que nos llega de los astros, en directos y reflejados. "Los directos son aquellos que recibimos en forma inmediata sin operación alguna de nuestra voluntad; y que hallando abiertas, si así podemos decir, enteramente las puertas de nuestra alma penetran en ella sin resistencia y sin esfuerzo". Tales conocimientos son pues aquellos que se reciben directamente a través de los sentidos; si se agrega que D'Alembert admite que los demás conocimientos, vale decir los reflejados, no son sino adquisiciones que realiza la mente uniendo o combinando los conocimientos directos, queda reconocido el origen empírico de todos los conocimientos. Satisfecho este primer principio gnoseológico, comienza a funcionar el segundo: esto es, la virtud del proceso deductivo unifilar que ha de revelar el encadenamiento de los conocimientos.

La primera adquisición es la de nuestra propia existencia y de nuestra naturaleza como seres pensantes; la segunda es la del mundo exterior con todos sus objetos, entre los cuales nuestro propio cuerpo. Como el raciocinio parece mostrarse impotente para vincular esos objetos con las sensaciones que suponemos originadas en ellos, D'Alembert, más matemático que metafísico, argumenta con una especie de demostración por el absurdo que la existencia o no de los objetos exteriores en nada modifica la vivacidad, la uniformidad y la constancia de las sensaciones, así como tampoco en nada disminuye la fuerza del instinto que nos hace creer en aquella vinculación.

Una tercera adquisición se refiere a las sociedades: reconocida por un lado la existencia de seres semejantes a nosotros entre los objetos exteriores, y por otro lado, distinguidos estos objetos en útiles y nocivos a los efectos de resguardar nuestro cuerpo del dolor y de la destrucción, surge

la conveniencia de comunicarnos y de unirnos con nuestros semejantes con el fin de facilitar la tarea de buscar los objetos útiles y evitar los dañinos. A estas y otras ventajas que el comercio humano aporta, ha de agregarse empero la llamada "ley del más fuerte", ese "derecho bárbaro" que proviene de la desigualdad de la fuerza que la naturaleza concede a los hombres, resultando que éstos, aun teniendo iguales derechos, logren beneficios desiguales. De esta comprobación surge una nueva adquisición, ahora de orden moral: es la noción del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de aquella "ley natural, que encontramos dentro de nosotros" y que constituye el fundamento de "las primeras leyes que los hombres han debido elaborar". De estas nociones, de una índole tan peculiar, se deduce ahora la existencia, dentro de nosotros, de un principio distinto al del cuerpo, pero que mantiene con éste una correspondencia tan íntima y estrecha que tal comprobación, junto con las reflexiones a que nos obliga la naturaleza de estos dos principios, nos lleva "a la contemplación de una inteligencia todopoderosa, a la que debemos lo que somos y que, por ende, exige nuestro culto..."

Desde la sensación hasta Dios, el razonamiento de D'Alembert se ha desarrollado como un ovillo siguiendo el hilo del discurso, y las deducciones se han proseguido sin dejar nada al borde del camino, enhebrando una tras otra todas las dificultades. No hay duda que en esta mezcla de procesos psicológicos y sociológicos hoy encontraríamos mucha metafísica encubierta, numerosos postulados implícitos y hasta elementos ajenos al saber mismo; no obstante, esta razonada visión de "la genealogía y filiación" de los conocimientos, significa un esfuerzo cuyo valor trasciende a una mera finalidad especulativa: es la expresión de la posibilidad de desarrollar las actividades humanas libres de sujeciones que no sean las de la naturaleza misma o de la propia conciencia.

La parte del discurso dedicada a la adquisición de las verdades relativas al mundo exterior, al alma y a Dios, es relativamente reducida pues muy pronto D'Alembert, hombre

del siglo XVIII, vuelve a la naturaleza donde parece encontrarse más a sus anchas.

Así, las necesidades y exigencias corporales darán origen a las actividades y conocimientos indispensables para la conservación del cuerpo y para la prevención y curación de los males que lo acechan; nacen de esta manera la agricultura, la medicina y otros conocimientos útiles. En cuanto a los conocimientos naturales desinteresados, D'Alembert explica su origen en forma ingeniosa introduciendo, al lado del "homo faber", el "homo ludens", de modo que, ya por necesidad, ya por diversión, se va constituyendo la ciencia natural.

De las propiedades generales de los cuerpos distingue D'Alembert la impenetrabilidad y el movimiento, que le permiten establecer, a diferencia de Descartes, dos clases distintas de extensión: una penetrable e inmóvil que es el espacio, y otra impenetrable y móvil que es la materia. Para destacar la materia del trasfondo espacial puede utilizarse la figura o el color; por varias razones D'Alembert prefiere la figura, surgiendo la geometría como estudio de las propiedades de la extensión figurada. Por abstracciones sucesivas van apareciendo las demás ramas de la matemática: la aritmética como conjunto de medios para estudiar las combinaciones y comparaciones entre las diversas partes de las figuras, el álgebra como generalización de la aritmética, y finalmente la ciencia de las magnitudes como "fundamento de todos los descubrimientos que pueden hacerse sobre la cantidad, es decir, sobre todo lo que es susceptible de aumento o de disminución", definición, esta última, de cantidad que tuvo más suerte que rigor lógico, pues corrió bastante. Esta ciencia de las magnitudes, agrega D'Alembert, es "el límite más alejado al que nos puede conducir la contemplación de las propiedades de la materia, y no podríamos ir más lejos sin salirnos del universo material".

Esta concepción de la matemática como rama de la ciencia natural, que se mantuvo hasta mediados del siglo pasado, muestra en el matemático D'Alembert ciertos rasgos que la aproximan a la concepción actual. Por ejemplo, su

definición de la geometría representa ya un progreso frente a la concepción de Newton para quien este sector de la matemática no es sino la rama de la mecánica universal que se ocupa de las medidas exactas. Y si D'Alembert no reconoce todavía en la matemática un valor en sí, sino únicamente el valor utilitario que se desprende de su aplicación al conocimiento de los seres reales, algunas de sus consideraciones sobre los principios de la matemática se adelantan evidentemente a su tiempo. La imagen de una cadena de proposiciones geométricas, próximas una de otra, como el mismo enunciado expresado en las distintas etapas de un lenguaje que se ha desnaturalizado insensiblemente, no deja de ser sintomática.

Si a los conocimientos de las ramas matemáticas se agregan las leyes del equilibrio y del movimiento, es decir la mecánica, de caracteres semejantes a aquellas ramas, se obtiene, según D'Alembert, uno de los dos pilares firmes en que parecen haberse "concentrado casi todos los conocimientos ciertos acordados a nuestras luces naturales". El otro pilar lo constituyen los conocimientos "metafísicos": la idea de nosotros mismos que tiene como consecuencias la idea del Ser todopoderoso y la de nuestros principales deberes.

Entre ambos extremos de conocimientos ciertos se extiende un inmenso intervalo de conocimientos, tanto más inciertos cuanto más alejados de la matemática o cuanto más profundizan en la naturaleza humana; de ahí la necesidad de una religión revelada que complemente nuestro conocimiento natural. En pocas líneas D'Alembert señala el papel de la religión revelada y su misión tranquilizadora en las masas populares: "Algunas verdades en las que creer, un pequeño número de preceptos a practicar; hé ahí a lo que se reduce la religión revelada: con todo, a favor de las luces que ha comunicado al mundo, el pueblo mismo se siente más tranquilo y más seguro, respecto de un gran número de cuestiones interesantes, que todas las sectas de los filósofos." Más adelante, en la parte histórica, al referirse a los conflictos entre la religión y la ciencia insiste en este concepto: "Aunque la religión esté destinada únicamente a regir nuestras costum-

bres y nuestra fe, [algunos teólogos] la creyeron hecha para esclarecernos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre aquellos asuntos que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas. No advertían que los libros sagrados y las obras de los Padres, escritas para mostrar tanto al pueblo como a los filósofos lo que debe practicarse y creerse, no podían usar, respecto de las cuestiones indiferentes, otro lenguaje que el popular”.

De los demás conocimientos relativos a la ciencia natural, es claro que los más seguros serán aquellos más directamente vinculados con la geometría y con la mecánica: ellos constituyen las ciencias físico-matemáticas, a la cabeza de las cuales pone la astronomía; a las que sigue la “física general y experimental”. Las páginas que D’Alembert dedica a las ciencias físicas son de las mejores del Discurso. Todo contribuye a ello: la especialidad científica del autor, el reciente triunfo newtoniano que había hecho de la astronomía “la aplicación más sublime y segura de la geometría y la mecánica juntas, y a sus progresos, el monumento más incontestable del éxito que ha obtenido el espíritu humano mediante sus esfuerzos” y la convicción de D’Alembert de vivir en un “siglo filosófico”, en el que la ciencia trataba de “recuperar el tiempo perdido”. Se explica entonces que el optimismo le dicte como frase final de sus consideraciones una expresión que encierra el ideal que D’Alembert, y seguramente toda su época, soñaba para la ciencia natural: “Para quien supiera abarcarlo con una sola mirada, el universo no sería más que un hecho único y una gran verdad”; es decir, la completa y adecuada observación de los hechos, debería encaminarnos a la posesión de una única ley, de la cual el hombre deduciría el comportamiento de todos los fenómenos del universo.

Al proseguir la “genealogía y filiación” de los conocimientos, D’Alembert agrega que al mismo tiempo que el hombre cultivaba los conocimientos, útiles o agradables, relativos a la ciencia natural, fué cultivando otros en cierto modo relacionados con los anteriores.

Estos nuevos conocimientos son de distinto tipo. Por

un lado se trata de los conocimientos relativos a la manera de adquirir y de transmitir las ideas, es decir, la lógica y la gramática, como rama de la lógica. Asoma la consabida crítica de esterilidad de la lógica: "los libros que tratan de lógica no son útiles sino al que puede privarse de ellos"; no obstante, D'Alembert vislumbra la objetividad de los principios lógicos al admitir que "este arte tan precioso" ofrece "el medio de aproximar, en cierto sentido, a los hombres más distintos"; pues, como el origen de los conocimientos reside en las sensaciones, aproximadamente las mismas para todos, y la diferencia entre los conocimientos reflejados depende en gran parte de la lentitud en combinar y relacionar las ideas directas; la lógica, al facilitar tales combinaciones y relaciones, contribuye a eliminar aquella diferencia, de ahí, concluye D'Alembert, que no haya "ciencia o arte que no pueda enseñarse, con una buena lógica, al espíritu más limitado". Siguiendo con el clásico "trivium", satiriza la retórica como conjunto de "puerilidades pedantescas" que espera que algún día se proscriban del conjunto de los conocimientos, mientras sostiene que la elocuencia, que no habla a la mente sino al sentimiento, no puede enseñarse.

Por otro lado, la curiosidad y el amor propio, así como la avidez natural de abarcar a la vez el pasado, el presente y el futuro dan origen a otro tipo de conocimientos: la historia, cuyos fundamentos son la cronología y la geografía, que permiten ubicar a los hombres en el tiempo y en el espacio. Fruto de tales estudios es el examen de las distintas sociedades, de sus gobiernos, leyes e idiomas, y el origen de la política: "especie de moral de género particular y superior" y "estudio quizás el más difícil de todos, por los profundos conocimientos de los pueblos y de los hombres que exige, y por la amplitud y variedad de talentos que supone, sobre todo cuando el político no olvida que la ley natural, anterior a todas las convenciones particulares, es también la ley básica de los pueblos, y que para ser hombre de Estado, no se debe dejar de ser hombre".

Los conocimientos anteriores son conocimientos "filosóficos", vale decir, son los conocimientos reflejados resultan-

tes de la unión o combinación de los conocimientos directos. Pero la mente puede operar de distinta manera con las ideas directas, tratando de componer o imaginar seres semejantes a aquellos que constituyen el objeto de nuestras sensaciones. Hé aquí el origen de una concepción, que también ha tenido bastante suerte, que convierte las manifestaciones artísticas en un tipo especial de conocimientos, y que hace del arte una "imitación de la naturaleza". Párrafos más adelante, D'Alembert dirá "de la bella naturaleza".

La imitación será pues el criterio que ordenará y encadenará este nuevo tipo de conocimientos. En primer lugar, estarán la pintura y la escultura, pues en ellas la imitación las acerca más a los objetos naturales; a su lado irá la arquitectura, aun reconociendo que en ella la imitación se limita a la simetría "que la naturaleza observa más o menos sensiblemente en todo individuo"; seguirá la poesía que "emplea para la imitación palabras dispuestas según una armonía agradable al oído"; y por último la música, que si ocupa en el orden de la imitación el último rango no se debe tanto a su propia naturaleza, como "a la escasa inventiva y a los pobres recursos de la mayoría de los que la cultivan". Se embarca luego D'Alembert en una serie de reflexiones que lo convierten en un precursor de la música de programa, o mejor de la música descriptiva. La música no debe limitarse a expresar nuestras pasiones, sino nuestras sensaciones mismas. Si, por ejemplo, un músico quiere describir (D'Alembert dice: pintar) un objeto pavoroso ha de tomar de la naturaleza aquellos ruidos que suscitan en nosotros una sensación de pavor, etc., e inscribe esta frase lapidaria: "Toda música que no describe nada, no es sino ruido".

Terminada la "genealogía y filiación" de las ideas, D'Alembert tratará de fijar un "árbol enciclopédico"; es decir, después del proceso de la génesis de los conocimientos, la contemplación de su conjunto. Pero esta contemplación es estática, no natural, de ahí que pueda ser encarada desde distintos puntos de vista más o menos convencionales. Y D'Alembert expondrá algunos de estos puntos de vista.

Un primer criterio de clasificación de los conocimientos

los distingue en especulativos (ciencias), prácticos (artes) y conocimientos que en cierto sentido participan de ambos caracteres. Dentro de este orden de ideas, D'Alembert distingue las artes en liberales y mecánicas, según que sus reglas se refieran a operaciones de la mente o del cuerpo, incluyendo en las primeras las "bellas artes", que se caracterizan por no tener reglas fijas y por su objeto, que es agradar imitando la naturaleza.

Otro criterio, más interesante, con que D'Alembert clasifica los conocimientos, se refiere a la modalidad del juicio, distinguiendo los diferentes juicios en evidencias (juicios metafísicos y matemáticos); certidumbres (juicios físicos); probabilidades (juicios históricos) y sentimientos. Estos sentimientos pueden referirse o bien a las "evidencias del corazón", vale decir a los juicios morales; o bien a las bellas artes, en cuyo caso hablamos de genio cuando se trata de un sentimiento creador, o de gusto cuando el sentimiento juzga.

D'Alembert menciona otros criterios, para destacar la arbitrariedad que implica todo sistema de clasificación y su escaso valor como tarea científica, apoyando de paso a Buffon en su crítica a Linneo (sin mencionarlos) y a otros naturalistas "que, ocupados sin cesar en dividir las producciones de la naturaleza en géneros y en especies, consumen en ese trabajo un tiempo que hubiesen empleado mucho mejor estudiando esas mismas producciones".

Al referirse al "árbol enciclopédico" que ha de permitir que el filósofo contemple a la vez las ciencias y las artes principales, sus objetos y sus vinculaciones, D'Alembert utiliza la imagen del mapamundi, distinto según el sistema de proyección que usa el geógrafo, y que sólo muestra los principales países, su posición y su dependencia mutua, mientras que los detalles de los mismos deben señalarse en mapas especiales. "Esos mapas especiales —agrega D'Alembert— serán los diferentes artículos de la *Enciclopedia* y el árbol o sistema representado será su mapamundi".

El sistema que Diderot y D'Alembert eligieron para la *Enciclopedia* es el de "un autor célebre" (Bacon) con algunas modificaciones. Es ésta la única deuda que el Discurso

tiene con Bacon; sin embargo se acusó a D'Alembert de que todo el plan del Discurso estaba tomado de las obras del inglés, lo que obligó a D'Alembert, al publicar el Discurso en una de sus obras en 1759, a desmentir tal afirmación. Por otra parte, había agregado al Discurso el sistema de Bacon con algunas observaciones respecto del mismo, sobre todo para mostrar las diferencias entre los dos "árboles".

Probablemente sean estas modificaciones lo que más nos interesa hoy de ambas clasificaciones, pues revelan el progreso realizado en ese orden de ideas en el lapso de un siglo largo que va desde Bacon hasta D'Alembert. Esas clasificaciones se fundan en la división de las facultades del entendimiento en: memoria, razón e imaginación, a las que corresponden como objetos generales del conocimiento humano la historia, la filosofía y las bellas artes (Bacon dice: poesía). Ya en el orden de estas facultades aparece una modificación, pues mientras que Bacon antepone la imaginación a la razón, en el Discurso se dan varias razones en favor del orden contrario que es el que se adopta. Cada una de estas divisiones principales se subdivide a su vez según la naturaleza de los objetos: espirituales y materiales, es decir: Dios, el hombre (que participa de la naturaleza espiritual y material) y la naturaleza. Aquí también difiere el Discurso de Bacon, pues éste antepone la naturaleza al hombre. De manera que la división de la historia es: historia sagrada (y eclesiástica), civil (y literaria) y natural. Esta concepción que hace de la historia un mero almacenamiento de seres, sucesos y fenómenos, es sin duda uno de sus aspectos más inactuales.

Para la filosofía, imperio de la razón, se sigue igual subdivisión, aunque ahora la precede la metafísica general, que se refiere a las propiedades generales de los seres sobre los cuales se ejercitará la razón. Sigue la ciencia de Dios o teología, mostrándose ahora una nueva diferencia con Bacon, quizá la más importante de todas, pues Bacon separa la teología sagrada de la filosofía, mientras que para D'Alembert esa teología "no es otra cosa que la razón aplicada a los hechos revelados". Vienen luego las ciencias del hombre que comprenden el conocimiento del alma: pneumatología o metafí-

sica particular, y de sus operaciones: lógica (con gramática) y moral. Finalmente la ciencia natural con sus numerosas subdivisiones, también precedida por una "metafísica de los cuerpos", a la que sigue la matemática, "cuyas subdivisiones se extienden casi hasta el infinito", y las "innumerables ramas de la física razonada".

La clasificación de los conocimientos provenientes de la imaginación es la menos detallada; en realidad toda esta parte del Discurso que se refiere al "árbol enciclopédico" es bastante abreviada, pues D'Alembert nos informa que el año anterior, "para sondear el gusto del público", se había ya hecho conocer, con el *Prospectus*, el "Sistema figurado de los conocimientos humanos" con una explicación detallada del mismo (en su obra de 1759 nos dirá que ambos eran obra de Diderot), a los que en el Discurso había introducido algunos pequeños cambios.

D'Alembert termina esta parte del Discurso con algunas reflexiones sobre el "mundo literario", que la clasificación adoptada tenía la ventaja de dividir en eruditos, filósofos y hombres de ingenio (*beaux esprits*); y con algunas indicaciones acerca de la manera de utilizar el cuadro general que contenía el "Sistema figurado" y que encabezaba la *Enciclopedia*.

El autor del *Tratado de dinámica* se mantiene fiel a su concepción. Si para dar cuenta del orden y del encadenamiento de los conocimientos procedió a un análisis psicológico y sociológico del saber, para dar cuenta del contenido de esos conocimientos procederá a un análisis histórico.

Este análisis histórico, que "para no remontarnos demasiado lejos", inicia con el "renacimiento de las letras", es un interesante esbozo de historia de la ciencia. Quizás hoy no nos satisfaga el breve esbozo que hace de los "tiempos tenebrosos", ni participemos totalmente del juicio acerca de la revolución que permitió al género humano "salir de la barbarie"; pero es innegable que la concepción de la historia del saber como actividad humana, que se perfila en ese análisis, es totalmente actual.

Es claro que también este análisis histórico es "razona-

do". "Como es más fácil leer que ver", dice D'Alembert, "como el país de la erudición y de los hechos es inagotable" mientras que "por el contrario, el país de la razón y de los descubrimientos es poco extenso", se explica que el proceso comenzara por la erudición y que la primera manifestación del espíritu humano al salir de la barbarie fuera la presencia de una multitud de eruditos, a los cuales no deja D'Alembert de lanzar algunos dardos, aun reconociendo que "no se podría extraer el oro de una mina sin que salieran al mismo tiempo metales no preciosos y gangas." El oro, en este caso, son las bellas letras, que aparecen después de la erudición, pero antes de la filosofía, es decir, de la ciencia. Esta inversión en el orden que antes había admitido como el natural, la explica D'Alembert por la circunstancia de no tratarse ya de una generación de las ideas sino de "una regeneración de las ideas; si podemos hablar así".

La excursión histórica de D'Alembert por el campo de las artes es relativamente breve y casi exclusivamente francesa; más interesante y extensa es la parte dedicada a las ciencias.

Comienza ésta exponiendo algunas razones a las que se debía que la filosofía apareciera después de la erudición y de las bellas letras; entre ellas: que "los antiguos no eran tan perfectos filósofos como escritores", juicio que quizás hoy no compartiríamos; los obstáculos opuestos por la escolástica; el "abuso que osaban hacer de la sumisión de los pueblos algunos teólogos" (en la *Enciclopedia* añade "poco numerosos, pero poderosos", agregado que suprimió en la edición del Discurso de 1763); y a la intervención de la religión en la ciencia, recordando al respecto la condena de Galileo por "un tribunal que llegó a ser poderoso en el mediodía de Europa, en las Indias, en el Nuevo Mundo, pero en el cual la fe no ordena creer ni la caridad aprobar, y cuyo nombre Francia no ha podido aún acostumbrarse a pronunciar sin espanto".

Pasa luego a considerar las grandes figuras científicas de los siglos XVII y XVIII comenzando con "el inmortal canciller de Inglaterra, Francis Bacon", para quien no esca-

tima elogios, en especial por haber realizado el inventario de los conocimientos de su época y por haber confeccionado "el catálogo inmenso de lo que restaba por descubrir". El juicio que le merece "el ilustre Descartes", que sucedió a Bacon, es más equitativo y en lo que se refiere a la matemática y a la física podría suscribirse hoy. Al juzgar las concepciones metafísicas de Descartes, D'Alembert dice que si "terminó por creer que podía explicarlo todo, por lo menos comenzó por dudar de todo"; por lo demás, agrega, cuando las opiniones absurdas son inveteradas, a veces nos vemos obligados a reemplazarlas por otros errores, pues el espíritu es "como un niño a quien debemos ofrecerle un juguete para quitarle un arma peligrosa; cuando llegue la edad de la razón abandonará el juguete por sí mismo". Finalmente apareció Newton y su teoría del mundo "pues no deseo decir sistema", pone D'Alembert entre paréntesis, que dió a la física la forma que "al parecer, —agrega proféticamente— ésta ha de conservar". Por su parte, Locke "creó la metafísica tal como Newton creara la física", y la convirtió en lo que debía ser realmente: "la física experimental del alma, física muy diferente de la de los cuerpos".

A estos genios principales D'Alembert agrega la mención de otros "filósofos ilustres", que la limitación del Discurso impide tratar con más detalles. Son Galileo, Huygens, Harvey, Pascal, Malebranche, Boyle, Vesale, Sydenham, Boerhaave. Agreguemos que de este último la *Enciclopedia* adoptó su clasificación de la medicina, y que en el *Prospectus* de Diderot se mencionan además algunos sabios que no figuran en el Discurso, como los Bernoulli, Bayle y otros.

Una mención especial le merece a D'Alembert el nombre de Leibniz, cuya metafísica es juzgada más bien severamente, aunque en la edición del Discurso de 1763 aparece una frase muy elogiosa para Leibniz que no figura en el Discurso.

Las reflexiones con que D'Alembert termina su esbozo histórico son de índole muy variada: se refiere a la gloria, generalmente póstuma, que espera a los científicos, con la excepción de Newton, lo que le permite elogiar a Maupertuis "el primero que osó... declararse francamente newtoniano" en

Francia; la costumbre, ya impuesta, de escribir en lengua vulgar que al inconveniente que trae aparejado de la necesidad de conocer muchos idiomas, se une la ventaja de que algunas obras científicas adquieran los caracteres de obras literarias (se refiere, sin citarlos, a Fontenelle; a la sazón casi centenario, y a Buffon); al destierro que estaba sufriendo la afición a los sistemas, afición que acababa de sufrir un rudo golpe por obra de "uno de nuestros mejores filósofos" (Condillac); y al juicio que le merece el propio siglo, cuyas obras considera inferiores a las del siglo anterior. Este tema lo lleva a hablar de sus contemporáneos, refiriéndose, sin citarlos, a Rousseau, Voltaire, Crebillon y Montesquieu. Hace excepción con un "genio viril, audaz y fecundo": Rameau, a quien cita. Esta excepción se explica; no sólo Rameau es un gran músico, que está a la altura de sus contemporáneos Bach, Haendel y Domenico Scarlatti, sino es además un teórico, autor de estudios sobre la armonía, de los cuales el mismo D'Alembert se hizo eco en un opúsculo de 1752: *Elementos de música teórica y práctica según los principios de Rameau*.

Finalmente D'Alembert se refiere a la función de las corporaciones científicas, que elogia, así como a las recompensas, siempre que éstas sean justas pues "más daño se hace a los progresos del espíritu asignando mal la recompensas que suprimiéndolas"; y al célebre escrito de Rousseau en el que éste sostenía que las ciencias y las artes corrompían las costumbres, tesis que D'Alembert por supuesto refuta, alegando que esa corrupción obedece a causas muy distintas, y que, de suprimir el cultivo de las ciencias y de las artes, nos quedarían los vicios y además, la ignorancia.

Repetimos que el interés de este esbozo histórico reside, más que en su contenido, en la intención que lo informa: analizar dentro de una determinada época la actividad cognoscitiva en todos los campos del saber; y es de lamentar que la historia de la ciencia no haya proseguido en esa dirección que, podría decirse, se ha retomado recién en este siglo. Con todo, su influencia ha sido notable. Baste pensar que si se exceptúa una de las primeras historias de la medicina, la de Leclerc, que aparece en las postrimerías del siglo XVII, las

primeras historias de las ciencias, dignas de este nombre, son posteriores al Discurso: la historia de la matemática de Montucla es de 1758, la de la astronomía de Bailly de 1775, la de los inventos de Beckmann de 1786, y las consideraciones histeóricas de v. Haller aparecen en sus obras fisiológicas y médicas de 1771 y 1776.

Tal es la obra de D'Alembert en el Discurso; la última parte del mismo la compone el *Prospectus* de Diderot de 1750, ligeramente modificado, pero que en materia de ideas nada agrega al Discurso.

Quizás una de las partes más interesantes del *Prospectus* y que, a su vez, denuncia uno de los rasgos salientes de la *Enciclopedia*, es la importancia concedida a las artes mecánicas: oficios y manualidades, importancia ya mencionada en el Discurso. Esa parte nos informa de la preocupación de Diderot para dar a esas artes, sobre las cuales "casi nada se ha escrito" una información completa; cómo para ello se ha recurrido a los obreros mismos, visitando sus talleres, conversando con ellos y escribiendo bajo su dictado; cómo en muchos casos fué necesario mover las máquinas con las propias manos, y hasta construirlas, convirtiéndose en "aprendices, por así decir, y fabricar malos trabajos para enseñar a los demás a hacerlos buenos"; cómo en fin ha dado de cada arte la materia empleada y sus características, la descripción y fabricación de los distintos objetos que pueden hacerse con ella, los términos propios de cada arte, la descripción y dibujo de las máquinas y herramientas empleadas, etc. Una anécdota, seguramente inventada, que relata Voltaire, da cuenta del interés que este novedoso aspecto de la *Enciclopedia* había despertado en el ambiente. Se refiere a la época en que habían triunfado los enemigos de la *Enciclopedia* y ésta había sido confiscada y retirada a los suscriptores. En verdad Voltaire se proponía criticar tal medida, fruto de la ignorancia y de la superstición y que, además de ser injusta, provocaba perjuicios económicos al país. Para ello esgrime en forma amena el argumento de la gran utilidad que reportaba el material original de la *Enciclopedia*.

Cuenta Voltaire que en un almuerzo íntimo, en presencia

del rey, sale a relucir la conversación sobre la caza y, de ahí, sobre la composición de la pólvora. Las opiniones son encontradas y alguien señala la curiosa situación de personas que ocupan gran parte de su tiempo en matar perdices, y a veces hombres, ignorando con qué los matan, a lo que Madame de Pompadour agrega que desgraciadamente eso ocurre con todo, pues ella ignora de qué está compuesto el carmín que aplica en sus mejillas y cómo se fabrican las medias de seda que calza. “Lástima grande —continúa un tercero— que Su Majestad nos haya confiscado nuestros Diccionarios enciclopédicos, que nos han costado cien pistolas, pues ahí encontraríamos la solución de todas estas cuestiones”. Se conversa entonces de la *Enciclopedia*, el rey trata de justificar la medida que le hicieron adoptar, y en definitiva se ordena comparecer al reo. Tres criados llegan agobiados bajo el peso de siete tomos cada uno, y entonces se suceden los gritos de admiración. No sólo se encuentra lo que se buscaba, sino mucho más. Uno de los presentes, entusiasmado, exclama: Majestad, quitadme todas mis riquezas, si queréis, pero devolvedme mi *Enciclopedia*”. El rey, ante la justicia del pedido, accede, etc.

Sería redundante insistir hoy, a dos siglos de distancia, sobre la influencia y méritos de la *Enciclopedia* en general y de su Discurso preliminar, en particular. Si podemos hoy decir que algunas de las verdades particulares del Discurso no tienen sino un valor histórico, es indudable que su intención general es de valor permanente.

Presentar una obra como la *Enciclopedia*, tal como la concebían y soñaban sus editores; una obra que, como en alguna ocasión escribió D'Alembert, “si no se trata en ella de los santos... ni de la genealogía de las grandes casas, ni de los conquistadores que han desolado la tierra, tienen en ella gran cabida la genealogía de las ciencias y los genios inmortales que han iluminado la humanidad; la *Enciclopedia* todo debe a los talentos, nada a los títulos; ella es la historia del espíritu y no de las vanidades de los hombres”, significa sin duda alguna tener plena fe en ese espíritu y en sus posibilidades.

Al cumplir su tarea D'Alembert fué fiel a sí mismo y a su época; científico y nominalista, poco dado a las generalidades y a la metafísica, encontró en el modelo newtoniano una posibilidad de exponer el orden y encadenamiento de todos los conocimientos humanos: de Dios, del hombre y de la naturaleza. Y la expuso.

# Diderot

por ROBERTO F. GIUSTI

La *Enciclopedia* y Dionisio Diderot forman, si no un solo cuerpo, una sola alma. Él fué quien concibió la magna obra, su redactor más activo, su incansable propulsor. La posteridad ha hecho justicia a sus libros; no, sin embargo, en el juicio general, en la medida de que es digno su genio. Por la riqueza de las ideas y por el brío de la pluma Diderot merece figurar en su siglo, en el campo de las letras y la filosofía, junto a los fecundadores más insignes del pensamiento humano, entre Vico, Hume, Kant, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Lessing, Herder y Goethe. A la inmensa y varia influencia ejercida en las postrimerías del siglo XVIII y sobre todo en el siglo XIX por sus contemporáneos Voltaire y Rousseau, puede oponerse la que ejerció la memorable empresa colectiva que habría de dar nombre glorioso o abominado a una caudalosa corriente de la cultura humana, de extensión universal y todavía no agotada. Por su obra personal ciertamente Diderot no cuenta tanto en la historia como sus dos colaboradores más famosos; pero sería juzgado erróneamente si la graduáramos de valor secundario y de escasas proyecciones. La perjudicó la propia generosidad del genio del autor, llevada hasta el despilfarro, desinteresado de la gloria, con la sola compensación que da el placer de producir. Hay en Diderot algo del grafómano —páseseme esta calificación atrevida—; pero del grafómano genial, que no puede contener la inagotable vena que brota de su ingenio en perpetua fluencia. La obra de Diderot, si bien incomparable por la extensión con la de Voltaire, casi toda ella compuesta con

propósitos precisos de objeto y éxito inmediatos, no ocupa menos de veinte gruesos volúmenes. De sus escritos muchos vieron la luz en vida del autor; pero no son pocos ni los menos importantes los póstumos, perdidos entre sus papeles o extraviados por ahí, publicados a los pocos años de su muerte o bien en el siglo XIX. *La Religiosa*, *Jacobo el fatalista*, *El sobrino de Rameau*, la *Paradoja sobre el comediante* se cuentan entre ellos, y no he dicho poco. *La Religiosa*, la obra maestra de Diderot en el campo de la creación novelesca, se anticipa a las más sutiles novelas psicológicas del siglo XIX. El crudo análisis que hace de sus sentimientos y experiencias la monja reclusa en varios conventos contra su voluntad, es de una verdad y audacia impresionantes. La descripción de las astucias y deliquios de la Superiora (concediendo la inverosímil inocencia de la narradora y protagonista) es insuperable en su género. Y lo asombroso es que este despiadado alegato contra la clausura monjil que Menéndez y Pelayo calificó con colérica inexactitud de "libelo repugnante y groserísimo contra las órdenes monásticas", nació de una superchería hecha por burla a un ingenuo caballero. Algo de ese espíritu de chacota persiste en *Jacobo el fatalista*, en la complacencia que el autor pone en marear al lector en la red de digresiones innumerables de que está tejido este capricho filosófico y humorístico, que lleva como ninguno la marca de su jubilosa y desatada inventiva. ¿Y qué decir del *Sobrino de Rameau*, conocido antes en alemán por la traducción de Goethe, que en su texto francés? Ninguna de sus obras ha hecho tanto por su popularidad póstuma como esta sátira profética y demoledora. ¿Y qué de la *Paradoja sobre el comediante*, libro que señala una fecha en la historia del arte escénico? Allí donde este incorregible divagador se detenía un instante y exploraba en torno de sí, descubría algo nuevo. No es posible escribir la historia del teatro sin hacerle en ella un ancho lugar. Más por sus reflexiones sobre el arte que por sus dos obras *El hijo natural* y *El padre de familia*, con las cuales, siguiendo el rumbo señalado por la comedia "larmoyante" de La Chaussée, intentó crear

la tragedia doméstica en prosa. Dichas comedias pertenecen indudablemente al género aburrido, sin que la posteridad haya rectificado el juicio de los contemporáneos, que sólo fué medianamente favorable a la segunda. Malogra las excelentes innovaciones introducidas en ella, la sensiblería que almibara los largos parlamentos y el pesado afán de moralizar. Pero la teoría era excelente y fué fecunda. La expuso Diderot en sus "entretiens" sobre *El hijo natural* y en su *Discurso sobre la poesía dramática*, publicado junto con *El padre de familia*. Sus argumentos en favor de la naturaleza y la verdad en la escena son copiosos y están brillantemente ejemplificados. Él echa los fundamentos de la tragedia burguesa o comedia seria, entre la tragedia heroica y la comedia burguesa. Lessing, que tradujo las "Pláticas", confesó haberse inspirado en ellas para componer la *Dramaturgia de Hamburgo*. "Sin los ejemplos y las lecciones de Diderot, escribió el insigne tradista, mi gusto habría tomado otra dirección". Pero hay mucho más en los escritos sobre el arte dramático de Diderot, a los que conviene agregar la respuesta a la carta de madame Riccoboni, actriz amiga suya, y esa admirable *Paradoja sobre el comediante*, que no vió la luz hasta 1830, tan verdadera, tan chispeante, tan rica en vistas originales. Precediendo a los naturalistas, propone en las "Pláticas" sustituir las condiciones del hombre a los caracteres. Liga la pantomima con la acción dramática, cuando no reemplaza con ella directamente la palabra, cosa muy explicable en ese expresivo y apasionado gesticulador. Modifica la escena, anunciando los modernos escenarios simultáneos. Éstos habrían hecho inútil, a su juicio, el mantenimiento de las unidades de tiempo y de lugar, que él no se atrevió a violar en sus comedias y defendió sin convicción aparentemente muy grande en sus "Pláticas". Teorizó la introducción en el teatro lírico de la tragedia real, con sus amplios recitativos. Ensanchó la concepción de la danza, convertida por él en pantomima dramática y en poema. O yo me engaño mucho o Diderot, no sólo creó, como es sabido, uno de los más prestigiosos moldes en que se vaciaría la comedia de

costumbres y tesis moral del siglo XIX, hasta llegar en Francia al llamado teatro realista de Dumas hijo y de Augier —¿y por qué no después, hasta Ibsen?— mas también vislumbró el teatro como lo vería Antoine, el drama lírico wagneriano, la escenografía y “mise en scène” modernas, y el “ballet”, tal como hoy lo concebimos. El nombre de este indudable prerromántico puede ser igualmente inscripto en la lista de los precursores del naturalismo en la novela y en el teatro, y Zola no lo desconocía. Volviendo a sus comedias, si bien refrena la agilidad del diálogo la lánguida declamación virtuosa, en algunas escenas aquél no desmiente la destreza de Diderot. Pues raros escritores han dialogado como él lo hizo, con mayor viveza, naturalidad, oportunidad. Conversador admirable en el salón y en el café, sigue desplegando esa aptitud genial en la novela, en el capricho filosófico, en el ensayo moral o científico, en las propias cartas familiares, como aquella a Mlle. Volland, su querida Sofía, en la cual, fingiendo una charla en una tertulia del Barón D’Holbach, entremezcla una disertación suya sobre los sarracenos —que por lo demás es la reproducción casi fiel del artículo que escribió para la *Enciclopedia*— con todas las frivolidades e ingeniosidades que podían oírse en un salón del setecientos.

El que pudo ser en el teatro precursor triunfante de la “verve” del *Barbero de Sevilla*, solamente lo fué, junto con otros contemporáneos, del Beaumarchais de algunos olvidados dramas lúgubres y lacrimosos: esto porque prefirió Diderot vestir en la escena el sayal del predicador, cuando le hubiera sentado mejor el gorro de Fígaro. Y que podía llevarlo muy bien, si no bastaran a hacerlo más que probable muchas de sus obras no teatrales y por encima de todas *El sobrino de Rameau* —allí está para probarlo la comedia *Est-il bon? est-il méchant?*, compuesta en 1781, en un solo día, tres años antes de morir, y conservada entre sus papeles. Me desmentirá el fracaso de las gestiones hechas en diversas épocas para verla representada, incluso una de Baudelaire; pero, si bien concedo que la comedia póstuma de Diderot puede no interesar actualmente, en cambio nadie podría des-

conocer en ese "divertissement" extravagante y cínico en cuatro actos, el mejor "esprit" francés, en la animación crepitante del diálogo. Se me ocurre también que a Pirandello no le habría desagradado concebir un personaje como el protagonista doble y sutil de esa enredada farsa, en el cual la crítica ha pretendido reconocer al propio Diderot, su cinismo elegante y su afición a la mistificación y la burla. Y puesto que cité a Pirandello, diré más. Me complacería ver confirmado por algún crítico más versado que yo en el teatro del comediógrafo italiano, lo que me ha parecido descubrir en las conversaciones sobre *El hijo natural*: la superposición u oposición de los dos planos de la ficción y la realidad, caros al autor de *Sei personaggi in cerca di autore* y *Questa sera si recita a soggetto*, con planteos parecidos en la conversación de Diderot con Dorval, el supuesto héroe de su comedia. Entre los géneros teatrales que Diderot ideó en su *Discurso sobre la poesía dramática*, está el drama filosófico. Propuso como tema, escenificándola con el texto del *Critón* a la vista, la muerte de Sócrates. ¿Habrá sido él quien inspiró a Zacconi la representación del diálogo platónico?

Se dirá que veo demasiadas cosas en Diderot; pero aseguro que es difícil no verlas cuando se lo lee atentamente. En los surcos donde ese impávido sembrador arrojaba ideas al voleo, la semilla fructificaba extraordinariamente. Si fué precursor, por sus adivinaciones y realizaciones en el campo del arte escénico, no lo fué menos en el de la crítica de arte. Sus "salones", tardíamente conocidos por su inserción en la "Correspondencia" de Grimm, representan una concepción de la crítica de arte, innovadora en su tiempo, fecunda posteriormente, por más que pueda discutirse el criterio preferentemente literario que domina en ellos. Componiéndolos para su amigo se distraía —descansaba, diremos— de la pesada tarea que le impuso llevar a término los últimos diez tomos de la Enciclopedia. Era su hábito descansar de los trabajos más engorrosos, escribiendo cualquier cosa que uniera utilidad y amenidad. Así le proponía a Grimm escenas de tapicería tomadas de Homero, evocándolas con aquel

mismo arte con que hacía vivir en el espacio, para la imaginación, las telas por él contempladas en los salones, como colaboraba con Rameau para componer un discurso sobre la armonía. Su generosidad no tenía límites. Era pródigo de su tiempo y su dinero, siempre dispuesto a servir con su pluma a quien le pidiese una carta, una dedicatoria, un argumento de comedia, un prefacio, un discurso. Grimm citaba para el Juicio Final, haciéndolos responsables ante Dios y ante los hombres, a todos los indiscretos que cometieron el delito de robarle el tiempo que habría empleado en componer veinte obras inmortales. Su círculo le fué deudor de mucho. A Rousseau le descubrió su genio. No es seguro que le sugiriera la paradoja de su célebre *Discurso sobre los progresos de las ciencias y las artes*, pero le inspiró más de una idea e influyó sobre el ginebrino aconsejándolo y corrigiéndolo. Contribuyó a la *Historia Filosófica de las Indias* de Raynal, y abasteció de ideas el *Sistema de la Naturaleza* del barón D'Holbach.

Alguna de sus ideas, confiadas con despreocupada prodigalidad a papeles dispersos, a veces apenas esbozadas, habría bastado, madurada más largamente y expuesta sistemáticamente, para hacer la fama de un pensador. Me atrevería a decir que tuvo sobre todas las cosas más ideas que Voltaire, enciclopédico como él, con la diferencia de que Voltaire es siempre límpido y Diderot resulta a veces humoso. Ha sido observado un volterianismo anterior a Voltaire. Aun reconociendo que, como muchas ideas de éste, parte de las de Diderot proceden de Inglaterra, otras intuiciones suyas parecen en cambio no tener precedentes. Estas intuiciones chispean en todos sus escritos, presentadas a menudo bajo la forma de paradojas, defendidas otras con habilidad sofística. Serán la idea animadora de algunos de sus trabajos más serios y orgánicos o se deslizarán en una de las tantas digresiones en que él se complacía; lo mismo se las encontrará en el ensayo filosófico o en el artículo científico que en las cartas familiares, las cuales pasan sin transición de la elocuencia amorosa a la anécdota divertida, y del chiste y la agudeza a la divagación metafísica. Lo

mismo en sus cuentos y novelas. La extravagancia se codea en sus escritos con la razón, la elevación moral con la vulgaridad, lo serio con lo burlesco; es alternativamente verboso y preciso, claro y oscuro, lógico y contradictorio. Hasta en *Les bijoux indiscrets* (ha sido traducido indiferentemente por *alhajas* y por *dijes*), novela galante, licenciosa y de clave, a la moda del tiempo, echada sobre el papel por apuesta y para servir a una amiga, libro de cuya publicación se arrepentiría más tarde hasta decir que habría dado un dedo por no haberlo escrito, pueden leerse muchas páginas de intención satírica, filosófica y moral, dignas del Diderot que admiramos. Lessing la caracterizó diciendo que es "una novela frívola en la cual se agitan cuestiones graves".

Carezco de la competencia necesaria y nos falta además el tiempo allí donde podría hacerlo, para discriminar con rigor en la riquísima copia de ideas de Diderot, cuáles le pertenecen en propiedad en el campo científico, en el filosófico y en el estético, y cuáles eran ya cosa adquirida en su tiempo o estaban en el aire; cuáles quedaron en estériles aunque ingeniosas paradojas y cuáles fueron revolucionarias y fecundas; pero tengo la competencia suficiente para reconocer que nunca el pensador ponía en sus escritos manidos lugares comunes y para afirmar que quien lo diga o lo haya dicho trivial, es injusto o no lo ha leído con paciencia y simpatía. Vienen en mi auxilio autorizados testimonios para darme la certidumbre de esa fecundidad asombrosa del pensamiento. La audacia imaginativa de tres tratados suyos filosóficos, compuestos en la forma por él preferida, la dialogada, el *Entretien* con D'Alembert, el *Sueño de D'Alembert* y la *Continuación de "L'Entretien"*, también ellos publicados por primera vez en 1830, asustaba al mismo autor. La riqueza de argumentos y ejemplos con que defiende la unidad sustancial del universo y el encadenamiento de todos los elementos y fuerzas de la naturaleza, es sorprendente. De ejemplos, repito, porque otra facultad de Diderot es la de vivificar todo cuanto piensa, por abstracto que sea, con la observación de los hechos, con la comparación esclarecedora.

Hay acuerdo unánime en que Diderot, cuarenta años

antes de Lamarck, formuló y anticipó la teoría de la transformación de las especies, probablemente intuída a través de Leibniz y Lucrecio. En una carta a Mlle. Volland adivinó el telégrafo eléctrico. Versado en muchas disciplinas —filosofía, física, química, anatomía, fisiología, historia natural— este extraordinario autodidacto juntaba la intuición con la ciencia. El doctor Daniel Mornet, eminente profesor de la Sorbona, destacaba veinticinco años atrás, la originalidad de los *Elementos de fisiología* de Diderot, también póstumos. Era una mente leonardesca, como la crítica ha ido descubriéndolo a medida que ha sido conocida su obra a lo largo de un siglo. Un crítico, Arnaud Dandieu, lo ha modernizado comparándolo con Wells, por su hervor temperamental, su sentido del humorismo, su amor al riesgo intelectual, su incesante búsqueda de lo nuevo, su inclinación a servir a la sociedad.

Nunca apareció más heroico este servicio que en la Enciclopedia. Como se sabe, el "Discurso preliminar" lo escribió D'Alembert, pero pertenecen a Diderot ciertas advertencias y notas puestas al frente de varios tomos. Yo me había hecho la ilusión, leyendo la que encabeza el tercero, de que la escribió él; pero debo rendirme a la certidumbre de que su autor fué asimismo D'Alembert. Lo sabemos por la *Correspondencia* de Grimm. Éste dice que pertenece a la pluma de D'Alembert, aunque avisando que el ilustre matemático escribió por los dos asociados en la empresa. Y Grimm debía saberlo, pues Diderot fué uno de sus más activos colaboradores en ese carteo que mantenía el ingenioso barón alemán radicado en París, con los monarcas y príncipes de Europa, especie de gaceta secreta o informe diplomático, pero de carácter casi exclusivamente literario, que le cedió el abate Raynal, ocupado en otras tareas. Séame permitido, pues, ver, si no la pluma, sí el espíritu de Diderot en ese largo prólogo al tomo tercero, suscrito impersonal-

mente por los Editores. Apareció el año 1753, después de una prolongada interrupción, pues el primero y el segundo llevan la fecha de 1751. Nuevas dificultades había sufrido la publicación, "suprimida" en 1752 por decisión del Consejo y reanudada gracias a los protectores de que gozaba en la Corte, entre quienes estaban Madame de Pompadour, interesada en la empresa por su médico Quesnay, y el ministro Malesherbes. Dicho prólogo está redactado con explicable cautela, pero no sin valentía. Para defenderse contra las imputaciones de irreligión proclamaban el respeto de la Religión y la Ley, y manifestábase hábiles en la distinción entre la legítima autoridad monárquica de derecho divino, consentida por el pueblo, como era la de los reyes Capetos, y la ostentada por un rey usurpador. ¿Que los Padres de la Iglesia no figuraban en la Enciclopedia a la par de los filósofos? Los editores, después de abismar a los Padres con su veneración, identificando su palabra con la de la propia Santa Escritura, al llegar a San Agustín decían muy serios que "su lugar está en el Martirologio, preferible de todo punto de vista al que habría podido dársele en la Enciclopedia". ¿Cómo no percibir en estas irónicas cautelas a ese "enfant terrible" que más tarde diría secretamente tantas verdades por boca del sobrino de Rameau? Tratando la Advertencia que comento de otras omisiones, declaraba: "El nombre mismo de los Príncipes y de los Grandes no tiene derecho a estar en la Enciclopedia sino por el bien que han hecho a las Ciencias, pues la Enciclopedia debe todo a los talentos, nada a los títulos, y ella es la historia del espíritu humano y no de la vanidad de los hombres".

Rechazaban los editores con desprecio y también con tristeza e indignación las odiosas imputaciones personales de que habían sido víctimas los enciclopedistas, y mostraban un legítimo resentimiento contra las censuras apasionadas e injustas, sin aceptar tampoco los elogios impropios y sospechosos. Muchas evasivas irónicas se juntan en ese discurso prudente, en el cual tiene elocuentes acentos el orgullo legítimo, no reñido con la modestia, sin hipocresía, del que sabe

cuán difícil es hacer obra perfecta de tanta magnitud. “Nos sentiríamos sobre todo halagados —decían en un pasaje— si nuestros primeros trabajos pudieran empeñar a los sabios y escritores más célebres a retomar nuestra obra en el punto en que está hoy; nosotros borraríamos con júbilo nuestro nombre del frontispicio de la Enciclopedia con tal que se tornara mejor. ¡Que los siglos futuros ignoren a tal precio todo lo que hemos hecho como lo que hemos sufrido por ella!” Sufrido; ¿quién era el que había sufrido sino Diderot? Y más adelante, reconociendo las imperfecciones de la obra: “La ruta está abierta, y eso es quizás haber hecho algo; otros más felices arrancarán en paz las espinas que todavía quedan en esta tierra que el destino severo o propicio nos ha dado para desmontar. Los niños, dice el Canciller Bacon, son débiles e imperfectos en el instante de su nacimiento, y las grandes obras son los niños del tiempo”.

La magna tarea de Diderot consistió en ordenar y publicar los artículos recibidos, en suplir los que no fueron hechos, en refundir en uno solo los escritos sobre el mismo asunto por diversas personas. Innumerables (más de un millar se calcula) son los que se vió forzado a escribir él, de poca o mucha significación; son valiosos en cambio los que compuso desde el III tomo sobre historia de la filosofía. Además se reservó expresamente para sí la descripción de las llamadas artes mecánicas, la mayor novedad de ese diccionario. ¡Y con qué competencia y minuciosidad extraordinaria lo hizo!

Ciertamente, así como lo hacían los demás colaboradores, acudió a muchas fuentes de información. Leyó, extractó, refundió toda suerte de libros. ¿Cómo podía saberlo todo por propia experiencia en tantas materias técnicas? Pero la suma de experiencia propia que agregó a su información, asombra y la confirma el testimonio de los contemporáneos. En el “Prospecto” de la Enciclopedia —escrito de su mano y publicado en 1750— al exponer su plan inicial, que según su primera previsión, no tendría menos de ocho volúmenes, insistió particularmente en la innovación que representaba la introducción en ella de las

artes mecánicas. Refiriéndose a la enciclopedia inglesa de Chambers, que fué la inspiradora, decía: "Chambers ha leído muchos libros, pero no ha visto artistas (entiéndase "artesanos"); sin embargo muchas cosas sólo se aprenden en los talleres". Y explicando sus fuentes de información refería: "Nos hemos dirigido a los más hábiles obreros de París y del reino. Nos hemos dado el trabajo de ir a sus talleres, de interrogarlos, de escribir al dictado de ellos, de desarrollar sus pensamientos, de sacarles los términos usados en sus profesiones, de dibujar láminas, de definir las, de conversar con aquellos que nos habían suministrado memorias, y (precaución casi indispensable) de rectificar mediante largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, obscura y a veces infielmente..." Y refiriéndose a aquellos obreros que trabajaban en sus máquinas sin conocerlas, dice gráficamente: "Nos ha sido preciso ejercer con ellos la función de la cual se glorificaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer parir los espíritus..." Se aplicó también a trabajar a la par de los obreros, para entender mejor su oficio, a desmontar sus bancos, a bosquejar y recomponer sus máquinas y herramientas para entrar en los secretos de la manufactura. Algunos procedimientos —tal, por ejemplo, la fabricación de las agujas de coser— él fué el primero que los describió. El padre Furlong, ilustrado jesuíta, historiador de nuestro pasado, me decía, hablando de esto, que solamente con el auxilio del artículo pertinente de la Enciclopedia había podido armar las piezas de una imprenta colonial que le interesaba. Ya los contemporáneos más perspicaces vieron que en ese "diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios", la parte más sólida y más nueva era la última.

Nada escapa a su curiosidad: la relojería, los papeles pintados, la curtiembre, el arte tintórea, la encuadernación, el cultivo de las plantas textiles, los hilados y tejidos, la fabricación de sombreros y pelucas, los almácigos, ¡qué sé yo! Ese burgués procedente de la pequeña industria provinciana, no diré que rehabilitaba, pero sí que dignificaba el

trabajo manual, incorporándolo a las actividades más bienhechoras del hombre.

Diderot no ignoraba lo que había de deleznable en su esfuerzo, junto a su magnitud; cómo, con el rápido progreso de las artes mecánicas y de las máquinas y procedimientos de elaboración, había de envejecer cuanto se escribiera sobre ellas. En el artículo titulado *Enciclopedia*, incluido en el V tomo, escribía en términos generales que no alcanzan a disimular la tristeza que lo poseía: "Un hombre consume parte de su vida en la descripción de las artes (se refería a los oficios y a los procedimientos industriales); disgustado de esa obra fatigosa se deja arrastrar a ocupaciones más divertidas y menos útiles; su primera obra permanece encerrada en sus carpetas; no pasarán veinte años y allí donde había cosas nuevas y curiosas, picantes por su singularidad, interesantes por sus usos, gracias al gusto dominante o a su importancia momentánea no encontrará sino nociones incorrectas, oficios superados, máquinas o imperfectas o abandonadas. En los numerosos volúmenes que haya compuesto, no habrá una página que no sea preciso retocar; y en la multitud de láminas que haya hecho grabar, casi ninguna figura podrá pasar sin que se haga necesario dibujarla de nuevo. Son retratos cuyos originales ya no subsisten. El lujo es el padre de las Artes, es como el Saturno de la fábula, que se complacía en destruir a sus hijos". Fuera como fuese, su obra es el documento más completo del estado de la técnica en vísperas de la revolución industrial que transformó el mundo en el siglo XIX.

Tampoco debió de ser pequeña la tarea que le exigió reunir y ordenar los artículos de sus colaboradores. No todos, sabios y literatos, eran por supuesto de igual capacidad; no todos igualmente diligentes o probos en el aprovechamiento de las fuentes bibliográficas. Conocemos la historia externa de la *Enciclopedia*; pero la íntima ¿quién la podría adivinar en toda su extensión y profundidad? Cada redactor respondía de su artículo, salía garante de él por la propia autoridad de su nombre. Esto dicen también los directores de revistas científicas o literarias; sin embargo no es

enteramente exacto. En vano él declaraba que no pretendía reformar los artículos hechos por otros, ni remontarse a las fuentes donde se habían originado: en la práctica, en última instancia, el responsable era él, y para descargarse de esa responsabilidad no dejó de confesar o insinuar más de una vez su disgusto de que las cosas no hubieran sido hechas con mayor diligencia y probidad. El mejor juez de la magna empresa era él. Los compiladores contestaban a sus críticos: "Nadie quizás estaría en mejor condición que nosotros para hacer el examen de esta obra y mostrar que la malignidad habría resultado mucho más acertada. No se piense que haya ninguna vanidad en esta declaración. Si alguna vez fué fácil una crítica, es la de una obra tan considerable y tan variada; y nosotros conocemos bastante íntimamente la Enciclopedia como para no ignorar lo que le falta: tal vez lo probaremos algún día, si llegamos a acabarla..."

Diderot no esperó ese día para hacer a fondo la crítica de su obra. El ya citado artículo sobre la voz *Enciclopedia*, incluido en el V tomo, merece tanta atención como la Advertencia al tercero. ¿Cómo podía encerrarse en las generalidades sobre el concepto de una obra de esa naturaleza, sobre su objeto y composición, quien desbordaba su yo en todo cuanto escribía? En muchos de sus artículos aparece el "je pense", el "il me semble" y otras expresiones personales; pero no hay quizás en toda la obra ninguno menos impersonal que el citado. A lo largo de sus 55 columnas, indirecta o directamente Diderot no habla sino de la Enciclopedia de Diderot, del método seguido en ella y del que pudo haberse seguido, de sus cualidades y de sus defectos, de las dificultades encontradas y de las rectificaciones aconsejables. A los colaboradores, aunque sin nombrarlos particularmente, no les ahorra severas críticas: a la vanidad de unos, a la difusión de otros; a la negligencia, a la falta de novedad. Traza planes, señala métodos, amonesta, corrige, se vanagloria, se excusa, se defiende. "Detallando de este modo cómo debe estar hecha una verdadera Enciclopedia (avisa de pronto, como si no le hubiéramos entendido la intención desde la primera frase) establecemos re-

glas muy severas para examinar y juzgar la que publicamos. Cualquier uso que hagamos de esas reglas, en nuestro favor o en contra, ellas probarán al menos que nadie estaba en mejor condición para criticar su obra.”

Bien veis que su impaciencia y su franqueza no le permitieron llegar hasta el término de la empresa para probarles a sus críticos que nadie la conocía mejor que él, ni era capaz de juzgarla con mayor imparcialidad. “Veo —reconoce— que acaso no hay yerro que no hayamos cometido, y *me siento forzado* a confesar que de una Enciclopedia tal cual es la nuestra, entrarían apenas dos terceras partes en una verdadera Enciclopedia.”

Ese mismo artículo —o manifiesto, o defensa— ciertamente sobraría en la Enciclopedia ideal. Concluíalo manifestando que había dejado de decir más cosas de las que había dicho (¡y son 27 páginas *in folio!*) “Tal vez la prolijidad y la adulación —agregaba— no estarán en el número de los defectos que podrán reprochárseme.” No sé qué decir de la prolijidad; pero en cuanto a la adulación, no cabe ninguna duda. Uno se sorprende de que después de ciertas críticas personales, aunque sin nombrar al destinatario, se le mantuvieran adictos los que habían trabajado hasta entonces con él y que la lista se acreciera con otros, aparte de los colaboradores espontáneos, contra los cuales se ponía cortésmente en guardia en la advertencia al VI tomo. ¡Y qué colaboradores! Turgot le había suministrado una memoria propia sobre el algodón (*coton*), que él usó en el artículo pertinente; Rousseau se salía de la materia musical que habíale sido confiada desde el primer tomo, para escribir en el V un muy importante artículo sobre *Economía*; Voltaire entraba a colaborar desde el III sobre temas de estética y literatura con contribuciones que en verdad no dan la medida de su genio ni de su “esprit”. Al que publicó en el VI sobre el vocablo *Gusto*, añadía triunfalmente Diderot un fragmento póstumo de Montesquieu, destinado —dijo— a la Enciclopedia por el sabio autor del *Espíritu de las leyes*, cuyo cumplido y extenso elogio encabezó el V tomo, aparecido el año 1755, el de su muerte. Sin ser todos de la

talla de esos grandes, algunos de esos colaboradores se llamaron D'Holbach, Helvetius, La Condamine, Buffon, Marmontel, Morellet, el presidente de Brosses, Quesnay, Necker, Duclos, Dumarsais. Diderot sabía distinguir con admirable clarividencia los respectivos valores. Al insertar el fragmento de Montesquieu a continuación del artículo de Voltaire sobre el *Gusto*, escribió de su puño y letra estas palabras proféticas: "La gloria del señor de Montesquieu, fundada sobre obras de genio, no exigía sin duda que se publicaran estos fragmentos que nos ha dejado; pero ellos serán un testimonio eterno del interés que los grandes hombres de la nación tomaron por esta obra; y se dirá en los siglos por venir: Voltaire y Montesquieu también participaron en la Enciclopedia."

Pudo la Enciclopedia ser "suprimida" después del VII tomo; pudieron abandonar, prudentes, a Diderot, muchos de sus colaboradores; pero él no desmaya. En 1765 se publican los últimos diez volúmenes. Llevaban el pie de imprenta de Samuel Foulche, librero de Neufchâtel. Ya no ostenta en la portada los nombres de Diderot y D'Alembert. Éste se ha retirado por motivos diversamente apreciados, pero todavía no conocidos con rigurosa seguridad. La edita ahora "une société de gens de lettres", cuyos trabajos ordena y publica un M. X., que no es más que Diderot. No me incumbe tratar aquí las razones que pudo tener el gobierno para hacer la vista gorda sobre la circulación de esos diez gruesos volúmenes, ni examinar en qué forma se ejerció la protección, antigua o nueva, de Mme. de Pompadour, del director de librería Malesherbes, del "lieutenant de police" Sartine, de M. de Choiseul, y la generosidad de Mme. de Geoffrin, para hacer posible la continuación de la obra. Me circunscribo a la contribución literaria de Diderot, no a su ciclópea lucha con las prohibiciones gubernativas, con los jesuítas —que le movieron guerra desde el comienzo—, con los demás adversarios y los propios editores, como aquel Le Breton, el de los primeros siete tomos, que lo traicionó mutilando por su cuenta y riesgo o quizás pérfidamente aconsejado, artículos que le parecieron comprometedores,

después de haber autorizado Diderot la impresión de las pruebas de imprenta.

De todas las advertencias puestas al frente de varios volúmenes, la que prefiero es la que encabeza el VIII. El hombre, agigantándose ante los obstáculos vencidos y por vencer, físicos y morales, expresa con orgullosa firmeza su fe en la bondad de su obra, "la más vasta quizás —dice— que en ningún tiempo haya sido concebida en Literatura". Las persecuciones no le habían sido ahorradas por la envidia, la ignorancia y el fanatismo. Su optimismo acerca de la naturaleza humana parece flaquear, pero él no cesa. "El hombre de bien es capaz de entusiasmos que el malvado no conoce" —sentencia. "En el espacio de veinte años consecutivos, apenas hemos podido contar algunos instantes de reposo" —se duele. Después de tantos días consumados en un trabajo ingrato y continuo, ¡cuántas noches pasadas en la espera de los males que la maldad buscaba infligirnos! ¡Cuántas veces nos hemos levantado inciertos de sí, cediendo a los gritos de la calumnia, no nos desgarraríamos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conciudadanos, para ir a buscar bajo un cielo extranjero la tranquilidad que nos era necesaria y la protección que se nos ofrecía! Pero nuestra patria nos era cara, y nosotros siempre hemos esperado que la prevención abriera paso a la justicia". Conviene aquí recordar cómo la Enciclopedia hubiera podido ser continuada en Rusia, de haberlo él querido, con el auspicio de la emperatriz Catalina, protectora del filósofo, a quien le compró la biblioteca, dejándola en su poder; o bien en Berlín, con el apoyo de Federico II; y es admisible la suposición de que uno de los motivos de la secreta tolerancia del gobierno haya podido ser el temor de ver acabarse en el extranjero una empresa de resonancia universal prohibida en Francia. ¿Tantos años de lucha habrían sido vanos? —se preguntaba. No. Presiente la recompensa que le espera, que algún día se dirá de él que no vivió del todo inútilmente. Ya dije que en el camino había perdido muchos colaboradores. Pero suplió su ausencia el esfuerzo heroico del caballero de Jaucourt, tan sabio como laborioso, tan la-

borioso como modesto. Él proporcionó gran parte de los materiales, sin temer las búsquedas más penosas e ingratas. Voltaire todavía escribía sobre historia en el tomo VIII.

El espíritu de la obra muéstrase cada vez más libre. Algunos de sus artículos son discursos polémicos, otros completan los contenidos en volúmenes anteriores. No faltan las flechas envenenadas. Merece ser leído el que Jaucourt escribió sobre los curas (*prêtres*) y los dedicados a la *tiranía*, los *teósofos*, los *teólogos* y la *superstición*. El que explica el vocablo *teósofo*, que, aunque no firmado, pertenece a Diderot, concluye de este modo: "Quedan todavía entre nosotros algunos teósofos. Son personas instruídas a medias, entercadas en referir a las Santas Escrituras toda la erudición antigua y toda la filosofía nueva; que deshonran la revelación con los estúpidos celos con que defienden sus derechos; que empequeñecen cuanto les es posible el imperio de la razón, del que nos prohibirían de buena gana el uso; que están siempre prontos a unir el epíteto de herejía a cualquier hipótesis nueva; que reducirían de buen grado cualquier conocimiento a la religión, y cualquier lectura a los libros del antiguo y el nuevo Testamento, en los que ven todo lo que no hay y nada de lo que hay; que han cobrado aversión a la Filosofía y a los Filósofos, y que conseguirían apagar en nosotros el espíritu de investigación y volver a hundirnos en la barbarie, si el gobierno los apoyara como lo piden." A propósito de la última frase, nuevamente conviene considerar si la expulsión de los jesuítas, decretada al fin en 1762, cuando los diez últimos tomos de la Enciclopedia estaban en preparación, no fué uno de los motivos que hicieron secretamente tolerante al gobierno con la distribución de ésta. Recordaré el final del artículo sobre el vocablo *Jesuíta*, cuyo tono es marcadamente de panfleto: "No es por odio ni por resentimiento contra los Jesuítas por lo que yo he escrito estas cosas; mi objeto ha sido justificar al gobierno que los ha abandonado y a los magistrados que los han sancionado, y enseñar a los religiosos de esa orden, que, cuando intente algún día restablecerse en este reino,

si lo consigue, como lo creo, en cuáles condiciones pueden esperar mantenerse en él.”

A los defectos que en la Enciclopedia notaba el propio director de la empresa, agregaré yo, ateniéndome solamente a su espíritu, y no a su composición formal y contenido científico, por supuesto hoy superado, el extremo racionalismo, muy propio del siglo de la Ilustración, y con relación a los tomos que la completaron, ciertas notas de frivolidad, no menos dieciochescas, a las cuales sentíase inclinado más de lo conveniente el erudito caballero de Jaucourt.

A esa ingente mole de diecisiete volúmenes y de los once de láminas que los ilustran —y no es en estos últimos donde menos se ejerció la ciencia y paciencia de Diderot, tanto que Emile Bourgeois ha podido decir con injusta ponderación: “*l'Encyclopédie? Ce sont les planches... La nouveauté et le succès sont là...*”— la voluntad indomable del animador había de hacerles seguir los años 1776 y 1777 los cuatro del Suplemento, publicados en Amsterdam por el librero Rey. Jaucourt había muerto. Pero en el Suplemento colaboró de nuevo D'Alembert, y también lo hicieron Condorcet, La Lande, Bernouilli y Marmontel, entre otras notabilidades de aquel tiempo. En sus artículos, que son más que nunca discursos, el Iluminismo entra con todas sus bellas ilusiones. La Advertencia nos avisa que la Ciencia conduce a la virtud y a la felicidad. “¡Pueda esta obra —dice— difundiendo la luz de las Ciencias en los espíritus, extender sobre los corazones el imperio de la Virtud!”

La heterogeneidad e incoherencia, la desigualdad en la composición, las notaron aun los más adictos a la empresa. Voltaire las definió con esta frase ingeniosa: “La Enciclopedia es un traje de Arlequín en el cual hay unos trozos de buen género y muchos harapos”. No lo ignoraba Diderot, y ya hemos visto que lo dijo. Una Babel, sin duda; la fiel expresión de ese hervidero de materias ígneas que fué el siglo XVIII y que había de soterrar un mundo bajo su corriente de lava y escorias. Fué máquina de guerra, pero indudablemente también obra de ciencia, así reconozcamos que la armoniosa construcción que anunciaban el Prospecto

de Diderot y el Prefacio de D'Alembert, a modo de soberbios pórticos, no se confirma en todas sus partes, cuando marchamos entre los diversos materiales acumulados. Reputo, pues, injusto, el juicio de un pensador tan agudo como el matemático Cournot, el cual, restándole a la Enciclopedia toda importancia, y atribuyendo su boga en el siglo XVIII a interés de secta o de partido, no vió en ella más que un negocio de librería. Sus razones, movidas por la idea de progreso dentro del orden, pueden leerse en la *Historia de los movimientos intelectuales y de las instituciones en los tiempos modernos*. Concediendo que las obras de ese género se tornan viejas al cabo de treinta años y que no son científicamente monumentos duraderos, ¿no les atribuiremos ningún valor en la historia a los principios de tolerancia religiosa y libertad política que la Enciclopedia desde luego no creó, pero sí contribuyó a difundir, sacudiendo el yugo de muchos prejuicios, derribando instituciones caducas que se sobrevivían, emancipando de arbitrarios poderes conciencias y pueblos?

Ésa es la obra que debemos al fervor, a la voluntad, a la ciencia de Diderot. Treinta años de labor y sacrificios empleó en verla acabada.

Únicamente una cabeza y un temple como el suyo podían acometer tamaña empresa y darle cima. Muerto Diderot, desalojado, después de la Revolución, el espíritu de la Enciclopedia por otras corrientes de pensamiento, el nombre de su hercúleo promotor cayó en la penumbra. Los que trabajaron con él, los que lo conocieron, sintieron profunda admiración por su genio. No puedo ocupar el corto espacio de que aún dispongo con un extenso repertorio de testimonios irrecusables. Referiré unos pocos muy significativos. El abate Raynal lo pintaba en la *Correspondencia*, a propósito de la notable *Carta sobre los ciegos* —la misma que motivó el encarcelamiento de Diderot en Vincennes— como “uno de nuestros más profundos metafísicos y de nuestros

más ingeniosos escritores". La admiración de Grimm no reconoce límites. "Cabeza sublime y corazón excelente", lo dice en una página de la *Correspondencia*. En otra lo compara con Bacon. En una ocasión lo define "el hombre de Europa quizás más rico en ideas y talento". Y también: "la cabeza más naturalmente enciclopédica que haya existido". Ésta es asimismo la opinión de Voltaire. En 1760 le escribía a un amigo, refiriéndose a Diderot: "Todo entra en la esfera de actividad de su genio; pasa de las alturas de la metafísica al oficio del tejedor, y de ahí va al teatro". Rousseau, cuya suspicacia enfermiza, que acabó en manía persecutoria, había de amontonar tantos agravios contra Grimm y Diderot, después de haberle unido con el segundo una afectuosa amistad, todavía acariciada en la ruptura, escribió de él: "A la distancia de algunos siglos del momento en que ha vivido, ese hombre parecerá prodigioso; se contemplará de lejos esa cabeza universal como hoy miramos la de los Platones y los Aristóteles."

No puede decirse que el siglo XIX lo olvidara, y lo prueban las cuatro ediciones póstumas que se hicieron de sus obras completas, a partir de la del editor Naigeon, de 1798;<sup>1</sup> pero no fué haciéndole entera justicia sino a medida que descubría su obra inédita, más sorprendente que la que conocieron los contemporáneos. Tocábale al presente reconocer toda su grandeza.

No podría abandonar a Diderot sin declarar que después de haber convivido espiritualmente con él varios meses, estimo su corazón tan excelente como su cabeza, confirmándome en el juicio de Grimm. Su ardor en la prosecución de la obra emprendida me lo vuelve admirable. Tenía la pasión de la ciencia, sed de verdades positivas; en busca de éstas anduvo, si queréis a tuestas, toda la vida. ¿Puede dudarse de ese fervor, tratándose del hombre que pidió a su hija que se le hiciera la autopsia, pues reputaba útil diseccionar a los muertos? Y la autopsia se hizo.

1. Conviene recordar que la colección en 21 volúmenes del editor Brière, de 1821-1823, depositada en la Biblioteca Nacional, perteneció al General San Martín y lleva su firma autografiada.

Brunetièrre pretende disminuir, supongo, a Diderot, caracterizándolo con una definición de Bacon. La traduzco: "Hay quienes se complacen en la variación de los pensamientos (*vertigine*, dice Bacon) y tienen por esclavitud ser constreñidos a una fe estable o a axiomas constantes". A mí me parece en cambio que lo enaltece, juzgando a un grande espíritu. Su filosofía del universo no fué, sin embargo, tan vacilante como podría creerse leyéndolo a saltos o sin atender a las circunstancias en que escribía y que lo forzaban a ser prudente, si publicaba, o a guardar inéditos sus escritos si quería declarar todos sus pensamientos. En términos generales puede decirse: Voltaire y Rousseau anclaron, ya en el deísmo, ya en el teísmo; Diderot, del teísmo y el deísmo, pasó al ateísmo. Pero su materialismo sin Dios se acerca al panteísmo spinoziano al convertirse en religión de la naturaleza, cuyo culto él hizo en su siglo penetrar más que nadie en los espíritus. Páginas suyas de adoración de la naturaleza recuerdan a Lucrecio tanto por la elevación intelectual como por la exaltación poética. La intolerancia que el hermano de Dionisio, el canónigo, puso en su fe católica, hasta no admitir reconciliarse con el filósofo, se convirtió en éste en inquieto buceo en el océano del conocimiento. Le venía de familia ese ardor en los sentimientos y en la persecución de las ideas. ¿Cómo explicarse que su perpetuo monólogo se parta casi siempre en diálogo, con la consiguiente interrogación o contradicción, sino por su naturaleza intelectual, inclinada a ver el pro y el contra de todas las cosas?

Así como era móvil la inteligencia de Diderot, lo eran su fisonomía y los sentimientos que reflejaba. Muchas veces se retrató él mismo, o se lo adivina en sus diálogos, en los que es obligado interlocutor —diré mejor, único interlocutor— y en su correspondencia. En carta al escultor Falconet decíale que en un solo día él mostraba cien fisonomías diversas: "era sereno, triste, soñador, tierno, violento, apasionado, entusiasta". De suyo era jovial, sensible, fácil al entusiasmo, tan pronto para irritarse, cuando se lo provocaba, como para apaciguarse. No fué mezquino ni envidioso. Ingenuo

sí, y más de una vez lograron engañarlo. En el fondo un niño, con mucho de la volubilidad del niño. Irruente e inspirado en la conversación, pasaba por rápidas asociaciones y transiciones de un tema a otro, pasmando y abrumando. El itinerario algo caricaturesco que nos ha dejado afectuosamente Garat de uno de los soliloquios casi sonambúlicos de Diderot, es el espejo de su espíritu y de su obra.

Cuenta Mlle. de Lespinasse en una carta a su amigo M. de Guibert que Catalina de Rusia, en uno de sus cotidianos coloquios con el filósofo, mientras éste, sexagenario, fué su huésped en San Petersburgo, le decía: "A veces me parecéis de cien años, y a veces os veo como un niño de doce". Y comenta la amiga de D'Alembert, entusiasmada: "Eso pinta a Diderot". Pongamos también en la cuenta a su favor, que no fué nunca un cortesano. Al acalorarse en sus discusiones con la zarina, disputaba con ella como con un igual. También escribámoslo en el haber del déspota, malogrado aspirante a filósofo.

Con respecto al juicio de la posteridad, me he de valer solamente del de dos adversarios suyos: los escritores católicos Ferdinand Brunetière y Marcelino Menéndez y Pelayo. El primero, que confesaba no amar a Diderot (aunque alguna vez, atenuando, agrega: "casi"), no puede disimular su admiración ante su personalidad compleja y poderosa, y desconocer la extensión de la influencia ejercida por sus ideas. De ellas dice que "han constituido una atmósfera nueva de los espíritus" y las compara con una fuerza de la naturaleza, anónima y ciega.

Sea Menéndez y Pelayo, acusador inobjetable para la parte contraria, quien dé el último fallo. El eminente polígrafo y crítico, tenía hartos motivos ideológicos para aborrecer a Diderot y los hace ostensibles en los breves exámenes que hizo de diferentes aspectos de su obra en la *Historia de las ideas estéticas* y en la de *Los heterodoxos españoles*. No hay cargo ni censura, algunos justificados, otros injustos, que omite, expresados con palabras fuertes, contra el contenido y la forma. Sin embargo esos bosquejos críticos rebosan de admiración, no ya mal disimulada, sino

gritada. Para Menéndez y Pelayo, Diderot fué “indudablemente el pensador más genial y poderoso de su tiempo”. A tal ponderación agregó este juicio enfático, que parece alumbrado por el resplandor siniestro de una hoguera inquisitorial: “En su frente de réprobo todavía se descubre el sello de los fuertes y de los grandes con que Dios le había marcado”.



# Valor educativo y social de la Enciclopedia

por LUIS REISSIG

En 1746 el editor Le Breton, asociado a tres colegas: Briasson, Durand y David, obtiene el privilegio real indispensable para la traducción de la enciclopedia inglesa de Chambers, y ofrece a Diderot la dirección de la empresa. Pero el plan de Diderot es otro: componer y publicar una nueva enciclopedia que contenga esencialmente los hechos y el pensamiento formados y llegados hasta el siglo, y vigentes en él. Lo ha de expresar con satisfactoria objetividad al definir la palabra "enciclopedia" en el propio diccionario: "El objeto de una enciclopedia —dice— es el de reunir los conocimientos diseminados en todo el mundo, exponer su sistematización a nuestros contemporáneos y transmitirla a los que han de sucedernos; de modo que lo hecho en el pasado no se pierda para el futuro, y que nuestros descendientes, más instruídos que nosotros, sean al mismo tiempo más felices, y no muramos sin haber merecido el bien del género humano".

El plan de Diderot se acepta. La filosofía de la época, inspirada cada vez más en la ciencia y en la razón, y el nuevo estado económico, social y político que se gestaba, habían creado las condiciones para la nueva enciclopedia. Una síntesis del saber según las ideas y los hechos que iban modificando la concepción y contenido del mundo, se tornaba indispensable. La vieja sociedad del señor y los siervos se había transformado notablemente; las viejas ideas de un

mundo concebido y realizado por el soplo divino y regido por una iglesia, no eran suficientes para interpretar y comprender los fenómenos de la naturaleza y de la vida; y menos, para explicar las profundas desigualdades sociales y económicas y las hirientes jerarquías políticas.

¿Iba a ser la enciclopedia el instrumento ideológico que sistematizaría los ideales y las apetencias que se habían ido gestando?

Abramos en sus primeras páginas el primer tomo in folio de la edición fechada en 1751, que correspondería a la primera: a la derecha, la inscripción siguiente: "Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios". A la izquierda, el frontispicio dibujado por Carlos Nicolás Cochin: la Verdad —figura capital— que recibe la luz radiante, no del cielo sino de su propio templo, junto al cual está de pie, se abandona con recatada voluptuosidad al despojamiento que la diosa Razón y la Metafísica le hacen de todos sus velos, a fin de que pueda alumbrar al mundo con su maravillosa desnudez. Mientras, la Teología, arrodillada a los pies de la Verdad, y reclinada hacia atrás en éxtasis suplicante a las alturas, recibe de allí un haz de luz, el de la iluminación divina, menos esplendente que el de la Verdad. El resto de la parte superior del cuadro está ocupado por bellas y exuberantes diosas de las artes y las ciencias principales de la época.

Hasta aquí cabe señalar: en la denominación de la obra, el que se la destaque como diccionario razonado —lo que postula una actitud en el campo de la filosofía; y en el frontispicio, dibujado por Cochin, la primacía de la Verdad y de la Razón sobre la Teología, lo que afirma una militancia no religiosa; y en cuanto a la Metafísica —definida en la Enciclopedia como física experimental del alma— el hecho sugestivo de que ayude a desnudar a la Verdad, sin pedir a los cielos inspiración ni mandato para hacerlo.

Pero hay en ambos —título y frontispicio— una incorporación que constituye la gran novedad de la Enciclopedia: los oficios y la artesanía. Bien es cierto que los artesanos que los representan: impresores, relojeros, orfebres

—una docena en total— están apiñados en el ángulo inferior del cuadro, oscurecido como si fuera una cueva con techo de nubes; mientras que las diosas —dobles en número y flotando sobre las mismas nubes en signo de excelsitud— están entregadas, unas, al éxtasis o la contemplación; otras, al diálogo y al estudio, felices en la bienaventuranza del plácido “ocio creador”, tan grato a los ociosos y tan ingrato para los que realmente trabajan y crean.

Esta diferencia de categorías humanas y sociales —que el siglo XVIII está todavía muy lejos de poner en tela de juicio y menos de rechazar— no empaña, sin embargo, el cuadro de ideas que el frontispicio decora y que el prudente Discurso preliminar distribuye en párrafos bien proporcionados, como corresponde al geómetra que los redacta, D’Alembert, y a la conveniencia de ubicar bien las cargas para el viaje difícil que iba a emprender la enciclopedia naciente. Ese cuadro de ideas corresponde a una nueva política de la vida y de la cultura: aunque separados todavía por nubes, y en evidente desnivel de jerarquías, el trabajo intelectual y el manual, la ciencia y la técnica, el saber y el hacer se disponen a reanudar su cópula cósmica, que sólo una sociedad sin servidumbre podrá restablecer del todo, algún día, en su paridad eterna.

“La superioridad que se acuerda” a las artes liberales sobre las mecánicas “es sin duda injusta en muchos aspectos” —dice el Discurso preliminar. Y agrega: “Dependiendo las artes mecánicas de una operación manual, y sujetas... a una especie de rutina, fueron abandonadas a los hombres que los prejuicios colocaron en la clase ínfima... La ventaja que las artes liberales tienen sobre las artes mecánicas, por el trabajo que exigen las primeras al espíritu y por la dificultad de descollar en ellas, está suficientemente compensada por la utilidad superior que las últimas, en su mayoría, nos procuran... Pero la sociedad, respetando con justicia a los grandes genios que la ilustran, no debe envilecer las manos que la sirven... El descubrimiento de la brújula no es menos ventajoso, para el género humano, que lo sería para la física la explicación de las propiedades de esa aguja... ¿Cuántos

pretendidos sabios hay cuya ciencia no es propiamente sino un arte mecánica? ¿Y qué diferencia real hay entre una cabeza repleta de hechos sin orden, sin uso, sin vinculación, y el instinto del artesano reducido a la ejecución maquinal? El menosprecio que se tiene por las artes mecánicas parece haber influido hasta cierto punto sobre los mismos inventores. Los nombres de esos benefactores del género humano son casi todos desconocidos, mientras que la historia de sus destructores, es decir de los conquistadores, por nadie es ignorada. Sin embargo, entre los artesanos es, quizás, adonde hay que ir a buscar las pruebas más admirables de sagacidad de espíritu, de paciencia y de industria. ¿Cuántos descubrimientos que han inmortalizado a sus autores, habían sido preparados por los trabajos de los siglos precedentes, a menudo hasta llevados a su madurez, a punto que no faltaba más que un paso por dar? ¿Por qué aquellos a quienes debemos el tambor de los relojes, el escape, y la repetición, no son tan estimados como los que trabajaron sucesivamente en perfeccionar el álgebra?" "Se ha escrito demasiado sobre las ciencias —dice a su vez Diderot en el mismo Discurso—; no se ha escrito bien lo suficiente sobre la mayoría de las artes liberales; casi nada se ha escrito sobre las artes mecánicas". Diderot se propone dar a conocer con qué se trabaja y cómo se trabaja en los talleres de París y del reino. Va adonde están los operarios más hábiles, los interroga, escribe a su dictado, desarrolla sus pensamientos; obtiene los términos propios de sus profesiones, los dispone metódicamente, los define; conversa con aquellos de quienes ha obtenido relaciones escritas, y "precaución casi indispensable" —dice— rectifica "en largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, oscura y, a veces, inexactamente". "La mayoría de los que ejercen las artes mecánicas —agrega— las han abrazado por necesidad y operan por instinto. Entre mil, apenas encontramos una docena en situación de expresarse con claridad acerca de los instrumentos que emplean y las obras que fabrican. Hemos visto obreros que trabajan hace cuarenta años sin conocer nada de sus máquinas. Ha sido

preciso ejercitar con ellos la función de que se gloriaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer alumbrar a los espíritus: *obstetrix animorum*. Pero hay oficios tan singulares y obras manuales tan delicadas que, a menos de trabajar uno mismo, mover una máquina con las propias manos, y ver cómo se forma la obra ante los propios ojos, es difícil hablar de eso con precisión. Fué menester, pues, muchas veces —agrega— procurarse las máquinas, construirlas, poner manos a la obra; hacerse aprendiz, por decirlo así, y realizar uno mismo malas obras para enseñar a los otros cómo se hacen las buenas. Así nos hemos convencido de la ignorancia en que estamos sobre la mayoría de los objetos de la vida y de la dificultad de salir de esta ignorancia”.

De este examen de circunstancias y del método que emplea, se forman los once volúmenes de grabados, con descripción de su contenido, de la primera edición de la Enciclopedia. Cuando se hojean, una por una, las láminas finamente dibujadas y nítidamente grabadas, y se está informado, como lo explica Diderot, del proceso previo a su composición, y de que por primera vez se da a los oficios categoría histórica, es fácil comprender la admiración con que fueron recibidos.

Recurrir en todo lo posible a la observación directa para la composición de la enciclopedia, no es uno de sus valores educativos de menor cuantía. Ni tampoco lo es en cuanto a su valor social el haber agregado a la lista de sus ilustres colaboradores en ciencias, filosofía, artes, letras, el nombre de sus asesores para los oficios: en primer término, los mismos libreros editores de la enciclopedia, en cuanto concierne a imprenta y librería; luego, un señor Prevost, inspector de cristalerías; Longchamp, acaudalado fabricante de cerveza; Buisson, fabricante de Lyon y ex inspector de manufacturas; La Bassée, de pasamanería; Douet, gasero; Barrat, obrero de telares; Pichard, comerciante e industrial bonetero; Laurent y Bonnet, obreros de la seda; Papillon, grabador en madera; Fournier, fundidor de letras de imprenta; Favre, herrero forjador; Mallet, peltrero; Hill, fabricante de vidrios; de Puisieux, Charpentier, Mabile, de

Vienne. No estando en París, en el momento en que se escribe el prospecto, la mayoría de los artesanos consultados, Diderot considera que no debe mencionarlos sin su consentimiento, pero los nombrará en cuanto ellos lo deseen; otros nombres los ha olvidado; otros, cuyos auxilios no le han sido útiles, los ha omitido expreso.

Diderot da a la Enciclopedia, con su concepción de la misma y su dedicación personal, lo que ésta tiene de aporte nuevo y significativo: la descripción de las artes manuales, conocidas por todos aisladamente, pero no en su conjunto, ni en su significación social, ni en su calidad humana, ni en su categoría de obra de la sabiduría del hombre. La sabiduría y no la inteligencia constituye el punto de partida del hombre para su elevación de nivel zoológico, económico, social, cultural, político, científico. La sabiduría, que es la posibilidad de distinguir, valorar, crear, en suma, que se logra por la totalidad del hombre en lo físico, en lo psíquico, en lo social y aun en lo político, y que se expresa de muchas maneras, tanto por los actos manuales como por los intelectuales, por la ejecución como por la reflexión. "Se creía —dice el Discurso preliminar— que bastaba leer para volverse sabio; y es mucho más sencillo leer que ver".

La Enciclopedia da así el tono educativo que las letras de la época plantean al librarse de las vestiduras de las obras de ingenio. Las obras de ingenio han sido y continuarán siéndolo por un tiempo, las expresiones más preciadas del saber. Durante varios siglos, los ingenios fueron los príncipes de la literatura, pero en el fondo, tan pobres criaturas humanas como los siervos de los príncipes de carne y hueso a que todos ellos servían. Dan testimonio, con su ironía, sus burlas, y hasta sus piruetas, del predominio de una clase ociosa, dueña de todos los medios de expresión: teatro, prensa, libro, manuscrito, púlpito, pregón, tablado; de todos los medios de alimentación: empleos, licencias comerciales e industriales, retribuciones, dádivas, cargos; de todos los medios de coerción: aislamiento, difamación, excomunión, destierro, cárcel; de todos los medios de supresión: silencio y muerte. Tal sociedad toleraba solamente la burla, la sá-

tira, la comedia, porque esto formaba parte indirecta de la lucha de señores contra señores, utilizando unos las armas intelectuales que podían herir a los otros.

La Enciclopedia representa una época. Ella y la Revolución son sus más grandes testimonios. No lo desmiente el que la Enciclopedia no agregue nada nuevo al pensamiento del siglo, y que la revolución no vaya tan lejos como los que en ella supieron ver lejos. Ambas reflejan las contradicciones en que la época se desenvuelve, y por lo tanto son su historia viva. La Enciclopedia no prepara ni adelanta la revolución, ni ésta corona aquélla. Las dos pertenecen a un mismo proceso, del cual no son causa y efecto sino componentes que se identifican más por las transacciones a que llegan que por las soluciones a que aspiran. Su historia está llena de compromisos entre lo que ataca y lo que resiste. Ni la Enciclopedia llega a formar un acabado cuerpo de doctrina, ni la revolución constituye de pleno la sociedad burguesa.

La mayoría de los que se incorporan a la composición de la Enciclopedia saben de su heterodoxia personal con relación al estado ideológico, social y político gobernante. “Si a veces osamos elevarnos más alto —dice untuosamente D’Alembert en el Discurso Preliminar— que sea con esa sabia circunspección que tan bien va con una vista tan débil como la nuestra”. El creyente D’Alembert, ornado además con el prestigio de la ciencia y de su cargo académico, escribe los dos primeros tercios del Discurso. “Nada es más necesario que una religión revelada” —afirma. Lo que no le impide declarar que “nuestras necesidades han sido el primer origen” de nuestros conocimientos y que éstos “se reducen primitivamente a sensaciones”. “Sólo la libertad de actuar y de pensar —añade— es capaz de producir grandes cosas”; pero, temeroso de ser acusado por alguna de sus consecuencias, dice inmediatamente que “la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos”; presentando así a la ilustración como un cauce corrector más que como un estímulo renovador. Y para curarse y curar en salud a todos sus compañeros de empresa, declara formalmente:

“por más absurda que pueda ser una religión (reproche que sólo la impiedad puede hacer a la nuestra), nunca son los filósofos quienes la destruyen: aun cuando enseñen la verdad, se contentan con mostrarla sin forzar a nadie a reconocerla”. “Si el cristianismo añade a la filosofía las luces que le faltan, si sólo pertenece a la Gracia someter a los incrédulos, a la filosofía está reservado reducirlos a silencio”. Pero este curioso papel de Santo Oficio o de moderna Gestapo atribuido a la filosofía, no llega a eliminar el forcejeo entre ciencia y creencia. Todo el arte literario del Discurso preliminar, toda la Enciclopedia, podría decirse, trasunta esa lucha, que es el drama ideológico y político de la época, con la secuela de sus profundas consecuencias prácticas. “Aunque la religión —continúa D’Alembert— esté únicamente destinada a reglar nuestras costumbres y nuestra fe, ciertos teólogos la creen hecha para iluminarnos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre esas materias que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas”. Esta tesis del abandono a las disputas humanas por parte de la divinidad, del sistema del mundo, era la última tabla de salvación que la filosofía lanzaba a quienes continuaban creyendo en la creación divina, sin dejar de creer en la creación humana. Al aludir a la Inquisición, sin nombrarla, porque su “nombre aún no se había acostumbrado Francia a pronunciar sin temor”, condena “el abuso de la autoridad espiritual unida a la temporal”, que “forzaba al silencio a la razón”, faltando poco —dice— “para que se prohibiera pensar al género humano”. D’Alembert y los enciclopedistas, no obstante todos los circunloquios de que deben valerse, ya para encubrir su verdadero pensamiento, ya para atenuar lo demasiado vivo o tratar de conciliar lo imposible, sienten que saber, osar, querer y decir son la más alta gloria del hombre. “Nosotros mismos —dice— nos atreveríamos a hacerle algún reproche al canciller Bacon por haber sido quizás demasiado tímido”. “Ese gran hombre, después de haber quebrantado tantos hierros, estaba aún retenido por algunas cadenas que no podía o no osaba romper”. Y cuando de Bacon pasa al examen de Descartes,

se ve patente que es el temor, el milenarismo temor a las consecuencias, lo que desde el comienzo traba el libre vuelo de los enciclopedistas. "A pesar de toda la sagacidad que había empleado para probar la existencia de Dios —dice D'Alembert de Descartes— fué acusado de negarla por ministros que tal vez no creían en ella". Sagaces, muy sagaces fueron también los enciclopedistas en sus numerosas tentativas de establecer un acuerdo entre las contradicciones que sobrevenían a cada paso.

La necesidad del libre examen, y el espíritu de combate está en la casi totalidad de los enciclopedistas; varios de ellos, en el instante supremo de la prueba, la rehuirán, pero sin abjurar de sus convicciones. Al hablar de Maupertuis, que tuvo en Francia la osadía de declararse abiertamente newtoniano, dice D'Alembert en el Discurso preliminar: "Maupertuis ha creído que se podía ser buen ciudadano sin adoptar ciegamente la física de su país; y para atacar esta física tuvo necesidad de un coraje que debemos agradecerle". Un poco más adelante, el Discurso rasga uno de sus velos: "Todo tiene revoluciones fijas —dice— y la oscuridad ha de terminar en un nuevo siglo de luz".

En el Prospecto escrito por Diderot e incluido con retoques en el Discurso preliminar, se confiesa que la composición de la obra se debe también a la "protección de los grandes". Sin tal protección, aunque retaceada y suspendida varias veces, la Enciclopedia no se hubiera publicado. Los enciclopedistas no atacaron a la aristocracia, ni a la burguesía ilustrada, pues ellas eran sus naturales destinatarios y adquirentes; ni hicieron de la monarquía su blanco. Su punto de contradicción en el orden ideológico, político y social fué la Biblia; y también la Iglesia, en cuanto ésta tendía a sobreponerse al Estado.

En el párrafo final del Discurso, se hacen lenguas los enciclopedistas de la protección del gobierno: "enemigos tanto débiles como poderosos" —dice— "trataron, aunque en vano, de ahogar la obra antes de que naciera". Alude, en primer término, a los jesuitas, rivales también como edi-

tores, pero más rivales como soldados de una causa ideológica, social y política diametralmente opuesta.

Apenas anunciada, la Enciclopedia constituye el punto de convergencia o de disidencia de los pensadores y políticos del siglo. Cabanis la denomina “la santa confederación contra el fanatismo y la tiranía”. Se llama también a los enciclopedistas “engendros del infierno”.<sup>1</sup> Comienza y termina en un proceso de lucha, como corresponde al objetivo que desea alcanzar: hacer de la Enciclopedia “una obra tan importante como las Tablas de la ley”. Con estas palabras termina el prefacio al último de sus 36 tomos. Su lucha fué de creencias contra creencias; de odio y miedo de afuera contra el miedo de adentro. Los últimos diez volúmenes se publican con las alteraciones y mutilaciones que hace en la prueba de galeras su propio editor, Le Breton, temeroso de que se perjudique con afirmaciones imprudentes el pingüe negocio —dos millones de libras— que significa para él y sus librereros asociados, la publicación hasta el final, sea como sea. Y no sólo altera sino que destruye y se pierden para siempre originales y pruebas primitivas. Así se explica la violenta carta de Diderot a Le Breton el 12 de noviembre de 1764, en la que le dice: “Me ha engañado usted cobardemente durante dos años consecutivos; ha destruído o mandado destruir por un salvaje el trabajo de veinte personas honradas que le dedicaron su tiempo, su talento y sus noches, sin exigir pago alguno, por amor al bien y a la verdad, y con la única esperanza de que se publicaran sus ideas, y con ello, conquistaran cierta consideración bien merecida, de la que les privará su injusticia y su ingratitud”.

A medida que avanza, la Enciclopedia pierde colaboradores, pues cada vez se hace más neto en ella el materialismo y el ateísmo. “El polígrafo de Jaucourt, redactor de casi la mitad de toda la obra, era protestante liberal”.<sup>2</sup> Voltaire se aparta del grupo de los enciclopedistas en 1770, cuando el Barón D’Holbach publica *El sistema de la naturaleza*, libro al que se tilda públicamente de “Biblia de ateísmo”. Rousseau,

1. I. K. LUPPOL, *Diderot*.

2. RENÉ HUBERT, *Les Sciences Sociales dans l'Encyclopédie*.

a su vez, rompe violentamente con su amigo Diderot por desacuerdo en cuestiones religiosas; y D'Alembert, después de publicado el séptimo tomo, se aleja también, a raíz de la publicación del artículo *Ginebra*, en el que señala el acuerdo existente entre el clero ginebrino y la doctrina de los socinianos: ambos negaban la Trinidad.<sup>3</sup> “El clero —dice Luppol— puso el grito en el cielo. Denunció al “partido” de los enciclopedistas como un peligro para la sociedad y para la iglesia”.

El tema religioso es el tema capital de la enciclopedia. Sus debates, aunque temidos, son los que más interesan entonces, porque sobre la tradición de la Biblia —que la Enciclopedia se propone examinar y subordinar— la vida y la cultura de más de diez siglos se ha organizado. La Biblia que permanecía aún como el libro de los libros debía explicarlo todo: el origen y naturaleza de las sociedades, el papel y condición del hombre, la formación y desarrollo del mundo. La Enciclopedia no rompe con esa tradición, pues tal hecho se ha operado ya en los más grandes pensadores del siglo. Su papel es el de reunir, ensamblar, difundir, dar estado social y político a esa ruptura y asegurar la preeminencia del hecho laico sobre el hecho religioso. Las ideas innatas —precioso legado de la divinidad— son rechazadas sin artificios en el Discurso preliminar.

“La crítica de la tradición bíblica —dice Hubert—<sup>4</sup> reviste en la Enciclopedia una doble forma. La primera es la polémica directa o indirecta. Se refiere a los dogmas y a la moral cristiana. De los dogmas se trata de mostrar su absurdo o su incoherencia. De la moral, su ineficacia y hasta sus peligros. Por momentos ataca de frente al propio espíritu religioso, sugiriendo que la intolerancia le es aneja. Estas escaramuzas de frente facilitan el movimiento envolvente que la crítica científica prosigue a su lado. Argumentos polémicos e históricos se mezclaban íntimamente. El mismo espíritu los inspiraba. Desde el momento que el fundamento teológico de la doctrina tradicional era quebrado, y

3. I. K. LUPPOL, *Diderot*.

4. Obra citada.

que una sombra de incertidumbre alcanzaba al principio de la revelación, el pensamiento positivo podía avanzar e infiltrarse, protegido por la sombra que se extendía". A su vez Condorcet declaraba sin ambages en su *Vida de Voltaire* refiriéndose a la Enciclopedia: "fué un sumidero en el cual los errores respetados eran traicionados por la debilidad de sus pruebas o sacudidos por la vecindad de verdades que socavaban los fundamentos". Al definir la palabra "Hecho", Diderot declara que aun los hechos que pertenecen a la teología "están igualmente sujetos a la crítica". En el artículo "Razón", afirma: que "es una facultad natural de la cual Dios ha provisto a todos los hombres para conocer la verdad", pero, como Dón divino anterior a la revelación, "la Razón es el verdadero juez competente", pues —agrega— somos hombres antes que ser cristianos". Y en el artículo "Religión" declara: "La revelación nos es dada allí donde la razón no nos proporciona más que probabilidades". Y el polígrafo de Jaucourt escribe en el artículo "Padres": "Como en materia de moral, de dogmas y sobre cualquier asunto que sea, no hay hombres ni sociedades infalibles en la tierra; como no se debe ninguna obediencia ciega a autoridad humana alguna, cualquiera que ésta sea, tanto en ciencias como en religión está permitido llevar al examen de los escritos de los Padres de la Iglesia los mismos métodos de crítica y de discusión que se emplean con todo otro autor humano". Al definirse el vocablo "Lenguaje" se admite el origen divino; pero, como muy bien dice uno de sus comentadores: "No es más que una precaución oratoria, pues la hipótesis de la formación natural está expuesta sin restricciones en numerosos artículos, y no cabe dudar que ello expresa el verdadero pensamiento de los filósofos". El abate Mallet, profesor real de teología en París, a quien se encomienda la redacción del artículo "Adán", escribe: "No puede dudarse que Dios no haya dado a Adán un espíritu amplio y esclarecido, pero esta ciencia especulativa no era incompatible con la ignorancia experimental de cosas que no se aprenden sino por la aplicación y la reflexión". Diderot amplía estos conceptos al definir la palabra "Antedilu-

viano": "Esta sabiduría de Adán —dice— no tiene nada de común con la filosofía que producen la curiosidad y la admiración, hijas de la ignorancia, que no se adquiere sino por el penoso trabajo de la reflexión y que no se perfecciona sino por el conflicto de las opiniones". El abate Pestré, en el artículo "Cábala" declara rotundamente que todo eso no es más que "la historia de devaneos de doctores judíos". En su definición de "Población", Damilaville escribe: "Es muy difícil establecer cuándo y cómo ha tenido principio el género humano. Hablando filosóficamente, y abstracción hecha por el momento de todo dogma respetable y revelado, el origen de la naturaleza está más lejos de lo que se cree".

Al dirigirse, así, a los fundamentos de la Biblia, los Enciclopedistas se dispusieron a negar "el llamado milagro judío" y la misión sobrenatural que —se sostenía— les había sido confiada por Dios. Había que demostrar, incluso, que la civilización no debía nada a los hebreos. De ahí el interés por la civilización egipcia, el considerarla como cuna, y el replanteo de viejos problemas históricos. Egipcios, griegos y romanos: hé aquí la curva de la civilización y de la cultura que ven los enciclopedistas. Ni milagro judío, ni milagro griego, ni ningún milagro.<sup>5</sup> La vida humana desenvuelta en un proceso enteramente humano. Y aunque contrariando en esto el modo de pensar de la mayoría de los filósofos, Diderot pensaba que podía haber pueblos sin ninguna religión.

Al plantear el problema de la no subordinación ciega a lo divino ni a la revelación, los enciclopedistas afirmaban, de paso, la personalidad del individuo y su sujeción a la tierra, coincidiendo con el momento en que una nueva clase social, la burguesía, grande y pequeña, comenzaba a buscar su lugar adecuado al sol en el mundo; de mayor amplitud éste, en cuanto a la pequeña burguesía, que el pequeño recinto del frontispicio alegórico, y más apetecible que la promesa de una recompensa futura. Las más fuertes críticas estaban ya planteadas. La Enciclopedia concurría al examen

5. R. HUBBERT, *ibid.*

general de todas las viejas y arraigadas convicciones de siglos precedentes y aun del mismo siglo.

Si la Enciclopedia llega a su término es porque sus principios son compartidos por grupos políticos con influencia en la corte. La Biblia constituía todavía el alimento espiritual de la familia francesa, pero no podía ser el instrumento político de las próximas jerarquías dominantes. La Iglesia, más debilitada que en los siglos precedentes, juzga con toda precisión a la Enciclopedia como el más peligroso instrumento dirigido contra su enseñanza tradicional; y aunque su milicia permanece intacta, el tiempo de la Inquisición ha pasado. Los tiempos nuevos, más que los hombres de influencia, salvarán la Enciclopedia.

No obstante ser muy cierto que la prudencia gravitó mucho en la composición de la Enciclopedia —bastante más al comienzo que al final—, jamás se propusieron sus redactores la conservación, ni de la religión, ni de su Iglesia. Considerándolas como potencias de valor histórico y práctico, que no podían, de momento, ser anuladas ni sustituidas, se hicieron ante ella las suficientes abluciones litúrgicas, en párrafos especiosos, para no despertar excesiva desconfianza o ira. Pero ninguno de los dos se engañaba. El ceremonial en el trato era sólo en consideración a las fuerzas sociales y políticas que gobernaban Francia; y así como la Enciclopedia no podía herir sin riesgo los más profundos sentimientos religiosos de la sociedad burguesa que la amparaba, tampoco la Iglesia se atrevía a librar batalla de frente a la nueva filosofía científica, que abría grandes perspectivas al saber, indispensable a la creación material, a la extensión y acopio de las riquezas; al derecho de todos a pensar y hasta a gobernarse sin tutelas eclesiásticas y teológicas, que —pensaban— bien podían desaparecer, dejando intacto al Dios en el que deseaban todavía seguir creyendo.

“Señor, —dice Diderot al dirigirse con el pensamiento a Luis XVI— si deseáis tener sacerdotes no podréis admitir filósofos, y si admitís filósofos, no podréis tener sacerdotes; pues siendo los filósofos, por su condición, amigos de la razón y promotores de la ciencia, y los sacerdotes, enemigos

de la razón y fomentadores de la ignorancia, si los primeros hacen el bien, los segundos hacen el mal".<sup>6</sup> Pero en este planteo ideológico, Diderot no estaba cegado por el odio, ni se gobernaba por él. En carta a Voltaire, del 29 de setiembre de 1762, escribía: "Lo que me agrada en mis camaradas es verlos a casi todos, menos unidos por el odio y el desprecio hacia aquella a quien habéis llamado la infame, que por el amor a la verdad, por el sentimiento del bien y por el gusto de lo verdadero, lo bueno y lo bello, especie de trinidad que vale más que la suya".<sup>7</sup>

Cuando D'Alembert, en los primeros párrafos del Discurso, anuncia que la Enciclopedia procurará establecer "la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos, las causas que han debido hacerlos surgir y los caracteres que los distinguen; en pocas palabras", remontarse "al origen y la generación de nuestras ideas" el rompimiento sin estrépito con la tradición bíblica se ha operado ya en el pensamiento de los enciclopedistas. Toda la materia contenida en los 28 ó 36 tomos, según se trate de una edición in-folio o in-cuarto, no hará más que confirmarlo. Nunca esta idea fué traicionada; sí, encubierta, encogida, retaceada y hasta reducida a polvo tenue. Mucho más al comienzo que al final. Decir que "debemos todas nuestras ideas a nuestras sensaciones" ¿no era ya anticiparlo? Pero el mismo Discurso que contenía esta aseveración, dice: "Nada es más necesario que una religión revelada... Destinada a servir de suplemento al conocimiento natural, nos muestra una parte de lo que permanecía oculto; pero se limita a lo que nos es absolutamente necesario conocer; el resto nos está vedado, y aparentemente lo estará siempre. Algunas verdades que creer, un corto número de preceptos que practicar; hé ahí a qué se reduce la religión revelada; con todo, gracias a las luces que ha dado al mundo, el pueblo mismo está más firme y más decidido a propósito de gran número de cuestiones importantes, que lo que han estado las sectas de los filósofos". Es D'Alembert el que habla.

6. *Discours d'un philosophe à un roi*. Obras, tomo IV.

7. Obras, tomo XIX.

En los últimos volúmenes de la Enciclopedia, las conclusiones científicas serán mayores y más netas.

Diderot comprende, como el que más, que la Enciclopedia, obra secular, debe penetrar socialmente en el siglo. No se trata para él, de llevar solamente su pensamiento a los grupos intelectuales, sociales y políticos a los que va materialmente dirigida: "Es preciso —dice— que la filosofía se vuelva popular, sin tardanza. Si queremos que los filósofos marchen siempre adelante, acerquemos al pueblo al punto en que se hallan los filósofos. ¿Dirán que hay obras que nunca estarán al alcance del vulgo? Si lo dicen, demostrarán únicamente de ese modo, que ignoran lo que son capaces de realizar un buen método y una larga costumbre".<sup>8</sup>

Asombra, en verdad, si se comparan situaciones, la audacia de pensamiento del siglo XVIII con relación al XX, que vivimos. Si la Biblia tuviera hoy la misma fuerza política de entonces, posiblemente Buffon —de vivir— no se hubiera atrevido hoy a ignorarla. La impávida mudez de este siglo lleno de papel impreso y de altoparlantes, entristece y alarma. Hoy, que la industria, factor dominante en la producción, la economía y la política, necesita del auxilio constante de la investigación científica, y del factor de atracción colectiva de la técnica, que le es subsidiaria, es relativamente fácil ser hombre de ciencia y hasta versado en fisión nuclear; pero entonces, el solo hecho de adoptar una actitud científica sobre problemas reservados al dominio teológico, constituía una herejía tremenda. La física cartesiana había sido querellada en nombre del dogma de la Eucaristía.

"La perfección última de una enciclopedia —dice Diderot en su parte del Discurso preliminar— es obra de los siglos. Han sido menester siglos para comenzar; serán menester otros tantos para concluir; pero estaremos satisfechos de haber contribuido a echar los fundamentos de una obra útil".

El carácter de obra útil se identifica en este caso con

8. *Obras*, tomo II.

el de obra social, pues la Enciclopedia no fué una obra intelectual; pese a que sus colaboradores sólo disponían de armas intelectuales. El tono de obra social lo impuso Diderot, y es lo que la ha librado del inevitable daño de los siglos.

Obra social quiere decir obra destinada a servir a una sociedad. ¿A qué sociedad se dirigían Diderot y D'Alembert y todos sus colaboradores? A la sociedad aristocrática y burguesa de entonces; la única que podía adquirir los gruesos y costosos volúmenes; la única que estaba o podía estar al tanto de la mayoría de los problemas filosóficos, literarios, históricos, religiosos, científicos, artísticos que trataba la Enciclopedia. Todavía, la inmensa masa del pueblo permanecía en la trastienda del saber. La revolución estaba aún lejos.

¿Fué, por lo tanto, de menor valor social porque no llegó a todos, ni se planteó el problema de todos?

Para juzgar un valor social, como para juzgar todo valor, hay siempre que ubicarse en el tiempo y en el medio en que se produce el hecho. El medio capaz de interesarse por ese entonces en una obra como la Enciclopedia, no era la masa del pueblo, analfabeta, alimentada por la tradición oral de fábulas, creencias, dichos, leyendas, espectáculos picarescos o edificantes, versículos, sermones, consejas. Aun puesta al alcance de los bolsillos de esa masa, la Enciclopedia no hubiera producido los efectos que produjo en la sociedad letrada y semi-letrada de entonces. La parte de los oficios, la más notable como novedad para la aristocracia y la gran burguesía, le era conocida al pueblo; las disquisiciones y tiradas filosóficas, históricas, científicas, etc., estaban muy por debajo de su nivel de cultura; y hubiera ocurrido lo de siempre: cuando un alimento intelectual está muy por encima de un medio, éste no lo apetece; y hasta lo rechaza.

Se ha presentado a la Enciclopedia como el caballo de Troya de la Revolución, o como su partera. Ni uno ni otro han sido su papel. Fué, sí, la puesta al día más autorizada, completa y coherente del saber humano a mediados del siglo XVIII. Tuvo su pensamiento: asegurar el legado y los beneficios de la ilustración, transmitirlo y difundirlo; afir-

mar el valor social de la cultura y clarificar su papel político. Dar y asegurar la prioridad absoluta a la ciencia sobre la religión en la interpretación de la vida del hombre, del cosmos, de la naturaleza y de la sociedad. Con todo, no llegó a formar un cuerpo de doctrina, pues no fué obra de una secta, ni de una escuela, sino de hombres de un siglo en que, lentamente, se estaban dando las premisas para lo que con todo rigor de verdad podemos llamar nuestro tiempo. Al final de la centuria, la revolución francesa revelaría el contenido, el valor y la amplitud de esas premisas y de las fuerzas nuevas que se habían ido gestando.

La enciclopedia se concibe y se realiza, no bajo el signo de la erudición y la paz de las bibliotecas, sino bajo el signo del examen y en conexión con los conflictos de la época. No es, de ninguna manera, neutral: está embanderada. Se la ataca por lo que dice y hasta se procura dispersar a sus suscriptores, atribuyéndole promesas no formuladas. Lo testimonia Diderot en las advertencias con que encabeza algunos tomos. En el tomo XI dice: "Muchos periodistas han repetido que nuestra edición contendría 99 volúmenes: nosotros hemos contraído con nuestros suscriptores el compromiso solemne y sagrado de darles gratis todos los tomos que excedan del número de 36. Se nos acusa de haber hecho supresiones. Nos debemos a la confianza de nuestros suscriptores probarles, o que las pretendidas supresiones son supuestas, o que eran necesarias". Y en el tomo XIX, volviendo sobre el mismo punto del XI, declara que es necesario imponer "silencio a la malignidad y a la envidia".

La Enciclopedia fué —se ha dicho— un balance de los conocimientos humanos, y según Goethe, "la última aparición de una serie de compilaciones que no ofrece en relación a las precedentes más que el mérito de reunir en un cuerpo único todos los resultados anteriores".<sup>9</sup> Pero tal balance o compilación, no leído hoy, envejecido y caduco en muchas partes, y hasta superado, sobre todo en su parte científica, contiene un valor educativo vigente todavía, y de trascen-

9. R. HUBERT, *ibid.*, p. 6.

dencia inmensa para su época: que el hombre se debe a su tiempo y a su medio, y que es, por lo tanto, en íntimo vínculo con ambos como debe formarse. Toda su crítica a la Biblia, hasta llegar a ser en su momento la Antibiblia, está imbuída de un profundo sentido laico. Laico no en su acepción restricta de no religioso, sino de perteneciente desde la raíz y comienzo, al mundo. La Enciclopedia, a pesar de sus circunloquios, va a la eliminación de todo dogma, al rompimiento con todo vínculo teológico, pero sin dejar al hombre en el aire, sino ubicándolo, o mejor dicho, colocándolo de nuevo conceptualmente en su medio natural y social, frente a los conflictos y actuando según ellos. Enfoca la sociedad no como un cuadro inamovible de jerarquías, sino como un proceso cambiante. Las ideas nacen con el tiempo; no existen las ideas innatas. Los hombres no son el don de un legado divino, sino fruto de un proceso temporal y natural.

“Sólo la libertad de actuar y de pensar —dice Diderot en el Discurso preliminar— es capaz de producir grandes cosas, y la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos.”

Doscientos años han transcurrido desde que se anunció la inmediata aparición de la Enciclopedia; doscientos años de conflictos profundos, guerras y revoluciones; de grandes adelantos científicos y técnicos; de extensión e intensificación del saber. El hombre sabe mucho más y puede mucho más, no obstante la pavorosa masa de iletrados y de sometidos. Pero cuando se contempla la breve y larga distancia que nos separa de entonces, y se oye aquí y allí, gemir de temor; y se oye predicar a las filosofías de la angustia que la vida no vale la pena de ser vivida, que los hombres se degradan sin remedio, que las sociedades son su sepulcro, y que sólo queda, como única realidad, el individuo sumergido en su sombra, cabe volver los ojos hacia quienes, hace doscientos años, continuando a muchos y precediendo a otros, creyeron en el hombre. La creencia en el hombre y en la sociedad de los hombres es el más alto valor educativo y social de la Enciclopedia. La creencia en el hombre y en la sociedad de los hombres es la más grande y la única razón de ser de la vida.



## Del "Discurso preliminar"

Después de las reflexiones y los propósitos generales que hemos creído debíamos poner al comienzo de esta Enciclopedia, es el momento de instruir más particularmente al público sobre la obra que le presentamos. Habiendo sido recibido con los más grandes elogios de toda Europa el *Prospecto* ya publicado con este objeto, y cuyo autor es mi colega Diderot, en su nombre voy a ponerlo aquí de nuevo ante los ojos del público, con los cambios y las adiciones que a ambos nos han parecido convenientes.

No se puede discrepar en que, desde la renovación de las letras entre nosotros, se debe en parte a los diccionarios las luces generales que se han difundido en la sociedad, y ese germen de ciencia que dispone insensiblemente los espíritus a conocimientos más profundos. La evidente utilidad de esa clase de obras las ha vuelto tan comunes, que más bien corresponde hoy justificarlas que elogiarlas. Se pretende que, multiplicando los auxilios y la facilidad de instruirse, contribuyeron ellas a atenuar el gusto del trabajo y el estudio. En cuanto a nosotros, creemos estar bien fundados al sostener que nuestra pereza y la decadencia del buen gusto deben atribuirse a la manía del "hombre culto" y al abuso de la filosofía, más bien que a la multitud de diccionarios. Esa clase de colecciones pueden servir, a lo más, para dar algunas luces a quienes no habrían tenido el valor de procurárselas sin tal socorro; pero nunca ocuparán el lugar de los libros para quienes traten de instruirse; los diccionarios, por su misma forma, sólo son adecuados para que se los consulte, y rechazan toda lectura continuada. Cuando nos enteremos de que un hombre de letras, deseando estudiar a fondo historia, ha elegido con tal objeto el Diccionario de Moreri, estaremos de acuerdo con el reproche que se les quiere hacer. Tal vez tendríamos mayor razón atribuyendo el pretendido abuso, de que algunos se lamentan, a la multiplicación de los métodos, elementos, compendios y bibliotecas, si no estuviéramos persuadidos de que nunca se han de facilitar demasiado los medios de instruirse. Se abreviarían aun más esos medios reduciendo a algunos volúmenes todo cuanto han descubierto los hombres hasta nuestros días, en las ciencias y en las artes. Tal proyecto, que incluiría también los hechos históricos realmente útiles, no sería quizá

imposible de ejecutar, por lo menos sería de desear que se lo intentara. Nosotros no pretendemos hoy sino esbozarlo. Nos desembarazaría al fin de tantos libros cuyos autores no han hecho más que copiarse unos a otros. Lo que debe tranquilizarnos contra la sátira de los diccionarios es que podría hacerseles el mismo reproche a los periodistas más estimables, con un fundamento también poco sólido. ¿No es su objeto, esencialmente, exponer en resumen la luz que nuestro siglo añade a las luces de los siglos precedentes, enseñar a pasarse sin los originales, y arrancar, por consiguiente, esas espinas que nuestros adversarios querrían que se dejaran? ¡Cuántas lecturas inútiles nos ahorraríamos mediante buenos extractos!

Hemos creído, pues, que era importante tener un diccionario que se pudiera consultar sobre todas las materias de las artes y las ciencias, y que sirviera tanto para guiar a los que se sienten capaces de trabajar por la instrucción de los demás, como para ilustrar a los que sólo se instruyen a sí mismos.

Hasta ahora nadie había concebido una obra tan grande o, por lo menos, nadie la había ejecutado. Leibniz, de todos los sabios el más capaz de sentir las dificultades de tal empresa, deseaba que se las venciera. Sin embargo había enciclopedias; y Leibniz no lo ignoraba cuando reclamaba una.

La mayoría de esas obras aparecieron antes del siglo pasado, y no fueron enteramente menospreciadas. Se estaba de acuerdo en que, si no manifestaban mucho genio, demostraban al menos trabajo y conocimientos. ¿Pero qué valen para nosotros esas enciclopedias? ¿Cuánto progreso no se ha hecho a partir de entonces en las ciencias y las artes? ¿Cuántas verdades descubiertas hoy, ni siquiera se entreveían entonces? La verdadera filosofía estaba en la cuna; la geometría del infinito no existía aún; la física experimental apenas despuntaba; no había dialéctica; las leyes de la sana crítica eran enteramente ignoradas. Los autores célebres en todos los géneros, de que hemos hablado en este Discurso, y sus ilustres discípulos o no existían o no habían escrito aún. El espíritu de investigación y de emulación no animaba a los sabios; otro espíritu menos fecundo tal vez, pero más raro, el de justeza y método no dominaba aún las diferentes partes de la literatura; y las academias, cuyos trabajos tanto han estimulado las ciencias y las artes, aún no estaban instituídas.

Si los descubrimientos de los grandes hombres y de las asociaciones de sabios de que acabamos de hablar ofrecieron después poderosos auxilios para formar un diccionario enciclopédico, es preciso declarar también que el aumento prodigioso de las materias volvió tal obra mucho más difícil, en otros aspectos. Pero no nos corresponde juzgar si los sucesores de los primeros enciclopedistas han sido audaces o presuntuosos; dejaríamos que gozaran todos de su reputación, sin exceptuar a Efraím Chambers, el más conocido de todos, si no

tuviéramos motivos particulares para pesar el mérito de éste.

La Enciclopedia de Chambers, de la cual se ha publicado en Londres gran número de ediciones sucesivas, esa Enciclopedia que acaba de ser traducida al italiano y que merece, lo testimoniamos, los honores que se le rinden en Inglaterra y en el extranjero, tal vez nunca habría sido hecha, si no hubiéramos tenido en nuestra lengua, antes que apareciera en inglés, obras en las que Chambers apuró, sin tasa y sin selección, la mayor parte de las cosas con las que compuso su Diccionario. ¿Qué habrían pensado, pues, los franceses de una traducción pura y simple de aquel diccionario? Habría provocado la indignación de los sabios y el clamor del público, al que se habrían presentado, bajo un título fastuoso y nuevo, riquezas que posee desde hace mucho tiempo.

De ninguna manera rehusamos a aquel autor la justicia que se le debe: ha advertido el valor del orden enciclopédico o de la cadena por la cual podemos descender, sin interrupción, desde los primeros principios de una ciencia o de un arte hasta sus consecuencias más lejanas, y remontarnos desde las más lejanas consecuencias hasta los primeros principios, pasar imperceptiblemente de una ciencia o arte a otra y recorrer sin extraviarnos el circuito del mundo literario. Estamos de acuerdo con Chambers en que el plan y el propósito de su Diccionario son excelentes y en que, si la ejecución hubiera sido llevada a un cierto grado de perfección, contribuiría él solo a los progresos de la verdadera ciencia más que la mitad de los libros conocidos en conjunto. Mas, a pesar de todos los beneficios que debemos a ese autor y la utilidad considerable que hemos obtenido de su trabajo, no hemos podido menos de advertir que quedaba mucho por agregar. En efecto, ¿es concebible que todo lo que concierne a las ciencias y las artes pueda ser encerrado en dos volúmenes *in folio*? La nomenclatura sola de materia tan extensa daría un volumen, si estuviera completa. ¿Cómo no ha de haber en su obra, pues, artículos omitidos o truncados?

No son conjeturas. Hemos revisado con nuestros propios ojos la traducción entera de Chambers y hemos hallado que falta una multitud prodigiosa de cosas deseables, en las ciencias; en las artes liberales, una palabra donde se necesitaban páginas; y en las artes mecánicas, todo está por completar. Chambers ha leído libros, pero ha visto poco a los artistas; sin embargo, muchas cosas sólo se aprenden en los talleres. Además, las omisiones tienen aquí un sentido diferente de las de otras obras. Un artículo omitido en un diccionario común sólo lo vuelve imperfecto. En una enciclopedia, rompe el encadenamiento y daña a la forma y al fondo; y ha sido menester todo el arte de Efraím Chambers para paliar tal defecto.

Pero, sin extendernos más acerca de la Enciclopedia inglesa, anunciamos que la obra de Chambers no es la única base sobre la cual

hemos construído; que hemos rehecho gran número de sus artículos; que no hemos empleado casi ninguno de los otros sin adición, corrección o supresión y que Chambers entra, simplemente, en el grupo de los autores que hemos consultado particularmente. Los elogios que se tributaron hace seis años al simple proyecto de traducción de la Enciclopedia inglesa habrían sido para nosotros motivo suficiente para haber recurrido a esa Enciclopedia, en la medida en que no menoscabara la bondad de nuestra obra.

La parte matemática, según nos pareció, es la que más merecía ser conservada; mas por los considerables cambios hechos, se juzgará de la necesidad que tienen, esta parte y las otras, de una exacta revisión.

El primer punto en que nos hemos apartado del autor inglés es el árbol genealógico de las ciencias y las artes que ha compuesto, y que hemos creído debíamos sustituir por otro. Esta parte de nuestro trabajo ha sido suficientemente desarrollada más arriba. Presenta a nuestros lectores el boceto de una obra que sólo puede ejecutarse en muchos volúmenes *in folio*, y que debe contener un día todos los conocimientos humanos.

Ante materia tan extensa, nadie dejará de hacer con nosotros la siguiente reflexión. La experiencia diaria nos enseña demasiado qué difícil es, a un autor, tratar profundamente la ciencia o el arte de que ha hecho el estudio particular de toda su vida. ¿Qué hombre, pues, puede ser lo bastante osado y corto de entendimiento para emprender la tarea de tratar él solo de todas las ciencias y las artes?

De ahí hemos inferido que, para sostener un peso tan grande como el que tendríamos que llevar, era necesario compartirlo; e inmediatamente dirigimos nuestra mirada hacia un número suficiente de sabios y artistas: artistas hábiles y conocidos por sus talentos; sabios ejercitados en las materias particulares que se iban a confiar a su trabajo. Hemos distribuído a cada uno la parte que le convenía; algunos ya poseían la suya antes que nos encargáramos de esta obra. El público conocerá en seguida sus nombres y no tememos que nos los reproche. Así, ocupándose cada uno en lo que entendía, ha estado en situación de juzgar sanamente de lo que han escrito los antiguos y los modernos, y de agregar, a los recursos que ha sacado de ellos, conocimientos bebidos en su propio caudal. Nadie se ha metido en terreno ajeno, ni ha escrito de lo que no ha aprendido; y hemos tenido mejor método, mayor certidumbre, extensión y detalle que los que pueden advertirse en la mayoría de los lexicógrafos. Es verdad que ese plan redujo a poca cosa el mérito del Editor; pero agregó mucho a la perfección de la obra; y siempre juzgaremos haber adquirido suficiente gloria, si el público queda satisfecho. En una palabra, cada uno de nuestros colegas hizo un diccionario de la parte

en la cual se ocupó, y nosotros pusimos juntos todos esos diccionarios en uno.

Creemos haber tenido buenas razones para seguir, en esta obra, el orden alfabético. Nos ha parecido más cómodo y más fácil para nuestros lectores que, deseando instruirse acerca del significado de una palabra, la encontrarán más fácilmente en un diccionario alfabético que en cualquier otro. Si hubiéramos tratado todas las ciencias separadamente, haciendo de cada una un diccionario particular, no sólo habría tenido lugar en esa nueva ordenación el pretendido desorden de la sucesión alfabética, sino que tal método habría estado sujeto a considerables inconvenientes, por el gran número de palabras comunes a diferentes ciencias, y habría sido menester repetirlas muchas veces o situarlas al azar. Por otra parte, si hubiéramos tratado de cada ciencia separadamente y en un discurso continuo, conforme al orden de las ideas, y no al de las palabras, la forma de esta obra habría sido aun menos cómoda para la mayoría de nuestros lectores, que no habrían encontrado nada sin dificultad; el orden enciclopédico de las ciencias y las artes habría ganado poco; y el orden enciclopédico de las palabras, o más bien de los objetos por los cuales las ciencias se comunican y se tocan, habría perdido infinitamente. Por el contrario, nada más fácil que satisfacer uno y otro en el plan que hemos seguido: el cual detallamos arriba. Por lo demás, si la cuestión hubiera sido hacer de cada ciencia y cada arte un tratado particular en la forma ordinaria, y unir solamente esos diferentes tratados bajo el título de enciclopedia, habría sido mucho más difícil reunir para esta obra un número tan grande de personas; la mayoría de nuestros colegas, sin duda, habrían preferido dar separadamente su obra, en vez de verla confundida con muchas otras. Además, siguiendo este último plan, habríamos estado obligados a renunciar casi enteramente al uso que hemos querido hacer de la Enciclopedia inglesa, impulsados tanto por la reputación de esta obra como por el antiguo *Prospecto*, aprobado por el público, y al cual deseábamos conformarnos. La traducción entera de esa Enciclopedia nos ha sido entregada por los libreros que habían emprendido la tarea de publicarla; la hemos distribuído a nuestros colegas que han preferido encargarse de reverla, corregirla, aumentarla, más bien que comenzar sin tener algunos materiales preparatorios. Es verdad que una gran parte de esos materiales les ha sido inútil, pero al menos sirvió para hacerles emprender de mejor gana el trabajo que de ellos se esperaba; trabajo al que muchos se habrían rehusado, tal vez, si hubieran previsto los desvelos que debía costarles. Por lo demás, algunos de esos sabios, en posesión de su parte mucho tiempo antes que nosotros fuéramos editores, la tenían ya muy adelantada según el antiguo proyecto del orden alfabético; por consiguiente, nos habría sido imposible cambiar ese proyecto, aunque hubiéramos estado menos dis-

puestos a aprobarlo. Sabíamos, en fin, o al menos estábamos en situación de creer, que no se había hecho al autor inglés, nuestro modelo, objeción alguna sobre el orden alfabético al cual se había sujetado. Todo se unía, pues, para obligarnos a componer esta obra conforme a un plan que habríamos seguido por elección, si hubiéramos sido dueños de elegir.

La única operación de nuestro trabajo que supone alguna inteligencia, consiste en llenar los vacíos que separan dos ciencias o dos artes, y atar de nuevo la cadena en las ocasiones en que nuestros colegas, en ciertos artículos que parecían pertenecer igualmente a muchos, por descansar los unos sobre los otros, dejaron enteramente de escribirlos. Pero a fin de que la persona encargada de una parte no sea responsable de las faltas que puedan deslizarse en los trozos agregados, hemos tenido el cuidado de distinguir esos trozos con un asterisco. Mantendremos exactamente la palabra dada: el trabajo ajeno será sagrado para nosotros y no dejaremos de consultar al autor, si sucede, en el curso de la edición, que su obra nos parezca demandar algún cambio considerable.

Las diferentes manos que hemos empleado han puesto en cada artículo el sello de su estilo personal, así como el estilo propio de la materia y el objeto de esa parte. Un procedimiento químico no tendrá el mismo tono que la descripción de las termas y los teatros antiguos; ni la maniobra de un cerrajero será expuesta como las inquisiciones de un teólogo sobre un punto de dogma o de disciplina. Cada cosa tiene su colorido, y sería confundir los géneros reducirlos a cierta uniformidad. La pureza de estilo, la claridad y la precisión son las únicas cualidades que pueden ser comunes a todos los artículos, y esperamos que se las notará en todos. Permitirse más sería exponernos a la monotonía y el disgusto que son casi inseparables de las obras extensas y que la extrema variedad de las materias debe impedir en ésta.

Hemos dicho bastante para instruir al público acerca de la naturaleza de una empresa en la que ha parecido interesarse; de las ventajas generales que resultarán de ella si está bien ejecutada; del resultado bueno o malo de los que la intentaron antes que nosotros; de la extensión de su objeto; del orden al que nos hemos sometido; de la distribución que se ha hecho de cada parte y de nuestra función de editores. Vamos a pasar ahora a los principales detalles de la ejecución.

Toda la materia de la *Enciclopedia* puede reducirse a tres capítulos: las ciencias, las artes liberales y las artes mecánicas. Comenzaremos por lo que concierne a las ciencias y las artes liberales y terminaremos por las artes mecánicas.

Mucho se ha escrito sobre las ciencias. Los tratados sobre las artes liberales se han multiplicado infinitamente: la república de las

letras está inundada de ellos. Pero ¡qué pocos dan los verdaderos principios! ¡Cuántos los sofocan en una afluencia de palabras, o los pierden en medio de afectadas tinieblas! ¡Cuántos hay de imponente autoridad, en los cuales un error, situado junto a una verdad, o la desacredita o se acredita a sí mismo a favor de tal vecindad. Sin duda habría sido preferible escribir menos y escribir mejor.

De todos los escritores se ha dado la preferencia a los generalmente reconocidos como los mejores. Los principios se han sacado de ahí. A su exposición clara y precisa se han añadido ejemplos o autoridades constantemente aceptadas. La práctica común es remitir a las fuentes o citar de una manera vaga, a menudo infiel, y casi siempre confusa; de suerte que en las diferentes partes de que se compone un artículo, no se sabe exactamente qué autor debe ser consultado a propósito de tal o cual punto, o si hay que consultarlos a todos, lo que vuelve larga y dificultosa la verificación. Nos hemos aplicado a evitar este inconveniente, en la medida de lo posible, citando en el cuerpo mismo de los artículos a los autores en cuyo testimonio nos hemos apoyado; transcribiendo su propio texto cuando es necesario; comparando siempre las opiniones; sopesando las razones; proponiendo medios de dudar o de salir de dudas; aun decidiendo algunas veces; destruyendo los errores y los prejuicios en la medida de nuestras posibilidades; y tratando, sobre todo, de no multiplicarlos y perpetuarlos, al proteger sin examen criterios rechazados o al proscribir sin razón opiniones aceptadas. No temimos extendernos cuando lo demandaban el interés de la verdad y la importancia de la materia, sacrificando el agrado siempre que no podía acordarse con la instrucción.

Haremos aquí una advertencia importante sobre las definiciones. En los artículos generales de las ciencias nos hemos conformado al uso constantemente aceptado en los diccionarios y en las demás obras, que quiere que se comience por dar la definición, al tratar de una ciencia. La hemos dado nosotros también, la más simple y la más corta que nos ha sido posible. Pero no debe creerse que la definición de una ciencia, sobre todo de una ciencia abstracta, pueda dar una idea de ella a los que no están, por lo menos, iniciados. En efecto, ¿qué es una ciencia sino un sistema de reglas o de hechos relativos a un cierto objeto?; ¿y cómo puede darse la idea de ese sistema a alguien que sea absolutamente ignorante de lo que el sistema encierra? Cuando se dice de la aritmética que es la ciencia de las propiedades de los números, ¿la hacemos conocer, a quien no la sabe, mejor de lo que haríamos conocer la piedra filosofal diciendo que es el secreto de hacer oro? La definición de una ciencia consiste propiamente en la exposición detallada de las cosas en que esa ciencia se ocupa, como la definición de un cuerpo es la descripción detallada de ese mismo cuerpo. Nos parece, según ese principio, que lo que se llama defi-

nición de cada ciencia estaría mejor colocado al final que al comienzo del libro que trata de ella; sería entonces el resultado, extremadamente reducido, de todas las nociones que se habrían adquirido. Por lo demás, ¿qué contienen esas definiciones, en su mayoría, sino expresiones vagas y abstractas cuya noción es a menudo más difícil de fijar que la noción de la ciencia misma? Tales son las palabras *ciencia*, *número* y *propiedad* en la citada definición de la aritmética. Los términos generales son necesarios, sin duda, y hemos visto en este Discurso cuál es su utilidad; pero podríamos definirlos como un forzado abuso de signos, y la mayoría de las definiciones como un abuso, a veces voluntario, a veces forzoso, de términos generales. Por lo demás, lo repetimos, en este punto nos hemos conformado al uso, porque no nos corresponde cambiarlo y porque la forma misma de este diccionario nos lo impedía. Pero aun tratando con miramientos los prejuicios, de ningún modo hemos tenido miedo de exponer ideas que creemos sanas.

Continuemos informando acerca de nuestra obra.

El imperio de las ciencias y las artes es un mundo alejado del vulgar, donde todos los días se hacen descubrimientos, pero de los cuales se obtienen muchos relatos fabulosos. Era importante determinar los verdaderos y prevenir acerca de los falsos; fijar puntos de partida y facilitar así la búsqueda de lo que resta encontrar. No se citan hechos, no se comparan experiencias, no se imaginan métodos sino para incitar al genio a abrirse rutas ignoradas y a avanzar hacia descubrimientos nuevos, considerando como primer paso aquel con que han terminado su carrera los grandes hombres.

También nos hemos propuesto la finalidad de aliar a los principios de las ciencias y las artes liberales la historia de su origen y de sus progresos sucesivos; y si la hemos alcanzado, los hombres cultos no se ocuparán ya en buscar qué se sabía antes de ellos. Será fácil distinguir, en las producciones venideras sobre las ciencias y las artes liberales, lo que los inventores han sacado de su propio caudal de lo que han tomado de sus predecesores; se apreciarán los trabajos; y esos hombres ávidos de reputación y desprovistos de genio, que publican osadamente viejos sistemas como si fueran ideas nuevas, pronto serán desenmascarados. Pero, para lograr estos beneficios fué menester dar a cada materia una extensión conveniente, insistir sobre lo esencial, descuidar las minucias, y evitar un defecto bastante común: el de insistir en un asunto que sólo demanda una palabra, probar lo que no se discute y comentar lo que está claro. No hemos ahorrado ni prodigado las aclaraciones. Se juzgará que eran necesarias donde se han puesto y que habrían sido superfluas donde no se las halle. También nos hemos cuidado mucho de acumular pruebas donde creíamos que bastaba un solo razonamiento sólido, y únicamente las hemos multiplicado en las ocasiones en que la fuerza del

razonamiento dependía del número y el acuerdo de las pruebas.

Los artículos concernientes a los elementos de las ciencias han sido trabajados con todo el esmero posible: son, en efecto, la base y el fundamento de los demás. Por tal razón, los elementos de una ciencia sólo pueden ser bien expuestos por aquellos que han avanzado mucho más allá; pues encierran el sistema de los principios generales que se extienden a las diferentes partes de la ciencia; y para conocer la manera más favorable de presentar esos principios, es menester haber hecho una aplicación muy extensa y variada de ellos.

Hé ahí todas las precauciones que debíamos tomar. Hé aquí las riquezas con que podíamos contar. Pero nos llegaron inopinadamente otras que nuestra empresa debe a la buena fortuna: en primer lugar, manuscritos que nos han sido comunicados por aficionados, o proporcionados por sabios, entre los cuales nombraremos aquí a FORMEY, secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias y Literatura de Prusia. Este ilustre académico había meditado acerca de un diccionario parecido al nuestro; y, generosamente, nos ha sacrificado la parte considerable que había ejecutado, de la cual no dejaremos de rendirle honras; además debemos agregar las investigaciones y observaciones que cada artista o sabio encargado de una parte de nuestro diccionario guardaba en su gabinete, y que ha tenido a bien publicar por este camino. De este número serán casi todos los artículos de gramática general y particular. Creemos poder asegurar que ninguna obra conocida será tan útil ni tan instructiva como la nuestra en reglas y usos de la lengua francesa, y aun sobre la naturaleza, el origen, y la filosofía del lenguaje en general. Haremos partícipe al público, tanto en ciencias como en artes liberales, de muchos caudales literarios, de los cuales nunca, tal vez, habría tenido conocimiento.

Pero no contribuirá menos a la perfección de esas dos importantes ramas, la solícita ayuda que hemos recibido de todas partes: protección de los grandes, buena acogida y consejo de muchos sabios; bibliotecas públicas, gabinetes particulares, colecciones, portafolios, etc., todo nos ha sido abierto, tanto por los que cultivan las letras como por los que les tienen amor. Un poco de habilidad y muchos gastos han procurado lo que no se pudo obtener de la mera benevolencia; y las recompensas casi siempre apaciguaron las inquietudes reales o las alarmas simuladas de aquellos a quienes debíamos consultar.

Somos principalmente sensibles a la gratitud que debemos al abate SALLIER, Conservador de la Biblioteca Real. Con la cortesía que le es propia, y que aumentaba todavía su gusto de favorecer una importante empresa, nos ha permitido elegir, en el rico fondo de que es depositario, todo cuanto podía esparcir luz o agrado en nuestra

*Enciclopedia.* Se justifica, podríamos decir que se honra la elección del Príncipe, cuando se sabe cumplir así sus intenciones. Las ciencias y las bellas artes, en efecto, nunca cooperarán demasiado para ilustrar con sus producciones el reinado del soberano que las protege. En cuanto a nosotros, espectadores e historiadores de sus progresos, sólo nos ocuparemos en transmitir las a la posteridad. Diga la posteridad, al abrir nuestro diccionario: tal era entonces el estado de las ciencias y las bellas artes. Añada la posteridad sus propios descubrimientos a los que nosotros hemos registrado y avance la historia del espíritu humano y de sus producciones de edad en edad hasta los siglos más lejanos. Llegue a ser la Enciclopedia un santuario donde los conocimientos de los hombres estén al abrigo de los tiempos y las revoluciones. ¿No nos atribuiremos méritos excesivos por haber echado los cimientos? ¿Cuál no habría sido la ventaja de nuestros padres y de nosotros mismos, si los trabajos de los pueblos antiguos, egipcios, caldeos, griegos, romanos, etc. nos hubieran sido transmitidos en una obra enciclopédica, en que al mismo tiempo estuvieran expuestos los verdaderos principios de sus lenguas? Hagamos, pues, para los siglos venideros lo que lamentamos que no hayan hecho para nosotros los siglos pasados. Nos atrevemos a decir que, si los antiguos hubieran compuesto una enciclopedia, como han ejecutado tantas grandes empresas, y se hubiera salvado ese único manuscrito de la famosa biblioteca de Alejandría, ese único manuscrito habría sido capaz de consolarnos de la pérdida de los demás.

Ya está dicho cuanto teníamos que exponer al público sobre las ciencias y las bellas artes. La parte de las artes mecánicas no demandó ni menos detalles ni menos cuidados. Nunca tal vez se encontraron tantas dificultades juntas y, para vencerlas, tan pocos auxilios en los libros. Se ha escrito demasiado sobre las ciencias; de bueno no se ha escrito lo suficiente sobre la mayoría de las artes liberales; casi nada se ha escrito sobre las artes mecánicas; porque, lo poco que encontramos en algunos autores ¿qué es comparado con la extensión y la fecundidad del tema? Entre los que se han ocupado en el asunto, uno no estaba bastante instruido de lo que tenía que decir y ha tratado menos su materia que mostrado la necesidad de una obra mejor. Otro sólo ha tocado superficialmente el tema, tratándolo más bien como gramático y literato que como artesano. Un tercero es, en verdad, más informado y más del oficio, pero al mismo tiempo es tan breve, que las operaciones de los artistas y la descripción de las máquinas, materia ella sola capaz de suministrar obras considerables, sólo ocupan una parte muy pequeña de la suya. Chambers casi no agregó nada a lo que tradujo de nuestros autores. Todo nos determinó, pues, a recurrir a operarios.

Nos dirigimos a los más hábiles de París y del reino; nos tomamos el trabajo de ir a sus talleres; interrogarlos; escribir a su

dictado; desarrollar sus pensamientos; obtener los términos propios de sus profesiones, disponerlos metódicamente, definirlos; conversar con aquellos de quienes habíamos obtenido relaciones escritas; y (precaución casi indispensable) rectificar en largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, oscura y, a veces, inexactamente. Hay artistas que son, a un tiempo, hombres de letras, y podríamos citarlos aquí; pero su número sería muy corto. La mayoría de los que ejercen las artes mecánicas las han abrazado por necesidad y operan por instinto. Entre mil, apenas encontramos una docena en situación de expresarse con claridad acerca de los instrumentos que emplean, y las obras que fabrican. Hemos visto obreros que trabajan hace cuarenta años sin conocer nada de sus máquinas. Ha sido preciso ejercitar con ellos la función de que se gloriaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer alumbrar a los espíritus: *obstetrix animorum*.

Pero hay oficios tan singulares y obras manuales tan delicadas que, a menos de trabajar uno mismo, mover una máquina con las propias manos, y ver cómo se forma la obra ante los propios ojos, es difícil hablar de eso con precisión. Fué menester, pues, muchas veces procurarse las máquinas, construirlas, poner manos a la obra; hacerse aprendiz, por decirlo así, y realizar uno mismo malas obras para enseñar a los otros cómo se hacen las buenas.

Así nos hemos convencido de la ignorancia en que estamos sobre la mayoría de los objetos de la vida, y de la dificultad de salir de esta ignorancia. De esta manera nos hemos puesto en situación de demostrar que el hombre de letras que más estudia su lengua no conoce la vigésima parte de las palabras; que aunque cada arte tiene su lenguaje, éste es aún muy imperfecto; que los operarios se entienden por la costumbre de conversar unos con otros y mucho más por el retorno de las circunstancias que por el uso de los términos. En un taller habla el momento, no el artista.

Hé aquí el método que se ha seguido para cada arte. Se ha tratado:

1º De la materia, de los lugares donde se encuentra, de la manera como se la prepara, de sus buenas y malas cualidades, de sus diferentes especies, de las operaciones por las que debe pasar, sea antes de emplearla, sea al trabajarla.

2º De las principales obras que se hacen con ella y de la manera de hacerlas.

3º Se ha dado el nombre, la descripción y la forma de los instrumentos y las máquinas, por piezas separadas y con las piezas reunidas; el corte de los moldes y otros instrumentos cuyo interior, perfiles, etc. es del caso conocer.

4º Se ha explicado y representado la mano de obra y las principales operaciones en una o muchas láminas donde a veces se ven las

manos del artista, a veces al artista en acción, trabajando en la obra más importante de su arte.

5º Se han recogido y definido lo más exactamente posible los términos propios del arte.

Pero el poco hábito que tenemos de escribir y leer escritos sobre las artes vuelve las cosas difíciles de explicar de una manera inteligible. De ahí surge la necesidad de figuras. Se podría demostrar con mil ejemplos que un diccionario de definiciones puro y simple, por mejor hecho que esté, no puede suprimir las figuras, sin caer en definiciones obscuras o vagas. Con mayor razón, pues, era necesario a nuestra obra tal socorro. Un vistazo al objeto o a su representación dice más que una página de explicación.

Hemos enviado dibujantes a los talleres. Trazaron el bosquejo de las máquinas y los instrumentos. Nada se ha omitido de cuanto podía mostrarlos distintamente a los ojos. Cuando una máquina merecía ser descripta en detalle, por la importancia de su uso y por la multitud de sus partes, se ha pasado de lo simple a lo compuesto. Se ha comenzado por reunir en una primera figura tantos elementos como se pueden percibir sin confusión. En una segunda figura se ven los mismos elementos con algunos otros. De este modo se ha formado sucesivamente la máquina más complicada, sin ningún estorbo ni para el espíritu ni para los ojos. Es menester a veces remontarse del conocimiento de la obra al de la máquina y, otras veces, descender del conocimiento de la máquina al de la obra. Se encontrarán en el artículo *Arte* algunas reflexiones sobre las ventajas de esos métodos y sobre las ocasiones en que conviene preferir uno u otro.

Hay nociones que son comunes a casi todos los hombres, que las tienen en el espíritu con mayor claridad que la que pueden recibir del discurso. Hay también objetos tan familiares, que sería ridículo trazar sus figuras. Las artes ofrecen otros objetos tan complejos, que se los representaría inútilmente. En los dos primeros casos, hemos supuesto que el lector no estaba enteramente desprovisto de buen sentido y de experiencia; y en el último, remitimos al objeto mismo. Hay en todo un justo medio y nos hemos esforzado para que no falte aquí. Una sola de las artes, de la cual se quisiera representarlo y decirlo todo, suministraría volúmenes de disertaciones y láminas. No terminaríamos más si nos propusiéramos dar, en figuras, todos los estados por que pasa un trozo de hierro antes de transformarse en aguja: siga el discurso, en buena hora, el procedimiento del artista hasta el último detalle; en cuanto a las figuras, las hemos limitado a los movimientos importantes del operario y a los momentos de la operación que son muy fáciles de pintar y muy difíciles de explicar. Nos hemos atenido a las circunstancias esenciales cuya representación, cuando está bien hecha, entraña necesariamente el conocimiento de las que no se ven. No hemos querido parecernos a

quien hiciera fijar guías a cada paso de la ruta, por temor de que se pierdan los viajeros; basta con que las haya en los lugares donde estarían expuestos a extraviarse.

Por lo demás, la mano de obra hace al artista; de ningún modo puede aprenderse en los libros a trabajar con las manos. El artista sólo encontrará en nuestra obra maneras de ver que él, quizá, no habría tenido nunca y observaciones que no habría hecho sino después de muchos años de trabajo. Ofreceremos al lector estudioso, para satisfacer su curiosidad, lo que habría aprendido de un artista viéndolo operar, y al artista lo que sería de desear que él aprendiera del filósofo, para avanzar hacia la perfección.

Hemos distribuído las figuras y las láminas en las ciencias y las artes liberales según el mismo espíritu y la misma economía que en las artes mecánicas. Sin embargo, no hemos podido reducir el número de unas y otras a menos de seiscientas. Los dos volúmenes que formarán no serán la parte menos interesante de la obra, por el cuidado que tendremos de colocar, en el reverso de una lámina, la explicación de la que esté enfrente, con remisiones a los lugares del diccionario con los que se relaciona cada figura. Abre un lector un volumen de láminas; ve una máquina que pica su curiosidad; es, si se quiere, un molino de polvo, de papel, de seda, de azúcar, etc.; leerá enfrente: figura 50, 51 ó 60, etc., molino de polvo, molino de azúcar, molino de papel, molino de seda, etc. y encontrará en seguida una explicación sucinta de esas máquinas con remisiones a los artículos polvo, papel, azúcar, seda, etc.

El grabado reproducirá a la perfección los dibujos, y esperamos que las láminas de nuestra *Enciclopedia* superen en belleza las del diccionario inglés, en la medida en que las superan en número. Chambers tiene treinta láminas; el antiguo proyecto prometía ciento veinte y nosotros daremos seiscientas, por lo menos. No es sorprendente que el camino se haya prolongado al andarlo: es inmenso y no nos jactamos de haberlo recorrido todo.

A pesar de los socorros y los trabajos de que acabamos de informar, declaramos sin dificultad, en nombre de nuestros colegas y en el nuestro, que siempre se nos encontrará dispuestos a convenir en nuestra insuficiencia y a aprovechar de las luces que nos sean proporcionadas. Las recibimos con reconocimiento y nos conformaremos a ellas con docilidad, tan persuadidos estamos de que la perfección última de una enciclopedia es obra de los siglos. Han sido menester siglos para comenzar; serán menester otros tantos para concluir: pero estamos satisfechos de haber contribuído a echar los fundamentos de una obra útil.

Tendremos siempre la satisfacción interior de no haber ahorrado nada para alcanzar el éxito; aportaremos una prueba: hay partes de las ciencias y las artes rehechas hasta tres veces. No podemos dejar

de decir, en honor de los libreros asociados, que nunca han rehusado prestarse a lo que podía contribuir a perfeccionar la obra. Es preciso esperar que la conjunción de tan grande número de circunstancias, tales como las luces de los que han trabajado en la obra, los auxilios de las personas que se han interesado en ella y la emulación de los Editores y los Libreros, producirá un buen resultado.

De todo lo que precede se sigue que, en la obra que anunciamos, se ha tratado de las ciencias y las artes de una manera que no supone ningún conocimiento preliminar; se expone lo que importa saber de cada materia; los artículos se explican los unos por los otros y, por consiguiente, la dificultad de la nomenclatura no estorba en ninguna parte. De donde inferimos que esta obra podrá, al menos algún día, ocupar el lugar de biblioteca de todos los géneros que interesan a un hombre que vive en una sociedad distinguida, y de todos los temas, excepto el suyo, para el sabio de profesión; desarrollará los verdaderos principios de las cosas; señalará sus relaciones; contribuirá a la certidumbre y a los progresos de los conocimientos humanos; y, multiplicando el número de los sabios verdaderos, de los artistas distinguidos y de los aficionados esclarecidos, repartirá nuevos beneficios en la sociedad.

Sólo nos resta nombrar a los sabios a quienes el público debe esta obra tanto como a nosotros. Seguiremos al nombrarlos, tanto como nos sea posible, el orden enciclopédico de las materias de que se han encargado. Hemos tomado este partido para que de ningún modo parezca que tratamos de asignar alguna distinción de rango ni de mérito entre ellos. Los artículos de cada uno serán designados en el cuerpo de la obra mediante letras particulares, cuya lista se hallará inmediatamente después de este Discurso.

Debemos la *historia natural* a DAUBENTON, doctor en medicina, de la Real Academia de Ciencias, Conservador y enseñante del Gabinete de Historia Natural, colección inmensa, reunida con mucha inteligencia y cuidado, y que en manos tan hábiles no puede dejar de ser llevada al más alto grado de perfección. Daubenton es el digno colega de Buffon en la gran obra sobre la historia natural cuyos tres primeros volúmenes ya publicados han tenido sucesivamente tres ediciones rápidas, cuya continuación espera el público con impaciencia. Se ha publicado en el *Mercurio* de marzo de 1751 el artículo *Abeja*, que Daubenton ha escrito para la *Enciclopedia*; y el éxito general de este artículo nos ha comprometido a insertar en el segundo volumen del *Mercurio* de junio de 1751 el artículo *Ágata*. Se ha visto por este último que Daubenton enriquece la *Enciclopedia* con observaciones y puntos de vista nuevos e importantes en la parte que se le ha encargado, así como se advirtió en el artículo *Abeja* la precisión y claridad con que sabe presentar lo ya conocido.

La *teología* es de MALLET, doctor en teología de la Facultad de

París, de la Casa y Sociedad de Navarra y profesor real de teología en París. A su saber y mérito, sin solicitud alguna de su parte, debe su nombramiento en la cátedra que ocupa, lo cual no es elogio pequeño en el siglo en que vivimos. El abate Mallet es también el autor de todos los artículos de *historia antigua y moderna*, materia en la que es muy versado, como se verá pronto por la obra importante y curiosa que prepara en esa materia. Por lo demás, se observará que los artículos de *historia* de nuestra *Enciclopedia* no se extienden mucho en los nombres de reyes, sabios y pueblos que son el objeto particular del Diccionario de Moreri, y que casi habrían doblado el nuestro. Finalmente, debemos también al abate Mallet todos los artículos concernientes a la *poesía*, la *elocuencia*, y en general la *literatura*. Ha publicado ya en esta materia obras útiles y llenas de juiciosas reflexiones. Una es su *Ensayo sobre el estudio de las bellas letras* y la otra sus *Principios para la lectura de los poetas*. Por el detalle en que acabamos de entrar se ve qué útil ha sido el abate Mallet a esta gran obra, por la variedad de sus conocimientos y talentos, y cuántas deudas de gratitud tiene contraídas con él la *Enciclopedia*: nunca se las encarecerá demasiado.

La *gramática* es de DU MARSAIS, a quien basta nombrar.

La *metafísica*, la *lógica* y la *moral* son del abate YVON, metafísico profundo, y lo que es más raro aun, de extremada claridad. Podemos juzgarlo por los artículos de este primer volumen que le pertenecen; el abate PESTRÉ, digno de secundar al abate Yvon, por su saber y su mérito, lo ha ayudado en muchos artículos de moral. Aprovechamos la ocasión para advertir que el abate Yvon prepara, conjuntamente con el abate De Prades, una obra sobre la religión, tanto más interesante cuanto que será hecha por dos hombres cultos y por dos filósofos.

La *jurisprudencia* es de TOUSSAINT, abogado de la Corte Soberana de Justicia y miembro de la Real Academia de Ciencias y Bellas Letras de Prusia; título que debe a la extensión de sus conocimientos y a su talento de escritor, que le ha ganado renombre en literatura.

El *blasón* es de EIDOUS, ex ingeniero de los ejércitos de su Majestad Católica, y a quien es deudora la república de las letras de la traducción de muchas excelentes obras de diferentes materias.

La *aritmética* y la *geometría elemental* han sido revisadas por el abate DE LA CHAPPELLE, censor real y miembro de la Real Sociedad de Londres. Sus *Instituciones de geometría* y su *Tratado de las secciones cónicas* han justificado, con su éxito, la aprobación que la Academia de Ciencias había dado a esas dos obras.

Los artículos de *fortificación*, de *táctica* y, en general, de *arte militar* son de LE BLOND, profesor de matemáticas de los pajes de la gran cuadra real, muy conocido del público por muchas obras justamente estimadas, entre otras, los *Elementos de fortificación*, reim-

presos varias veces; el *Ensayo sobre la castrametación*; los *Elementos de la guerra de sitio*; y la *Aritmética y geometría del oficial*, que la Academia de Ciencias ha aprobado con elogio.

La *talla de piedras* es de GOUSSIER, muy versado en todas las partes de las matemáticas y la física, y muy inteligente; esta obra tiene contraída con él muchas otras obligaciones, como se verá más abajo.

La *jardinería* y la *hidráulica* son de D'ARGENVILLE, consejero del Rey en los Consejos Reales, Ministro ordinario en su Cámara de Cuentas de París, miembro de las reales Sociedades de Ciencias de Londres y Montpellier, y de la Academia de los Arcades de Roma. Es autor de una obra intitulada *Teoría y práctica de la jardinería*, con un *Tratado de hidráulica* cuyo mérito y reconocida utilidad prueban cuatro ediciones hechas en París y dos traducciones, una al inglés y otra al alemán. Como en esa obra sólo considera los jardines y la hidráulica relacionada con ellos, en la *Enciclopedia* ha generalizado las dos materias, hablando de todos los huertos, incluso frutales, de hortalizas y legumbres; se encontrarán un método nuevo de cortar los árboles y nuevas figuras de su invención. También ha ampliado la parte de la hidráulica, hablando de las máquinas más bellas de Europa para elevar las aguas, así como de las esclusas y otros bastimentos que se construyen en el agua. D'Argenville es muy bien conocido del público por muchas obras de diferentes géneros, entre otras su *Historia natural aclarada en dos de sus principales partes, la litología y la conchiliología*. El éxito de la primera parte de esta historia ha comprometido al autor a publicar dentro de poco la segunda, que tratará de los minerales.

La *marina* es de BELLIN, censor real e ingeniero ordinario de Marina; a cuyos trabajos se deben muchos mapas que sabios y navegantes han acogido con solicitud. Se verá por nuestras láminas de marina que esa parte le es bien conocida.

La *relojería* y la *descripción de instrumentos astronómicos* son de J. B. LE ROY, que es uno de los hijos del célebre Julian le Roy, y que une a las enseñanzas que recibió en esta materia de un padre tan estimado en toda Europa, muchos conocimientos de matemáticas, y de física, y un espíritu cultivado por el estudio de las bellas letras.

La *anatomía* y la *fisiología* son de TARIN, doctor en medicina, cuyas obras en esta materia son conocidas y aprobadas de los sabios.

La *medicina*, la *materia médica* y la *farmacia* son de VANDENESSE, profesor de la Facultad de Medicina de París, muy versado en la teoría y en la práctica de su arte.

La *cirugía* es de LOUIS, cirujano graduado, enseñante real en el Colegio de San Cosme y Consejero encargado de los informes de la Real Academia de Cirugía. Louis, muy estimado ya, pese a su juventud, por los más hábiles colegas, ha sido encargado de la parte quirúr-

gica de este diccionario por elección del señor de la Peyronie, a quien tanto debe la cirugía, y que ha merecido bien de la cirugía y de la *Enciclopedia* procurándole el concurso de Louis a una y otra.

La *química* es de MALOUIN, profesor de la Facultad de Medicina de París, censor real y miembro de la Real Academia de Ciencias; autor de un *Tratado de química* que ha tenido dos ediciones, y de una *Química médica* que los franceses y los extranjeros han aprobado totalmente.

La *pintura*, la *escultura*, el *grabado* son de LANDOIS, que une mucho ingenio y talento de escritor al conocimiento de estas bellas artes.

La *arquitectura* es de BLONDEL, célebre arquitecto, no sólo por muchas obras que ha ejecutado en París y por otras cuyos planos ha trazado, y que han sido realizadas para diferentes soberanos, sino también por su *Tratado de la decoración de los edificios*, cuyas láminas, muy estimadas, ha grabado él mismo. Se le debe también la última edición de DAVILER y tres volúmenes de *Arquitectura francesa* con seiscientas láminas; esos tres volúmenes serán seguidos de otros cinco. El amor del bien público y el deseo de contribuir al desarrollo de las artes en Francia lo movieron a establecer, en 1744, una escuela de arquitectura, que en poco tiempo llegó a ser muy frecuentada. Blondel, aparte de la arquitectura que él enseña a sus alumnos, hace explicar en su escuela, por hombres capaces, las partes de las matemáticas, de la fortificación, de la perspectiva, de la talla de piedras, de la pintura, de la escultura, etc., relativas al arte de la construcción. No se podía, pues, desde todos los puntos de mira, hacer una elección mejor para la *Enciclopedia*.

ROUSSEAU de Ginebra, de quien ya hemos hablado, y que posee, como filósofo y hombre de ingenio, la teoría y la práctica de la *música*, nos ha dado los artículos concernientes a esta ciencia. Hace algunos años publicó una obra intitulada *Disertación sobre la música moderna*. Hay allí una nueva notación de la música, la cual tal vez hubiera sido acogida, de no haber existido una notación más antigua generalmente aceptada.

Además de los sabios que acabamos de nombrar, hay otros que nos han proporcionado, para la *Enciclopedia*, artículos enteros y muy importantes, por lo cual no omitiremos honrarlos.

LE MONNIER, de las reales Academias de Ciencias de París y de Berlín y de la Real Sociedad de Londres y médico ordinario de S. M. en Saint-Germain-en-Laye, nos ha dado los artículos referentes al *imán* y la *electricidad*, dos materias importantes que ha estudiado con mucho éxito y acerca de las cuales ha pronunciado excelentes disertaciones en la Academia de Ciencias de que es miembro. Hemos advertido en este volumen que los artículos *Imán* y *Aguja imantada* son enteramente suyos, y haremos otro tanto con respecto a los que le pertenezcan, en los otros volúmenes.

DE CAHUSAC, de la Academia de Bellas Letras de Montauban, autor de *Zencida*, que el público ve y aplaude tan a menudo en la escena francesa, de *Fiestas de Amor y de Himeneo* y de muchas otras obras que han tenido mucho éxito en el teatro lírico, nos ha dado los artículos *Ballet*, *Danza*, *Ópera*, *Decoración*, y muchos otros menos importantes que se refieren a esos cuatro principales; tendremos cuidado de señalar cada uno de los que le debemos. Se hallará en el segundo volumen el artículo *Ballet*, lleno de investigaciones curiosas y observaciones importantes; esperamos que se verá, en todos, el estudio profundo y razonado que ha hecho del teatro lírico.

Yo hice o revisé todos los artículos de *matemática* y de *física* que no pertenecen a los apartados de que hablé más arriba; completé algunos artículos de las otras partes, pero en muy corto número. En los artículos de matemática trascendente, me apliqué a dar el espíritu general de los métodos; a indicar las mejores obras donde pueden hallarse los detalles más importantes de cada objeto que, por su naturaleza, no entraban en esta *Enciclopedia*; a aclarar lo que me pareció no había sido aclarado suficientemente o no lo había sido de manera alguna; a dar, finalmente, tanto como me fué posible, en cada materia, principios metafísicos exactos, es decir, simples. En este volumen puede verse un ensayo en los artículos *Acción*, *Aplicación*, *Aritmética universal*, etc.

Pero este trabajo, por más considerable que sea, lo es mucho menos que el de mi colega DIDEROT. Él es el autor de la parte más extensa de esta *Enciclopedia*, la más importante, la más deseada por el público y, me atrevo a decirlo, la más difícil de cumplir: la descripción de las artes. Diderot la ha hecho sobre los informes que le han sido suministrados por obreros o por aficionados, cuyos nombres se leerán en seguida, o sobre los conocimientos que él mismo obtuvo entre los obreros, o, finalmente, sobre los telares que él se ha tomado el trabajo de ver y de los que a veces hizo construir modelos para estudiarlos con mayor comodidad. A este pormenor, que es inmenso, y al cual se dedicó con mucho cuidado, añadió otro, que no lo es menos, supliendo, en las diferentes partes de la *Enciclopedia*, un número prodigioso de artículos que faltaban. Se entregó a ese trabajo con un desinterés que honra a las letras, y con un celo digno del reconocimiento de todos aquellos que les tienen amor o que las cultivan y, en particular, de las personas que han colaborado en la tarea de la *Enciclopedia*. Se verá por este volumen qué considerable es el número de artículos que le debe la *Enciclopedia*. Entre esos artículos hay algunos muy extensos, como *Acero*, *Aguja*, *Pizarra*, *Anatomía*, *Animal*, *Agricultura*, etc. El notable éxito del artículo *Arte*, que publicó separadamente hace algunos meses, lo animó a dar a los otros todos sus cuidados; y creo poder asegurar que son dignos de ser comparados con aquél, aunque de temas diferentes. Es inútil replicar aquí a la crí-

tica injusta de alguna gente del gran mundo que, poco acostumbrada sin duda a cuanto demanda la más ligera atención, encontraron el artículo *Arte* demasiado razonado y metafísico, como si fuera posible hacerlo de otro modo. Todo artículo que tiene por objeto un término abstracto y general, no puede ser tratado en forma adecuada sin remontarse a principios filosóficos, siempre un poco difíciles para aquellos que no tienen el hábito de reflexionar. Por lo demás, debemos declarar aquí que hemos visto con placer que entendía perfectamente este artículo un gran número de personas de la alta sociedad. Respecto de aquellos que lo criticaron, deseamos que tengan que hacernos el mismo reproche a propósito de los artículos de objeto semejante.

Muchas otras personas, sin habernos escrito artículos enteros, han procurado a la *Enciclopedia* socorros importantes. Hemos hablado ya en el *Prospecto* y en este Discurso del abate Sallier y de Formey.

El Conde de HEROUVILLE DE CLAYE, Lugarteniente General de los Ejércitos del Rey e Inspector General de Infantería, a quien sus profundos conocimientos en el arte militar no impiden cultivar con éxito las letras y las ciencias, nos ha comunicado informes muy curiosos sobre *mineralogía*; en catorce fraguas hizo ejecutar muchos trabajos en relieve, como el *cobre*, el *alumbre*, el *vitriolo*, la *caparrosa*, etc. También se le deben memorias sobre el *colzat* y la *garence*, etc.

FALCONET, médico de consulta del Rey y miembro de la Real Academia de Bellas Letras, poseedor de una biblioteca tan numerosa y rica como sus conocimientos, de la cual saca fruto todavía más estimable, el de ganarse el agradecimiento de los sabios poniéndola a su disposición sin reservas, nos ha dado a este respecto todos los auxilios que podíamos desear. Este hombre de letras y ciudadano, que une a la más variada erudición las cualidades del hombre de ingenio y del filósofo, ha tenido a bien echar una mirada sobre algunos de nuestros artículos, darnos consejos y hacernos útiles aclaraciones.

DUPIN, Recaudador General, conocido por su amor a las letras y al bien público, nos ha procurado sobre las *salinas* todas las explicaciones necesarias.

MORAND, que tanto honra la cirugía de París, y las diferentes academias de las que es miembro, nos ha comunicado algunas observaciones importantes; se las encontrará en este volumen, en el artículo *Arteriotomía*.

DE PRADES y YVON, de quienes ya hemos hablado con el elogio que merecen, han suministrado muchas memorias relativas a la *historia de la filosofía* y algunas sobre la *religión*. El abate PESTRÉ también nos ha dado algunas memorias sobre la *filosofía*, que tendremos cuidado de señalar en los siguientes volúmenes.

DESLANDE, ex Comisario de Marina, ha hecho observaciones importantes sobre esta materia, las cuales hemos usado. La reputación adquirida con sus diferentes obras hace que sea cuidadosamente requerido cuanto de él proviene.

LE ROMAIN, Ingeniero Jefe de la Isla de Granada, ha dado todas las luces necesarias sobre los trapiches y sobre muchas otras máquinas que ha tenido ocasión de ver y examinar en sus viajes de filósofo y atento observador.

VENEL, muy versado en física y en química, sobre la cual ha presentado a la Academia de Ciencias excelentes memorias, ha proporcionado explicaciones útiles e importantes sobre *mineralogía*.

GOUSSIER, ya nombrado a propósito de la *talla de piedras*, el cual une a la práctica del dibujo muchos conocimientos de mecánica, dibujó para Diderot *muchos instrumentos* y le dió su explicación. Pero se ha ocupado particularmente de las ilustraciones de la *Enciclopedia*, todas las cuales ha revisado y dibujado casi todas; de los *instrumentos musicales de cuerda* en general y de la *fabricación del órgano*, inmensa máquina que ha detallado de acuerdo con los estudios de M. Thomas, su asociado en este trabajo.

ROGEAU, hábil profesor de matemáticas, ha proveído materiales sobre la *acuñación* y muchas figuras que él mismo ha dibujado o vigilado.

Creemos que en cuanto concierne a la imprenta y la librería, los Libreros asociados nos han dado en persona todos los auxilios que podíamos desear.

PREVOST, Inspector de *Cristalerías*, nos ha dado luces sobre este importante arte.

El artículo sobre *cervecería* se hizo en base a una memoria de LONGCHAMP, a quien una fortuna considerable y mucha aptitud para las letras no han apartado del oficio de sus padres.

BUISSON, fabricante de Lyon y ex Inspector de Manufacturas, ha dado memorias sobre el *teñido*, sobre la *fabricación de paños*, sobre la *fabricación de telas de lujo*, sobre el trabajo de la *seda*, su *hilado*, su *torcido en torno circular* y *óvalos*, etc., y observaciones sobre las artes relativas a las precedentes, como las de *dorar los lingotes*, *batir el oro* y *la plata*, *estirarlos*, *hilarlos*, etc.

LA BASSÉE ha proporcionado artículos acerca de *pasamanería*, cuyo detalle sólo es bien conocido por aquellos que se han ocupado de eso particularmente.

DOUET se ha prestado a todo lo que podía instruir en el arte de *gasero* que ejercé.

BARRAT, obrero excelente en su género, ha montado y desmontado muchas veces, en presencia de Diderot, el *telar de medias*, máquina admirable.

PICHARD, comerciante e industrial bonetero, ha dado luces sobre la *bonetería*.

BONNET y LAURENT, obreros de la *seda*, han montado y hecho trabajar ante los ojos de Diderot un telar de *terciopelo*, etc. y otro de *tela de brocado*; se verá el detalle en el artículo *Terciopelo*.

PAPILLON, célebre *grabador en madera*, ha proveído una memoria sobre la historia y la práctica de su arte.

FOURNIER, muy hábil *fundidor de tipos de imprenta*, hizo otro tanto para la *fundición de tipos*.

FAVRE ha dado memorias sobre *hierro forjado*, *herrería de corte*, *fundición de cañones*, etc., en lo cual está bien adiestrado.

MALLET, *peltrero* en Melun, no dejó nada que desear sobre el conocimiento de su arte.

HILL, inglés de nacionalidad, nos ha hecho conocer un taller inglés de fabricación de vidrios, ejecutado en relieve, y todos sus instrumentos con las explicaciones necesarias.

PUISIEUX, CHARPENTIER, MABILE, y DE VIENNE han ayudado a Diderot en la descripción de muchas artes. EIDOUS ha hecho por entero los artículos referentes al oficio de *herrador* y al *picadero*, y ARNAUL, de Senlis, los que conciernen a la *pesca* y la *caza*.

En fin, muchísimas otras personas bien intencionadas han instruído a Diderot sobre la fabricación de *pizarras*, sobre las *forjas*, la *fundición*, sobre el *corte del hierro y la madera*, la *trifilerie*, etc. Estando ausentes la mayoría de estas personas, no hemos podido disponer de sus nombres sin su consentimiento; los nombraremos en cuanto lo deseen. Decimos otro tanto de muchos otros cuyos nombres se nos han escapado. Respecto de aquellos cuyos auxilios no nos han sido útiles, creemos estar dispensados de nombrarlos.

Publicamos este primer volumen en el tiempo preciso en que lo habíamos prometido. El segundo volumen ya está en prensa; esperamos que el público tampoco tendrá que esperar los demás, ni los de láminas; nuestra exactitud para mantener la palabra dada sólo dependerá de nuestra vida, de nuestra salud y de nuestro reposo. Advertimos también, en nombre de los Libreros asociados, que en caso de una segunda edición, daremos las ediciones y correcciones en volumen aparte a los que hayan comprado la primera. Las personas que nos suministren ayuda para la continuación de esta obra serán nombrados al frente de cada volumen.

Hé ahí lo que teníamos que decir sobre esta inmensa colección. Se presenta con cuanto puede atraer el interés: la impaciencia que se ha testimoniado por verla aparecer; los obstáculos que han retardado la publicación; las circunstancias que nos han forzado a encargarnos de ella; el celo con que nos hemos entregado a este trabajo, como si lo hubiéramos elegido; los elogios que han dado a la empresa los buenos ciudadanos; los socorros innumerables y de toda clase que

hemos recibido; la protección del gobierno; enemigos tanto débiles como poderosos que trataron, aunque en vano, de ahogar la obra antes que naciera; finalmente, autores sin maquinaciones ni malicias, que no esperan otra recompensa, para sus cuidados y esfuerzos, que la satisfacción de haber merecido bien de su patria. De ningún modo trataremos de comparar este Diccionario con otros; reconocemos con gusto que todos nos han sido útiles y nuestro trabajo no consiste, en absoluto, en desacreditar el de nadie. Al público que lee corresponde juzgarnos: creemos un deber distinguirlo del público que habla.

*(Traducido de la primera edición por A. A. B.)*

# Vida del Colegio

## ACTIVIDADES DE JULIO, AGOSTO Y SETIEMBRE

- JOSÉ BABINI:** Historia de la ciencia, los miércoles, a las 19. Curso anual. La filosofía científica del siglo XX. 2. La filosofía científica de los "científicos", martes 24 de julio, a las 19 (clase del curso El medio siglo de filosofía, en colaboración con Vicente Fatone y Francisco Romero).
- RICARDO BAEZA:** H. G. Wells y la reeducación del hombre, martes 10 de julio, a las 19 (clase del ciclo El medio siglo de literatura).
- CARMELO M. BONET:** La novela argentina en el siglo XX, los lunes de setiembre, a las 19, continuación del curso iniciado en mayo (clases del ciclo El medio siglo de literatura).
- JORGE LUIS BORGES:** Bernard Shaw, viernes 6, 13 y 20 de julio, a las 19 (clases del ciclo El medio siglo de literatura).
- JOSÉ JUAN BRUERA:** El problema de la paz: su índole filosófica; su faz jurídica, lunes 16, martes 17 y jueves 19 de julio, a las 18.
- ADOLFO P. CARPIO:** Problemas fundamentales de la filosofía en sus textos, los lunes a las 18, desde el 16 de julio.
- ATILIO DABINI:** Medio siglo de narrativa italiana, lunes 17, martes 18 y jueves 20 de setiembre, a las 19 (cursillo de tres clases, correspondiente al Medio siglo de literatura).
- DANIEL DEVOTO:** La música francesa entre 1900 y la primera guerra mundial, el jueves 26 de julio, a las 21 y 30. Colaboró la señora Jacqueline Ibels (piano). - La música francesa entre la primera guerra mundial y 1950, el jueves 16 de agosto a las 21 y 30. Colaboraron Dora Berdichevsky y Martha Maillie (canto). (Clases del curso El medio siglo de música).
- PATRICK O. DUDGEON:** Lecturas comentadas de poesía inglesa, los lunes, a las 19. Curso anual.
- VICENTE FATONE:** Filosofía comparada, los martes, a las 18. Curso anual: se reanudó el 28 de agosto. - Filosofía y poesía, los martes, a las 19. Curso anual; se reanudó el 28 de agosto. - Gabriel Marcel o la dialéctica de la esperanza, el martes 7 de agosto, a las 18 y 30 (conferencia de Información crítica de actualidad).
- TEODORO FUCHS:** El neorromanticismo, el jueves 19 de julio, a las

- 21 y 30. - Folklore y nacionalismo, el jueves 2 de agosto, a las 21 y 30 (clases correspondientes al curso El medio siglo de música).
- ROLANDO V. GARCÍA: Lógica moderna, los jueves, a las 18; concluyó el 27 de setiembre. Curso anual, en colaboración con Vicente Fatone y Gregorio Klimoski.
- GINO GERMANI: Métodos y técnicas de investigación económico-social, en julio, los viernes, a las 18; en agosto, viernes 3 y 10 a las 18, lunes 13, 20 y 27, a las 19; en setiembre, jueves 6 y miércoles 12, a las 19. Curso de once clases.
- ALBERTO GONZÁLEZ DOMÍNGUEZ: El medio siglo en la matemática, el lunes 2 de julio, a las 19 (clase del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- GUILLERMO GRAETZER: Música alemana de postguerra, el jueves 13 de setiembre, a las 21 y 30. Colaboró la pianista Carlota Henrici (clase del curso El medio siglo de música).
- LEOPOLDO HURTADO: Panorama de la música hacia 1900, el jueves 12 de julio, a las 21 y 30 (clase del curso El medio siglo de música).
- LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: La legítima defensa y el estado de necesidad, del 12 de julio al 16 de agosto, los jueves, a las 19. Cursillo de seis clases.
- SARA KURLAT DE LAJMANOVICH: Curso de enseñanza de inglés, miércoles y viernes, a las 18. Curso anual, concluyó el 21 de setiembre.
- BOLESLAO LEWIN: Génesis de la independencia americana, viernes 7, 14, 21 y jueves 27 de setiembre, a las 19. Cursillo de cuatro clases.
- JOSÉ MARÍA MONNER SANS: Un libro de Rafael Altamira para la juventud, el lunes 30 de julio, a las 19 (conferencia del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- HORACIO MOYANO NAVARRO: Medio siglo de arquitectura, lunes 24 y miércoles 26 de setiembre, a las 21 y 30 (clases correspondientes al ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- JOSÉ A. ORÍA: La novela española del siglo XIX. De Doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) al Padre Coloma (1851-1915), los martes, a las 18, y los viernes, a las 19. Curso anual correspondiente al balance del medio siglo. - Robert Louis Stevenson y el extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde. Génesis de esta obra, conferencia pronunciada el martes 3 de julio, a las 19.
- JUAN CARLOS PAZ: Expresionismo, el jueves 9 de agosto, a las 21 y 30. - Teoría y práctica del dodecafonismo a través de Schönberg, el viernes 31 de agosto, a las 21 y 30. - Música atemática y música microtonal, el jueves 6 de setiembre, a las 21 y 30. - Introducción a la música estadounidense, jueves 20 y 27 de setiembre, a las 21 y 30 (clases del curso El medio siglo de música).
- ALDO PELLEGRINI: El arte abstracto. Su evolución y estado actual,

- los lunes de julio, a las 21 y 30. Curso de once clases; concluyó el 30 de julio.
- HEBERTO A. PUENTE:** Una reconstrucción empirista lógica de los dos principios de la termodinámica, desde el 5 de julio al 2 de agosto, los jueves, a las 19. Cursillo de cinco clases. - Electroquímica, los jueves, a las 19. Curso anual; se reanudó el 9 de agosto, concluyó el 27 de setiembre. - El concepto de "sustancia" en química, lunes 3, 10 y 24 de setiembre, a las 18. Cursillo de tres clases.
- HORACIO G. RAVA:** Lo social en el folklore, lunes 6, martes 7 y viernes 10 de agosto, a las 19. Cursillo de tres clases.
- ÁNGELA ROMERA:** La filosofía del derecho en la primera mitad del siglo XX, el lunes 23 de julio, a las 19 (conferencia del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- FRANCISCO ROMERO:** La filosofía científica del siglo XX. 1. De la crisis del mecanicismo a Meyerson, martes 17 de julio, a las 19 (clase del curso El medio siglo de filosofía, en colaboración con Vicente Fatone y José Babini). - Historia de la filosofía moderna, los viernes, a las 18. Curso anual. - Curso de seminario sobre algunos planteos del problema del hombre y del espíritu en la filosofía actual, los viernes, a las 19. Curso anual.
- JOSÉ LUIS ROMERO:** Historia de la cultura. La Europa del "Trecento", martes 3 y 10 de julio, a las 19; últimas clases del curso. - Historia de la cultura. La Inglaterra victoriana, desde el 7 de agosto, los martes, a las 19. - Seminario de historia de la cultura: El delineamiento del espíritu burgués, los martes, a las 18.
- ERWIN F. RUBENS:** La Celestina, el martes 3 de julio, a las 19 (última clase del curso de ocho clases iniciado en abril). - Medio siglo de poesía española, desde el 7 de setiembre, los viernes, a las 21 y 30 (curso correspondiente al Medio siglo de literatura).
- MARIO SEGRE:** Técnica del ahorro, en julio, miércoles 4 y 11, a las 21 y 30, martes 24 y 31, a las 19; en agosto, los martes, a las 19; en setiembre, martes 4 y 11, a las 19, curso de nueve clases).
- GUILLERMO DE TORRE:** Los movimientos literarios de medio siglo, desde el 2 de agosto, los jueves, a las 18 (curso correspondiente al Medio siglo de literatura).
- CINE:** Proyección de documentales artísticos y científicos, los miércoles. En julio, cuatro sesiones, el 4, film suizos, el 11, franceses, 18 y 25, italianos. En agosto, tres sesiones: el 1º, franceses, el 8, norteamericanos, el 29, noruegos y suecos. En setiembre, tres sesiones: el 12, suizos (la proyección fué precedida de una breve disertación del Delegado permanente para América del Sur de la Oficina Suiza del Turismo, señor Pablo Jordán); el 19, se proyectó el documental francés de largo metraje *Le grand balcon*, según la obra de Saint-Exupéry; el 26, films británicos.

- 21 y 30. - Folklore y nacionalismo, el jueves 2 de agosto, a las 21 y 30 (clases correspondientes al curso El medio siglo de música).
- ROLANDO V. GARCÍA: Lógica moderna, los jueves, a las 18; concluyó el 27 de setiembre. Curso anual, en colaboración con Vicente Fatone y Gregorio Klimoski.
- GINO GERMANI: Métodos y técnicas de investigación económico-social, en julio, los viernes, a las 18; en agosto, viernes 3 y 10 a las 18, lunes 13, 20 y 27, a las 19; en setiembre, jueves 6 y miércoles 12, a las 19. Curso de once clases.
- ALBERTO GONZÁLEZ DOMÍNGUEZ: El medio siglo en la matemática, el lunes 2 de julio, a las 19 (clase del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- GUILLERMO GRAETZER: Música alemana de postguerra, el jueves 13 de setiembre, a las 21 y 30. Colaboró la pianista Carlota Henrici (clase del curso El medio siglo de música).
- LEOPOLDO HURTADO: Panorama de la música hacia 1900, el jueves 12 de julio, a las 21 y 30 (clase del curso El medio siglo de música).
- LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: La legítima defensa y el estado de necesidad, del 12 de julio al 16 de agosto, los jueves, a las 19. Cursillo de seis clases.
- SARA KURLAT DE LAJMANOVICH: Curso de enseñanza de inglés, miércoles y viernes, a las 18. Curso anual, concluyó el 21 de setiembre.
- BOLESLAO LEWIN: Génesis de la independencia americana, viernes 7, 14, 21 y jueves 27 de setiembre, a las 19. Cursillo de cuatro clases.
- JOSÉ MARÍA MONNER SANS: Un libro de Rafael Altamira para la juventud, el lunes 30 de julio, a las 19 (conferencia del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- HORACIO MOYANO NAVARRO: Medio siglo de arquitectura, lunes 24 y miércoles 26 de setiembre, a las 21 y 30 (clases correspondientes al ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- JOSÉ A. ORÍA: La novela española del siglo XIX. De Doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) al Padre Coloma (1851-1915), los martes, a las 18, y los viernes, a las 19. Curso anual correspondiente al balance del medio siglo. - Robert Louis Stevenson y el extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde. Génesis de esta obra, conferencia pronunciada el martes 3 de julio, a las 19.
- JUAN CARLOS PAZ: Expresionismo, el jueves 9 de agosto, a las 21 y 30. - Teoría y práctica del dodecafonismo a través de Schönberg, el viernes 31 de agosto, a las 21 y 30. - Música atemática y música microtonal, el jueves 6 de setiembre, a las 21 y 30. - Introducción a la música estadounidense, jueves 20 y 27 de setiembre, a las 21 y 30 (clases del curso El medio siglo de música).
- ALDO PELLEGRINI: El arte abstracto. Su evolución y estado actual,

- los lunes de julio, a las 21 y 30. Curso de once clases; concluyó el 30 de julio.
- HEBERTO A. PUENTE:** Una reconstrucción empirista lógica de los dos principios de la termodinámica, desde el 5 de julio al 2 de agosto, los jueves, a las 19. Cursillo de cinco clases. - Electroquímica, los jueves, a las 19. Curso anual; se reanudó el 9 de agosto, concluyó el 27 de setiembre. - El concepto de "sustancia" en química, lunes 3, 10 y 24 de setiembre, a las 18. Cursillo de tres clases.
- HORACIO G. RAVA:** Lo social en el folklore, lunes 6, martes 7 y viernes 10 de agosto, a las 19. Cursillo de tres clases.
- ÁNGELA ROMERA:** La filosofía del derecho en la primera mitad del siglo XX, el lunes 23 de julio, a las 19 (conferencia del ciclo Los cincuenta años del siglo XX).
- FRANCISCO ROMERO:** La filosofía científica del siglo XX. 1. De la crisis del mecanicismo a Meyerson, martes 17 de julio, a las 19 (clase del curso El medio siglo de filosofía, en colaboración con Vicente Fatone y José Babini). - Historia de la filosofía moderna, los viernes, a las 18. Curso anual. - Curso de seminario sobre algunos planteos del problema del hombre y del espíritu en la filosofía actual, los viernes, a las 19. Curso anual.
- JOSÉ LUIS ROMERO:** Historia de la cultura. La Europa del "Trecento", martes 3 y 10 de julio, a las 19; últimas clases del curso. - Historia de la cultura. La Inglaterra victoriana, desde el 7 de agosto, los martes, a las 19. - Seminario de historia de la cultura: El delineamiento del espíritu burgués, los martes, a las 18.
- ERWIN F. RUBENS:** La Celestina, el martes 3 de julio, a las 19 (última clase del curso de ocho clases iniciado en abril). - Medio siglo de poesía española, desde el 7 de setiembre, los viernes, a las 21 y 30 (curso correspondiente al Medio siglo de literatura).
- MARIO SEGRE:** Técnica del ahorro, en julio, miércoles 4 y 11, a las 21 y 30, martes 24 y 31, a las 19; en agosto, los martes, a las 19; en setiembre, martes 4 y 11, a las 19, curso de nueve clases).
- GUILLERMO DE TORRE:** Los movimientos literarios de medio siglo, desde el 2 de agosto, los jueves, a las 18 (curso correspondiente al Medio siglo de literatura).
- CINE:** Proyección de documentales artísticos y científicos, los miércoles. En julio, cuatro sesiones, el 4, film suizos, el 11, franceses, 18 y 25, italianos. En agosto, tres sesiones: el 1º, franceses, el 8, norteamericanos, el 29, noruegos y suecos. En setiembre, tres sesiones: el 12, suizos (la proyección fué precedida de una breve disertación del Delegado permanente para América del Sur de la Oficina Suiza del Turismo, señor Pablo Jordán); el 19, se proyectó el documental francés de largo metraje *Le grand balcon*, según la obra de Saint-Exupéry; el 26, films británicos.

## ACTIVIDADES DE LA FILIAL BAHÍA BLANCA

El viernes 27 de julio, el doctor Ricardo Fuertes pronunció una conferencia sobre *Dorrego, el federalista*, según el siguiente sumario: 1. *Ante la estatua*: lo que dice y lo que sugiere la de Dorrego. Figuras alegóricas: la Historia, la Fatalidad, la Victoria. 2. *La historia*. Niñez y juventud: el San Carlos, Universidad de San Felipe y emancipación chilena. Guerra de independencia: Suipacha, Tucumán, Salta, Confinamiento, campaña Oriental. Ideas republicanas, "el díscolo" y expulsión del país. Baltimore: cartas apologéticas, experiencia federalista. Rehabilitación pública: Gobernador Delegado. Montonera y caudillismo. Al servicio del orden. Legislador. Angustia: la provincia Cisplatina. Vinculación con Bolívar. Congreso Nacional: 1924-27. Debates y periodismo. Apóstol federal. Caída de Rivadavia. Dorrego gobernador; paz con Brasil. República uruguaya. 3. *La fatalidad*. Navarro: martirio. Hombre-encrucijada. Dorrego y Rosas. Autenticidad y apostasía federalista. 4. *La victoria*. Culminación ideológica: la Constitución del 53.

El 30 de agosto la filial recibió al crítico Juan Manuel Villarreal, de la ciudad de La Plata, quien disertó sobre *El destino infernal de Horacio Quiroga*.

La filial clausuró el 1º de setiembre su ciclo echeverriano, con la conferencia de Alfredo Galletti, secretario de la Universidad Popular Alejandro Korn, de La Plata, sobre *Esteban Echeverría (2 de setiembre de 1805-19 de enero de 1851)*.

## ACTIVIDADES DE LA FILIAL ROSARIO

La filial organizó un curso sobre *Criminología y derecho penal*, a cargo del profesor Luis Jiménez de Asúa; comprendía cuatro clases, abarcando el análisis de los siguientes temas: "Las ciencias causal-explicativas del delito y del delincuente". "El delincuente", "El delito" y "El derecho penal" y una conferencia sobre "El pensamiento penal y criminológico en la primera mitad del siglo XX".

El doctor Jiménez de Asúa comenzó recordando en su conferencia, que ya anteriormente, en 1940, había abordado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, un tema semejante: el pensamiento penal y criminológico durante el siglo XIX. Ahora debía decir como anticipo que percibía en el siglo XX la decadencia del pensamiento liberal en materia punitiva y criminológica, y su defensa y su auge, al terminar la pasada guerra.

Escindiendo el estudio, comenzó por ocuparse del pensamiento penal, cuya primera etapa la constituye la decadencia del liberalismo provocada por la aparición de estados totalitarios. Es ahí donde empieza a naufragar la libertad. "Ahora, agregó, que podemos contemplar el derecho penal con bastante perspectiva, se percibe con toda

nitidez que hay en ese tiempo cuatro períodos, que yo reduciría a tres, aun cuando en Rusia es fácil percibir los cuatro; el primero, allí llamado "comunismo de guerra", no era otra cosa que un anarquismo ingenuo, con la máxima exaltación de la libertad. Analizó en seguida esa etapa que tiene como aspiración la abolición del Estado.

Hay un segundo período, en 1921, cuando Lenin califica de sueño lo anterior y surge esa nueva política conocida con el nombre de NEP a la que pertenecen todos los códigos rusos; códigos marcadamente autoritarios, donde se proclama que el delito más grave es el delito político. Aquí empieza la decadencia del liberalismo y del individualismo correspondiente; pero, añadió el conferenciante, esto no ocurre sólo en un Estado dictatorial, sino en los otros, llamados liberales, y así la mayor parte de los Estados van cayendo en la abolición de la libertad. "En materia penal, dijo, esto aparece de un modo nítido con la famosa institución de la analogía", cuyo significado y evolución estudió a través de diferentes Constituciones.

Pasó luego a lo que llamó la etapa de la estabilización autoritaria; recordó hechos vinculados a la evolución, en distintos países, que hacen irrespirable el aire para quienes defienden la libertad. El positivismo criminológico italiano había preparado el camino para la decadencia liberal en materia punitiva, porque quizá pensó que ya se había conquistado en modo absoluto, lo mismo que el derecho a respirar, el derecho a ser libres. No era así y el mismo jefe máximo de esa escuela se rinde ante el fulgor fascista. Recordó en seguida la teoría rusa llamada "cambialista", que quiere dar el golpe final de que la analogía no era más que anuncio; hay que terminar con la parte especial.

En esta etapa trató de mostrar la unificación del mundo contra la libertad en materia punitiva, anulando el principio legal de que no hay delito ni pena sin ley anterior. Se introduce no sólo la analogía sino también que es posible el castigo de una acción fundándose en el "sano sentimiento del pueblo" y se llega a la cuarta etapa, en que quedan unificadas las tendencias de abolir, de terminar con la libertad —ilustró su pensamiento con referencias a legislaciones de distintos países americanos y europeos. Luego de referirse a la pena como mal y dolor y al renacimiento de la aspiración liberal —última de las etapas por él señaladas— con ejemplos tomados de la legislación alemana, italiana y española, llegó a lo que llamó el momento de máxima confusión, que encuentra en el proceso de Nuremberg su signo.

En la segunda parte de su disertación, el profesor Jiménez de Asúa comenzó por lo que calificó de primer etapa: pugna de predominio, en que el derecho penal se defiende. Sostuvo, refiriéndose al delito, que el jurista lo mira en la esfera que le es propia, dentro de una ciencia cultural y dogmática; en cambio, el criminólogo lo explora dentro de una ciencia causal explicativa, determinando los puntos de contacto y separación entre ambas, para explicar la confusión habida

en la estimación de ambas disciplinas y referirse al Congreso de Criminología de París del año pasado.

En conclusión, sostuvo que aunque se trate de dos ciencias distintas y se hará mal en mezclarlas, las dos corren al impulso de la misma ansia liberal, que acabará con el confusionismo. Afirmó finalmente que nada puede detener la libertad que de nuevo desea reinar sobre la tierra.

La inscripción al curso del profesor Jiménez de Asúa alcanzó a 139, de los cuales el 57 % eran estudiantes universitarios y 30 % médicos y abogados. La cifra mencionada da una idea del interés que despertó y constituye su realización la nota destacada del año en los ambientes culturales de la ciudad.

El 28 de julio, la filial organizó una conferencia a cargo del profesor José Babini, recordando el segundo centenario de la Enciclopedia Francesa.

Recordó que en 1750 apareció en París un *Prospectus*, anunciando la Enciclopedia, redactado por el animador de la empresa: Denis Diderot, del cual hizo una rápida semblanza y una reseña de las concepciones "naturalistas" que lo animaban y de la participación que le cupo en la preparación y realización de la obra.

Pasó luego a considerar la Enciclopedia, de cuya aparición se cumple este año el segundo centenario, y analizó el *Discurso Preliminar* que apareció en el primer tomo de la obra y cuyo autor fué el célebre físico y matemático francés Jean Le Rond D'Alembert. El análisis del *Discurso* permite, en efecto, apreciar la concepción que los enciclopedistas, y en particular D'Alembert, tenían de la ciencia. Es una concepción dinámica, que presupone un orden y encadenamiento de todos los conocimientos, como reflejo de un orden natural ínsito en los mismos, y que admite un origen y una generación de los conocimientos. La primera parte del *Discurso* expone entonces ese origen y encadenamiento de los conocimientos, que incluye no sólo el saber acerca de Dios, de la naturaleza y del hombre, sino también del arte, entendido como un tipo especial de conocimiento.

Después del proceso de la génesis de los conocimientos, D'Alembert emprende su consideración en conjunto y su clasificación; aparece esa clasificación de las ciencias que, procediendo de Bacon, fué expuesta por Diderot en el *Prospectus* y es una de las primeras clasificaciones modernas de las ciencias.

Después de considerar el orden y el encadenamiento de los conocimientos, D'Alembert dará cuenta de su contenido; y así como, de acuerdo a su concepción dinámica, el primer aspecto lo había estudiado a través de un análisis psicológico y sociológico, el segundo aspecto lo considera a través de un análisis histórico. Expone aquí D'Alembert

un interesante esbozo de historia de la ciencia del período comprendido entre el Renacimiento y sus propios días.

En agosto, la filial organizó un cursillo sobre *Las dos filosofías de nuestro tiempo*, a cargo del profesor Vicente Fatone. La primera de las clases, dedicada al estudio de la filosofía existencialista, tuvo lugar el día 10. En ella, el profesor Fatone expresó:

La filosofía existencial no es la filosofía de nuestra época, sino una de ellas. La otra, también representativa de nuestra época, es la filosofía científica conocida como empirismo lógico, y que tuvo su momento más característico en el llamado Círculo de Viena.

El existencialismo, aunque la denominación haga pensar que sólo quiere ser una filosofía de la existencia humana, es una tentativa por resolver el problema del ser. Parte de la existencia, pero para descubrir en ella el ser. Todas las fórmulas que los diferentes existencialismos han adoptado son fórmulas sobre el ser de la existencia. Y aunque esas fórmulas varían, o en unos casos se pone el énfasis especialmente en algunas de ellas, y en otros en otras, se trata siempre de las mismas.

El hombre, dice el existencialismo, es un "ser en situación". Con ello quiere decir que el hombre no es una realidad ya dada que luego penetra en una situación determinada (la situación histórica, la situación familiar, etcétera), sino que el "ser en situación" constituye al hombre; sin esa situación el hombre es inconcebible. El hombre es "ser de lejanías": comprometido en una situación, está, por ello mismo, como fuera de sí mismo. Es un "ser que se niega a sí mismo" y que está en una como revolución perpetua: a cada instante se niega; niega su pasado, su presente. Es, por ello mismo, un "ser incumplido", que intenta colmar su deficiencia, sin lograr nunca ser un ser acabado; no puede nunca trazar la raya que permite la suma. Es, también, un "ser que se elige" a sí mismo, en sus proyecciones conscientes o inconscientes. Es un "ser preocupado", que está como remitiéndose a sí mismo siempre hacia el futuro. Es un "ser posible"; a diferencia de los demás seres, que carecen de posibilidad, el hombre es posibilidad, en sí mismo, y por eso hay para él tales o cuales posibilidades. Es un "ser libre", precisamente porque es posibilidad. Por ello es un "ser amenazado", ya que se arriesga en sus posibilidades. Es un "ser temporal", que se distiende en presente, pasado y futuro; es esa temporalización misma; y esa temporalización le permite la solidaridad consigo mismo, y le impide solidificarse: me solidarizo con mi pasado, pero no me solidifico con él (fui mi pasado: ésa es la solidaridad; pero no lo soy: eso evita la solidificación). Como "ser temporal" es ya "ser histórico", y por eso es posible la historia. Es, además, "ser para la muerte", y la muerte es la posibilidad última del hombre (posibilidad que, a diferencia de las otras posibilidades particulares, no es una

posibilidad que el hombre quiera realizar). Es un "ser culpable", pues ha elegido su ser; ya el simple "ser así" como se es, y que suele invocarse como disculpa, constituye la culpa del hombre. Y es, por último, un "ser encarnado", que no dispone de su cuerpo como dispondría de un instrumento o herramienta (pues a veces su cuerpo parece disponer de él y convertirlo en esclavo), sino que "es" su cuerpo, y gracias a su cuerpo existe —en el sentido de que le son posibles todas las posibilidades que definen a la existencia.

Al día siguiente, el doctor Fatone se refirió a la logística. En síntesis dijo:

La filosofía existencial quiere ser una filosofía concreta, de la experiencia humana realizada "aquí y ahora". La filosofía es, declaran los existencialistas, cosa de hombres; como la ciencia, como el arte. El hombre es quien filosofa; y el hombre no es mero pensamiento. La filosofía científica, que actualmente tiene su mejor expresión en la corriente del llamado Círculo de Viena, declara expresamente que lo que hay que eliminar es el "aquí" y el "ahora". El filósofo debe imitar a Dios, que contempla el mundo desde afuera, imparcialmente. Igualmente, debe proceder sin angustias, como Dios; y así como para Dios no hay misterios, el filósofo debe mostrar que nada es misterioso.

Para filosofar, sostiene esta otra filosofía de nuestro tiempo, es necesario, previamente, proceder a un análisis de nuestro propio lenguaje, pues en definitiva es hablando que se filosofa. El análisis de nuestro lenguaje basta para mostrar que los problemas que han venido preocupando durante siglos a los filósofos son problemas sin sentido, porque no tienen sentido las palabras con que se los expresa. Por ejemplo: El problema de "la esencia de la nada" es un falso problema porque "esencia de la nada" es una expresión sin sentido.

Pero a pesar de estas actitudes iniciales tan opuestas, la filosofía existencial y la científica coinciden en una serie de características. Ambas son filosofías para iniciados, con mucho de esoterismo y de bizantinismo. El existencialismo se ha creado un nuevo lenguaje, y lo mismo ha hecho la logística; y ese lenguaje no es comprensible sino para una élite: las dos son filosofías por así decir aristocráticas. Las dos filosofías padecen, además, de sectarismo, pues se ignoran y desprecian mutuamente.

Hay entre ellas otras coincidencias, más profundas y sugestivas. El existencialismo es una filosofía que quiere ir hasta los extremos; es una especie de "jusque au boutismo", una búsqueda de los fundamentos últimos. La filosofía científica se caracteriza, también, por esa búsqueda de los fundamentos últimos de todas las formas de saber. El existencialismo ha planteado con agudeza el problema último del sentido o falta de sentido de la existencia, y el empirismo lógico se ha preocupado muy especialmente de establecer el sentido o falta de sen-

tido de las afirmaciones filosóficas. El existencialismo habla del absurdo, de la paradoja; y el empirismo lógico ha dedicado muy especial interés al estudio de los absurdos y las paradojas.

Además, las dos filosofías conceden importancia no ya a las grandes sino a las pequeñas palabras. El existencialismo se empeña en descubrir el sentido último de palabras como "mi" (cuando digo, por ejemplo "mi cuerpo", ¿qué quiere decir ese "mi"?; palabras como "yo" y "tú", o como "ex" (lo importante en la palabra existir está en ese "ex"). El empirismo lógico, especialmente en la logística, todo lo que quiere es determinar el sentido preciso de pequeñas palabras tales como "o", "y". (Hay algo a lo que llamo Pedro; algo a lo que llamo Juan; pero no hay nada a lo que pueda llamar "Pedro o Juan"; ¿qué quiere decir, entonces, esa "o"?). Y entre las palabras que preocupan a unos y a otros, hay una que es la que tal vez una a las dos filosofías: es la palabra "no". Para el existencialismo, el problema del "no" (de la negación, de la nada), es tal vez el problema último; y también lo es para el empirismo lógico, que todavía intenta, sin mucho éxito, establecer el sentido de ese "no". ¿Cómo es posible decir "no", si no hay ninguna realidad que corresponde a la palabra "no"?

El existencialismo es filosofía de la experiencia concreta. El empirismo lógico, filosofía del lenguaje abstracto. Y a pesar de esa profunda diferencia, las dos filosofías desembocan en lo mismo.

El sábado 25, el doctor Juan Cuatrecasas ocupó la cátedra para disertar sobre *Interpretación psicobiológica del surrealismo*.

Comenzó expresando que la ciencia y el arte tienen un profundo nexo que involucra toda la esfera de la actividad humana, participando de la gran crisis cultural que atravesamos. La psicobiología monacowiana demuestra la necesidad de una revalorización pedagógica de la vida instintiva.

Recordó luego que en un ensayo que publicó en 1947, intitulado *El hombre, animal óptico*, intentó explicar biológicamente la evolución de la mentalidad cultural, que oscila entre la realidad externa objetiva y la realidad íntima subjetiva. Pero los conceptos de objetividad y subjetividad se hallan muy imbricados y sumamente confusos, especialmente en el terreno óptico. El estudio de la psicobiología de la visión, añadió, mostrando la profundidad de la vida óptica en la actividad mental, comunica una peculiar importancia a la esfera afectiva y a sus proyecciones conceptuales-imaginativas desde la más abstracta creación geométrica hasta la más monstruosa alucinación. Las alucinaciones representan una evasión del mundo real, de gran valor artístico y filosófico.

Examinó después la evolución del movimiento surrealista considerado como una reivindicación del hombre frente a una concepción deshumanizada del arte y de la vida, producida por el racionalismo

positivista y por la teología. Por eso —dijo— el surrealismo tiene un íntimo parentesco con el existencialismo. En el campo pictórico, durante todo el siglo XIX y la primera mitad del nuestro, el subjetivismo, el neo-impressionismo, el cubismo, el futurismo, entre otros, representaban una lucha contra la expresión de imágenes copiadas del exterior, contra el papel pasivo del arte puramente receptivo.

Por eso puede asignarse al movimiento surrealista una trascendencia histórica: el de contrapeso subjetivista y poético en la balanza mental del hombre que pasa de la contemplación pasiva de la naturaleza a la creación imaginativa de mundos maravillosos y humanos.

Los días 3 y 5 de setiembre, el escritor Atilio Dabini desarrolló un cursillo sobre *La narrativa italiana en el Novecientos*. Comenzó por referirse al problema que se planteó de devolver al idioma italiano el contacto con la vida, problema que preocupó a Foscolo y abarcó a toda la literatura en el intento, logrado a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, de consubstanciar el lenguaje con la vida.

Reducido al tema fijado, la narrativa, y tras de hacer una digresión sobre la significación de Manzoni, en cuya obra se identifican por vez primera la literatura y el habla, y cómo su influjo se prolonga hasta los hombres del fin del siglo, como Fogazzaro y Verga, señaló la esencia de los dos grandes movimientos del 800; romanticismo y realismo. A través de ese esquema mostró que la literatura italiana ofrece un proceso continuado que va desde fines del 700 hasta comienzos del 900 en esa búsqueda de la formación de lo nacional.

Fijó la importancia de D'Annunzio e hizo una presentación "de calendario", de los principales escritores que ocupan lugar destacado en la narrativa, desde el final del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Y posteriormente, a la luz de la más moderna visión de la crítica, destacó cómo Verga o Svevo han pasado a ocupar un puesto de primer plano en la novelística; Fogazzaro, o de Amicis por ejemplo, un segundo plano importante, que aún engendra descendencias (como la de Piovene, derivado en parte del primero); en tanto que la Serao, entre otros, una posición aun menor.

El análisis de la obra de los hombres del presente siglo le ocupó por último. Se refirió a la labor de Pirandello, su significación y su problemática, correspondiente a una época en que "más se sabe y menos se puede creer", o, con frase de Bontempelli, donde se da "el máximo de soledad en el máximo de solidaridad". Cerrando su conferencia, Dabini insistió en mostrar cómo el período de 1888-1910, en que por una parte nace el 900 y por otra se prolonga el 800, es un momento en que se conjugan muchas fuerzas, todas las cuales deben ser tenidas en cuenta al realizar el balance del período en cuestión.

En su segunda disertación, el señor Dabini se refirió al futurismo, examinando su contenido ideológico y las razones de su caducidad, con

particular enfoque de la obra de Marinetti. Luego, pasó revista a la literatura de la primera guerra, para ahondar después más largamente en el "novecentismo". Destacó el espíritu europeísta y realizador de este movimiento iniciado en 1926 por Massimo Bontempelli; e hizo una síntesis crítica de su obra y un retrato de él, como hombre.

Se ocupó más adelante el disertante de la producción de los novelistas Svevo, Bacchelli, Tozzi, Palazzeschi, Alvaro y otros e hizo una referencia de conjunto a los principales exponentes de la narrativa actual: Moravia, Pavese, Vittorini, Piovene, Pratolini, que se revelaron entre 1930 y 1940, y alcanzaron trascendencia internacional en el decenio del 40 al 50.

El jueves 6, ocupó la cátedra el doctor Augusto Barcia disertando sobre *El momento universal: la hora de América*. La hegemonía internacional de Europa: sus etapas. España: Desde los Reyes Católicos a Felipe II. Debilitamiento de los Austrias. La paz de Westfalia. El apogeo británico. Luis XIV y el Tratado de Utrech. El prestigio inglés. La "Balance of Power". Las colonias inglesas de Norte América. La guerra de los siete años. Consecuencias internacionales. La independencia de Norte América. La Revolución Francesa y Napoleón. Hispano América y su independencia. San Martín y Bolívar. Europa en el siglo XIX. La hegemonía alemana. Las grandes concepciones internacionales. La actualidad.

Sobre *El cine, arte de nuestro tiempo*, disertó el miércoles 26 el señor Manuel Villegas López. Dijo que nuestra época quizás comienza en el instante oscuro, inadvertido, en que Napoleón Bonaparte, acosado por el poder naval inglés, que le vencería, rechaza la oferta de Fulton del primer navío a vapor y el torpedo submarino. Porque lo que Napoleón rechazaba eran las máquinas; lo rechazaba el genio latino y lo recogería el genio sajón, que comienza así a dominar nuestro tiempo. Nuestra época se define por las máquinas, las masas y la universalidad. Y el cine es el arte universal, hecho a máquina, para las masas: el arte de nuestro tiempo señala la búsqueda milenaria del movimiento para las artes plásticas, el unir las artes del espacio con las artes capaces de representar el tiempo. Y define el cine así: un arte del tiempo en formas del espacio. La gran maquinaria de crear este arte— del estudio al laboratorio— se puede reducir a dos aparatos esenciales: la cámara, para crear las formas del espacio, la imagen viva; y la moviola, para crear las formas del tiempo, el ritmo y la sintaxis del cine.

Analizó esencialmente esas máquinas, llegando a la conclusión de que las formas del espacio, las imágenes, son los elementos visuales del cine, y el montaje, el medio de expresión del mismo, la sintaxis del cinema. Citó ejemplos de grandes cinematografistas y de *films* recientes.

Con esta forma cinematográfica —de espacio y tiempo— se expresan temas nuevos, cinematográficos también. Analizó en qué puede consistir la novedad de estos temas cinematográficos y para ello hizo un paralelo entre las imágenes del cine y las imágenes de la imaginación. Llegando a la conclusión de que el cine da a los hombres, sobre todo, imágenes para la imaginación. De ahí su fuerza de sugestión y su poder sobre las masas, imaginativas ante todo.

Dijo luego que el cine es un arte inmenso, el gran arte de nuestro tiempo, pero apenas utilizado, sino en banalidades, salvo las excepciones de los grandes cinematografistas. En el futuro, agregó, resultará incomprendible la desproporción entre la maravilla del cine en sí y lo mediocre de sus resultados y sus obras. Formuló la esperanza de que el genio latino haga del cine el gran arte que en efecto es.

A continuación se proyectaron las películas *Acero* y *Pacific 231*.

La filial, conjuntamente con Amigos del Arte, organizó la realización del curso *El medio siglo de música*, que el Colegio venía dando en Buenos Aires. En el curso de este mes, se dieron las clases a cargo del maestro Teodoro Fuchs: *El neorromanticismo* (setiembre 21), y *Folklore y nacionalismo* (sábado 22); y del maestro Daniel Devoto: *La música francesa entre 1900 y la primera guerra mundial* (sábado 29) y *La música francesa entre la primera guerra mundial y 1950* (domingo 30). El curso proseguirá con las clases a cargo del maestro Juan Carlos Paz, los días 2, 3, 4, 5 y 6 y del maestro Leopoldo Hurtado, el 13 de octubre.

# Informaciones

## LIBROS

LOS VIAJES de Marco Polo. Introducción de Manuel Komroff. Ilustraciones de J. Briones. Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1951.

Américo Vesputio: EL NUEVO MUNDO. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos. Textos en español, italiano e inglés. Estudio preliminar de Roberto Levillier. Editorial Nova. Biblioteca Americanista, dirigida por Luis Aznar. Buenos Aires, 1951.

La versión castellana de los *Viajes* de Marco Polo y del *Nuevo Mundo* de Américo Vesputio, obras de dos viejos y muy conocidos viajeros, "dilettante" el uno, navegante profesional el otro, tiene el mérito de ponernos en contacto directo con los esfuerzos realizados por ellos, y su trascendencia histórica.

La versión de *Los Viajes* de Marco Polo corresponde a una edición modernizada por Manuel Komroff, escritor y estudioso especializado en viajeros de la Edad Media, quien en la Introducción nos dice que la obra es un arreglo de varias ediciones anteriores: la que publicó la Sociedad Geográfica Francesa en 1824, la de Henry Yule en 1866, la de Henri Cordier en 1920, etc. Declara además que desde la clásica edición de Marsden de 1818, ninguna edición trata la obra completa como libro clásico de viajes, dedicándose más bien a considerar distintos temas que interesaron al viajero. De ahí que la presente edición sea una readaptación de las anteriores, pero teniendo por condición primordial ofrecer al público de manera completa, la "espectacular" narración de Marco Polo, en la forma más correcta posible.

Y por cierto que lo ha logrado Komroff al transcribir los treinta y cuatro capítulos y el prólogo, que comprende la obra, en los que Marco Polo (hacia 1254-1324) describe, relata y enumera minuciosamente su recorrido (el primero realizado por un viajero europeo a través de todo el continente asiático): los países; su geografía, historia, literatura, costumbres, religión, etc.

El libro, escrito en 1298, fué recibido con desconfianza y burlas por sus contemporáneos, que lo creían producto de la fantasía de su

autor, y lo llamaron despectivamente "Il Milione". Ello no fué obstáculo para que más adelante fuese objeto de numerosas traducciones al francés, latín e italiano, y su lectura se difundiese y llegase a tener la influencia conocida sobre Cristobal Colón. Por otra parte, en el siglo pasado, numerosos estudiosos comprobaron la exactitud de los relatos de Marco Polo, considerados fantásticos en su época.

Esta obra, que constituye un oportuno aporte de divulgación histórica, se abre con una Introducción de Manuel Komroff, donde se hace una excelente y entusiasta presentación de Maffeo, Niccoló y Marco Polo y una erudita reseña de las ediciones del otrora llamado "Il Milione".

Dos siglos después de la redacción de "Il Milione", Américo Vespuccio (1451-1512), informa a sus contemporáneos acerca de sus viajes oceánicos. Si la obra de Marco Polo mereció comentarios desfavorables en su época, algunos de los escritos de Vespucci fueron muy leídos y comentados en su tiempo, aunque más tarde desataron una tempestad polémica que se fué agudizando con los años.

El *Nuevo Mundo*, que acaba de aparecer, comprende dos partes: La primera es una *Advertencia del Editor* en que éste manifiesta que la obra tiene por objeto ofrecer el conjunto de las cartas de Vespucci que hasta ahora no han sido publicadas en castellano en forma completa; sigue un *Estudio preliminar* de Roberto Levillier, quien con mapas, fotografías y reproducciones facsimilares de cartas y documentos, refuta a los detractores de Vespucci, que ponen en duda algunos de los descubrimientos realizados por aquél y la autenticidad de las cartas.

La segunda parte, comprende la publicación de las cartas de Vespucci, con los textos italiano y español, confrontados; agrégase al final una versión inglesa de las mismas. Las seis cartas que se publican son: de 1500 y de 1501 las dos primeras; la tercera sin fecha, se considera de 1502; la cuarta, fragmentaria, sin fecha ni destinatario, se supone escrita a fines de 1502; la quinta, la más conocida, apareció en 1503 o 1504, en una versión latina, con el título *Mundus Novus* y algunos historiadores la consideran apócrifa, atribuyéndola a Waldseemüller que la publicó en 1507 en su célebre libro, con el mapa donde aparece por primera vez el nombre de América; y, por último, la *Lettera* de 1504 que es una memoria de los cuatro viajes que habría realizado Vespucci.

ROSA DINER DE BABINI

## Los colaboradores de este número

**JOSÉ BABINI:** Ver Cursos y Conferencias, año XIX, volumen XXXVII, número 219, junio de 1950.

**ROBERTO F. GIUSTI:** Ver Cursos y Conferencias, año XIX, volumen XXXVII, número 222, setiembre de 1950.

**JOSÉ A. ORÍA:** Nacido en Buenos Aires, en 1896. Profesor de historia y francés, egresado del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Enseñó las materias en que se ha especializado en el Instituto Nacional del Profesorado, la Escuela Superior de Guerra, la Facultad de Humanidades de La Plata, la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Es miembro de la Academia Argentina de Letras y de la Academia Nacional de la Historia. Colaborador de La Nación, de Buenos Aires. OBRAS PRINCIPALES: Panorama del periodismo contemporáneo; Alberdi, Figarillo; La influencia francesa sobre la generación de 1837; Sarmiento, costumbrista; La revolución francesa a través de los contemporáneos; Nuestra América, etc.

**LUIS REISSIG:** Ver Cursos y Conferencias, año XIX, volumen XXXVII, número 222, setiembre de 1950.

**FRANCISCO ROMERO:** Ver Cursos y Conferencias, año XIV, volumen XXVII, número 158, mayo de 1945.

## ÍNDICE DEL VOLUMEN XXXIX DE CURSOS Y CONFERENCIAS

JOSÉ BABINI: El "discurso preliminar" de la Enciclopedia .....	205
ROSA DINER DE BABINI: Comentario de Los viajes de Marco Polo y El nuevo mundo de Américo Vespucio .....	300
JOSÉ P. BARREIRO: La interpretación histórica y sociológica de ingenieros .....	51
CARMELO M. BONET: La novela argentina en el siglo XX .....	77
ROBERTO F. GIUSTI: Diderot .....	223
Gregorio Halperín .....	116
BERNARDO A. HOUSSAY: Discurso pronunciado al entregar al profesor Francisco Romero el premio de la Fundación Vaccaro .....	142
JUAN MANTOVANI: Echeverría y la doctrina de la educación popular .....	1
JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA: Maimónides .....	103
JOSÉ A. ORÍA: Preliminares intelectuales de la Revolución francesa .....	181
EMILIO RAVIGNANI: El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas .....	25
LUIS RESSIG: Valor educativo y social de la Enciclopedia .....	247
A los amigos de la filial Bahía Blanca en su décimo aniversario .....	130
FRANCISCO ROMERO: Antecedentes e incitaciones para la "Enciclopedia". El espíritu enciclopédico a partir del Renacimiento .....	161
Discurso pronunciado al recibir el premio Vaccaro .....	147